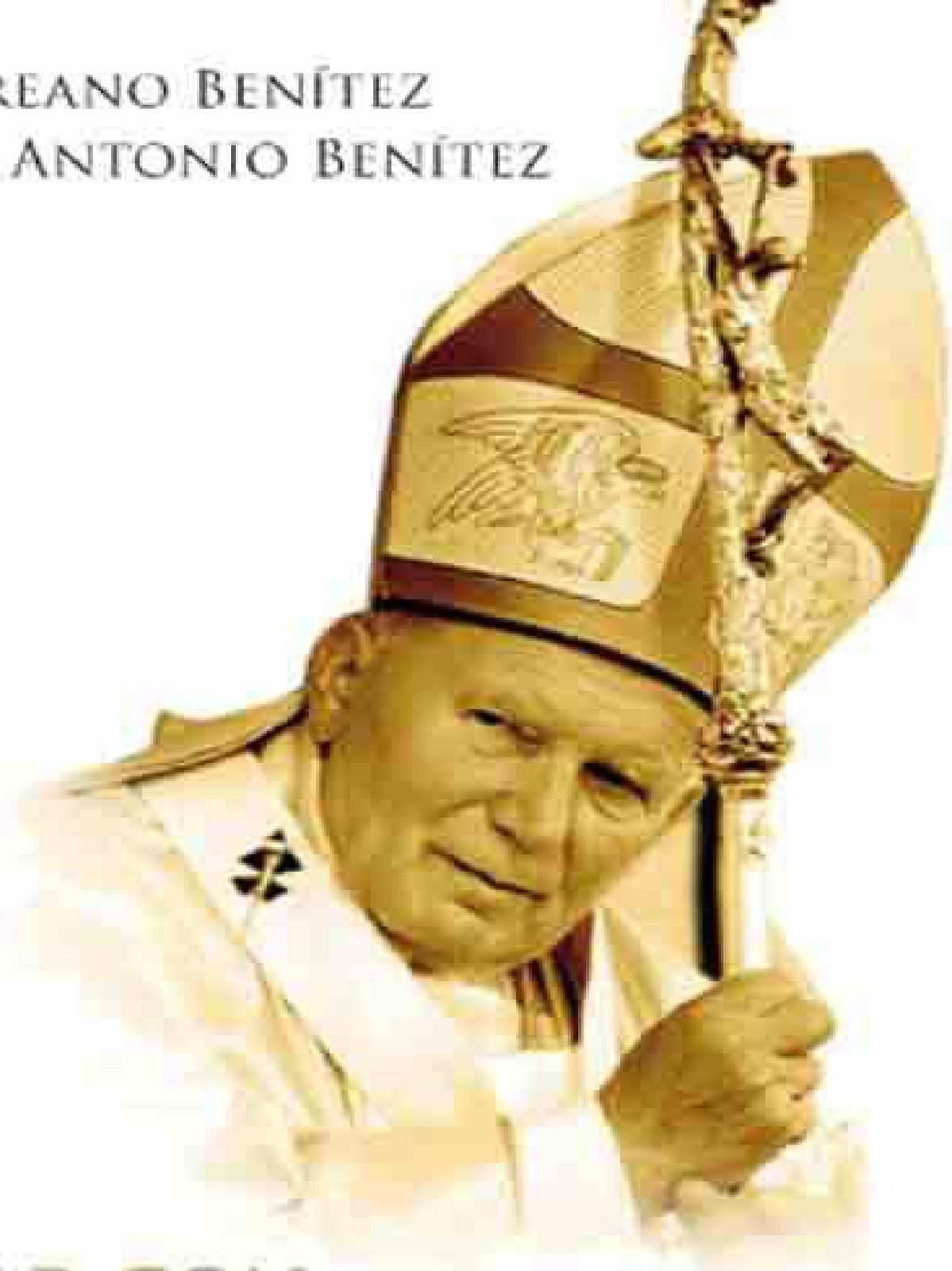


LAUREANO BENÍTEZ
JOSÉ ANTONIO BENÍTEZ



ORAR CON...

JUAN PABLO II



DESCLÉE DE BROUWER

Laureano Benítez Grande-Caballero
José Antonio Benítez Grande-Caballero

orar con...
Juan Pablo II

Desclée De Brouwer

Laureano Benítez Grande-Caballero

email: laure.grande@hotmail.com

URL: www.grandecaballero.com

www.laureanobenitez.com

José Antonio Benítez Grande-Caballero

email: jantoniobg@educastur.princast.es



EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2011

c/Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-330-3597-4

*A Manoli,
que soñó este libro.*

introducción: humilde Cristo de la tierra

*Humilde Cristo de la tierra,
Santo padre de todos los pueblos,
Padre del respeto y la tolerancia,
Padre de las familias,
Padre ecuménico,
Padre del perdón y la reconciliación,
Padre de los pobres,
Padre de los oprimidos,
Padre de los que sufren,
Padre de los arrepentidos,
Padre de las vocaciones,
Padre de los peregrinos,
Padre de los misioneros,
Padre de los santos,
Justo y ejemplar discípulo de Pedro,
No habrá suelo del mundo que olvide tu beso.
(Escrito por Bonum)*

El nuevo Moisés

Karol Wojtyła nació el 18 mayo de 1920 en Wadowice (Polonia), tercer hijo de una maestra de escuela y un oficial del ejército austro-húngaro. Perdió a su madre a los 9 años, y después a sus hermanos y a su padre, de modo que en 1941 el joven Karol se quedó solo, sin familia.

Después de iniciar estudios de filología en la Universidad Jagellónica de Cracovia, ingresó en 1943 en el seminario clandestino de Cracovia, recibiendo la ordenación sacerdotal el 1 de noviembre de 1946.

Su consagración episcopal como obispo auxiliar de Cracovia tuvo lugar el 28 septiembre de 1958. Pablo VI le proclamó cardenal el 26 junio de 1967, siendo entonces el cardenal más joven de la Iglesia.

Las experiencias que Karol Wojtyła vivió durante su vida en Polonia (primero ocupada por los nazis, y después sometida al comunismo soviético) marcaron profundamente su personalidad, hasta el punto de que muchas de las características de su futura acción pastoral como sacerdote, obispo y Papa tienen su origen en estos años: su ecumenismo hace referencia a su amistad con los judíos en su ciudad natal y en Cracovia, donde fue testigo de pogromos y deportaciones; su dedicación a los jóvenes se enraíza en el ambiente universitario donde maduró su vocación sacerdotal; su defensa a ultranza de la familia encuentra su eco más lejano en la soledad familiar que vivió desde los 20 años, cuando, al fallecer su padre, se quedó sin parentela; su compromiso con la dignidad humana y los derechos humanos tienen su fuente más profunda en los años que vivió bajo dos dictaduras que no los respetaban, y contra las cuales tuvo que luchar para ejercer su ministerio sacerdotal; su misma vocación arranca del «seminario doméstico» que vivió en su hogar, con el ejemplo de sus progenitores, profundamente cristianos; su desenvoltura y su carisma ante las multitudes se basaban en un «dominio de la escena» aprendido sin duda en los años en que participó en un grupo teatral...

El 16 octubre de 1978, con 58 años, fue nombrado Papa, el 264 en la línea sucesoria desde san Pedro, el primero no italiano desde el holandés Adriano VI (1522-1523). Su pontificado es el tercero más largo de la historia.

Cuando se rumoreaba que iba a ser elegido papa, Juan Pablo II manifestó sus dudas sobre si aceptar el cargo o no a Stefan Wyszyński, el cardenal primado de Polonia. Éste le dijo: «*Debes aceptar, y tu función será conducir a la Iglesia al tercer milenio*». Esta frase podría resumir el verdadero horizonte que se propuso Juan Pablo II en su pontificado, cuyo gran objetivo fue posicionar a la Iglesia como faro y guía del mundo contemporáneo.

Este objetivo lo llevó a cabo desarrollando cinco tareas fundamentales, que fueron los pilares en los que se asentó su pontificado:

1. Nueva evangelización
2. Ecumenismo
3. Compromiso ético y social
4. Lucha por la paz
5. Rigor doctrinal

«Como Moisés reunió al pueblo judío para atravesar el Mar Rojo y conducirlo a la Tierra Prometida, así el Papa Wojtyla nos ha conducido en el paso al año 2000 como una meta soñada (...) Sentía el deber de reunir a la Iglesia, esta Iglesia cada vez más asaltada por tentaciones secularizantes, para conducirla al final del siglo XX y lanzarla con nuevos bríos al Tercer milenio del cristianismo». (Domenico del Río, **Karol Wojtyla: historia de Juan Pablo II**, p.p. 375-376)

«¡No tengáis miedo!»

Esta meta hacia la que orientó todo su esfuerzo como Papa, unido a las circunstancias históricas y eclesiológicas del último cuarto del siglo XX, confirieron a su pontificado un carácter innovador, personalísimo y original, que nunca antes se había visto en la historia de la Iglesia.

Más que ser la personificación del gobierno de una institución jerárquica, el funcionario superior de un entramado complejo de organismos, comisiones, gabinetes, congregaciones y prefecturas, Juan Pablo II fue un Papa misionero, investido de un gran carisma mediático que aprovechó para su labor evangelizadora. Utilizando los abundantes recursos puestos a su disposición por el gran desarrollo de los medios de comunicación de masas, y sacando a su vez el máximo partido a sus formidables dotes de gran comunicador, emprendió una titánica labor de llevar el mensaje cristiano a todos los rincones del mundo, de proclamar universalmente a personas de toda raza y condición que Cristo es nuestro Salvador, y que debemos acogerle sin miedo en nuestro corazón.

Este mensaje lo formuló claramente desde el primer día de su pontificado, cuando, desde el balcón de la plaza de San Pedro al que salió tras ser proclamado, lanzó al mundo dos frases históricas en las que expresó claramente lo que iba a ser la meta de su papado: «¡No tengáis miedo!» y «¡Abrid las puertas a Cristo!».

La frase «¡No tengáis miedo!» se dirigía sobre todo a promover la esperanza, la fuerza y la confianza entre los católicos, para que acometieran con decisión la gigantesca labor que era necesario emprender para superar las tremendas dificultades que el cristianismo tenía planteadas en el momento en que Karol tomó posesión de la silla de San Pedro. El mundo en el que el recién nombrado Papa iba a ejercer su magisterio era una realidad compleja erizada de dificultades, que levantaba ante él y ante todos los creyentes una verdadera montaña de problemas de todo tipo, entre los cuales destacaban dos: la crisis de la Iglesia, y la crisis de un mundo sometido a lo que Karol llamaba «la globalización de la miseria».

La crisis de la Iglesia se había gestado dentro de ella y arrancaba en las tensiones posconciliares. La Iglesia jerárquica institucional, rígida y centralista era combatida por una serie de movimientos y grupos doctrinales que ponían en tela de juicio hasta algunos principios dogmáticos. En este clima, se producía una disminución alarmante de las vocaciones sacerdotales, una oleada nunca vista de secularizaciones, una reducción preocupante de la asistencia de los fieles a misa y, en general un desinterés por la participación en la liturgia.

Juan Pablo II fue el Vicario de Cristo en la tierra, el primado de la cristiandad, el

sucesor de Pedro, sí, pero también fue un fiel imitador de la enorme acción evangelizadora que realizó Pablo de Tarso, cuyo apostolado itinerante le sirvió siempre de ejemplo, como a él mismo le gustaba confesar. Es así como se habla de que una de las características esenciales del pontificado de Juan Pablo II fue el que inició una «nueva evangelización».

La caída del ateísmo institucional de los países del Este le hizo volcar al Papa todas sus energías en combatir el ateísmo práctico de las sociedades democráticas, especialmente las europeas. La nueva evangelización que fue el objetivo preferente de su pontificado estaba destinada en gran parte a una «recristianización» de los países de Europa donde el cristianismo era más antiguo, y donde estaba amenazado por el descreimiento de una sociedad hedonista y consumista, que vivía como si Dios no existiera. Estas sociedades occidentales fueron para él un verdadero territorio de misión, la cual debería tener la meta de hacerlas recuperar sus raíces cristianas.

Frente al materialismo marxista y ateo, el Papa también hablaba de otro tipo de materialismo, al que llamaba «materialismo craso», que tiene sus raíces en la ideología mercantilista y ferozmente capitalista que anima a las sociedades occidentales, y que producía las lacras del consumismo, el egoísmo, el relativismo moral, la insolidaridad, y la búsqueda desenfrenada del beneficio, empobrecedores de la dignidad humana. Este materialismo producía un eclipse de Dios, una fuga de la trascendencia que arrojaba al hombre contemporáneo al abismo de la «náusea vital», del vacío y el sinsentido, del relativismo moral donde el bien y el mal se confunden.

En su opinión, era un enemigo incluso más insidioso que el viejo adversario comunista, pues es más sutil, más perverso, más indirecto, no tiene rostro conocido, y envenena el alma humana de una forma subrepticia, oculta, pero poderosa y devastadora.

El Papa misionero

En la era del gran desarrollo de los medios de comunicación, la Iglesia tuvo la suerte de tener al timón en la silla de San Pedro a un gran comunicador, y ésta fue la gran herramienta de la que se sirvió en su papado para conectar con enormes muchedumbres de personas, que no siempre comulgaban con sus ideas, que a veces profesaban otros credos religiosos, que con frecuencia pertenecían a ámbitos culturales totalmente distintos a los europeos.

La conversión del Papa en una figura mediática responde a un principio fundamental de la nueva evangelización, basada en el concepto de exhibición de la fe cristiana, que pretende hacerla visible en unos tiempos de laicismo y descristianización, «tomando las calles» con manifestaciones multitudinarias y grandes asambleas litúrgicas. Estos grandes «espectáculos» cristianos han mostrado al mundo una imagen festiva de la Iglesia, cuya intención primordial parece ser reanimar al pueblo católico, y recuperar para la fe un espacio social amenazado hoy en día a ser reducido a la insignificancia por un laicismo agresivo.

Juan Pablo II fue el «Papa misionero», que recorrió los innumerables caminos de la tierra como un nuevo San Pablo, esparciendo las semillas del cristianismo en incontables viajes, en una pastoral itinerante que también recuerda mucho a la que desarrolló el mismo Jesús en los caminos de Palestina, sólo que ahora los caminos se abrían a los cuatro puntos cardinales, a todos los pueblos, a todas las razas, a todas las culturas.

La vocación misionera de Juan Pablo II se dirigía, como en el pasado, a conquistar para la fe aquellos ámbitos geográficos que no conocían todavía el cristianismo, pero se abrió a un nuevo campo de acción: reconquistar para la fe aquellos espacios que están perdiendo su patrimonio cristiano, debido a un laicismo dominante que amenaza con privarles de una espiritualidad forjada a lo largo de muchos siglos.

Aunque la primera motivación de sus viajes siempre era espiritual, evangelizadora y apostólica, Juan Pablo II los aprovechaba para hablar en nombre de los hombres y pueblos sin voz, de los pueblos marginados y aplastados por la explotación económica, por regímenes dictatoriales tanto de derechas como de izquierdas, haciendo un llamamiento contundente para que respetaran sus derechos humanos, para que terminaran aquellos sistemas políticos y económicos injustos causantes de la miseria, la pobreza y el sufrimiento de tantos seres humanos.

El eje que vertebró todo su pontificado fue su apasionada defensa de la dignidad humana, concretada en el respeto a los derechos humanos fundamentales, de los cuales él destacó dos: la libertad, como consecuencia de haber vivido bajo dos regímenes

totalitarios (el nazismo y el comunismo); y la justicia, denunciando la pobreza creada por un orden económico mundial injusto.

Frente a la «civilización de la muerte» que viola los derechos humanos, fundamentada en la «globalización de la miseria» proclamaba la «civilización del amor», basada en lo que él llamaba «la globalización de la solidaridad», encaminada a la consecución de la paz en el mundo, y basada en el respeto integral a la dignidad humana, donde toda la humanidad, sin ningún tipo de exclusión, tenga acceso a los ingentes recursos y admirables avances de la sociedad contemporánea. Para él, la solidaridad es la virtud que tiene que proporcionar un código ético global a un mundo globalizado.

Pero Juan Pablo II no se conformó con Cristo solamente en su inmensa labor evangelizadora, recorriendo los caminos del mundo al igual que Jesús había recorrido los de Palestina dos mil años atrás. Un aspecto no demasiado conocido de su pontificado fue que durante él Karol recorrió un auténtico camino de la cruz, un viacrucis que le asemejó más todavía a su divino modelo.

Desde el atentado que sufrió el 13 mayo 1981, Juan Pablo II nunca disfrutó de una salud plena, ya que las secuelas que le dejaron el intento de asesinato y diversos problemas de salud que le sobrevinieron fueron deteriorando sus fuerzas: además de las dificultades que tuvo para recuperarse de las heridas de bala que sufrió en el estómago y en una mano, padeció luego un cáncer de intestino, la fractura del fémur y de un hombro y, desde los años 1990, tuvo que sobrellevar la enfermedad de Parkinson, de origen genético. Ante los focos de los medios de comunicación, y ante las multitudes que le seguían, Juan Pablo vivió su larga agonía, una auténtica «Pasión», con una admirable entereza

En su agonía, le dictó a su secretario una carta en la que decía: *«Soy feliz, séanlo también ustedes. No quiero lágrimas. Recemos juntos con satisfacción. En la Virgen confío todo felizmente».*

El Papa de los récords

Durante sus más de 26 años de pontificado, Juan Pablo II fue el Papa de los récords:

- El 25 de enero de 1979 comenzó el primero de sus 104 viajes fuera de Italia, a República Dominicana y México. El último fue el 14 de agosto de 2004 al santuario mariano de Lourdes, en Francia.
- Durante su pontificado visitó 129 países, recorriendo un total de 1.162.615 kms. Sin duda, es el líder público que más ha viajado en la historia.
- Se calcula que Juan Pablo II ha sido visto directamente por 500 millones de personas. En la práctica es como si hubiese dado 30 veces la vuelta al mundo. Sin duda alguna, ha sido el Papa más viajero, pero incluso hay quien dice que ha sido el hombre que más ha viajado de la historia.
- Celebró más de mil audiencias generales semanales, y ha recibido a unos 17.000.000 de fieles de todo el mundo. A esto hay que añadir los encuentros y audiencias con diversos grupos y figuras políticas, entre ellos jefes de Estado y primeros ministros, que superan los 1.500.
- Presidió 21 Jornadas Mundiales de la Juventud, desde su creación en 1983.
- Es el Papa que proclamó más santos y beatos durante su pontificado (el número de santos y beatos elevados a los altares por él equivale al llevado a cabo en los cuatrocientos años anteriores). En total, proclamó 1.320 beatos en 143 ceremonias de beatificación. Además, ha canonizado 472 santos.
- Realizó la primera visita de un Papa a una iglesia luterana (Roma, 1983), a una sinagoga (Roma, 1986), y a una mezquita (Damasco, 2005)
- Escribió 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas, 28 Motu proprio, y numerosas cartas. Es el autor de 4 libros y más de 500 artículos y ensayos, y de seis libros de poesía mística.
- Dejó en total más de 70.000 folios de doctrina. Dictó más de 20.000 discursos.

Pero hay otro récord de Juan Pablo II menos conocido, y que es sin duda el más importante de su pontificado:

«En estos días he respondido a diversos periodistas que se suele hablar de los muchos récords batidos por el Papa (centenares de viajes apostólicos, encuentros con millones de fieles, documentos doctrinales y disciplinares

publicados, etc.), pero nadie habla de otro récord que, en mi opinión, es precisamente el que ha hecho posible todos los demás: el récord de horas diarias pasadas ante el sagrario. Es ese trato contemplativo con el Amor lo que ha dado a Juan Pablo II el impulso de evangelizador para ir a anunciar a Cristo en todos los areópagos del mundo». (cardenal Julián Herranz, ABC del lunes 4/4/2005)

La presente obra está dedicada a Juan Pablo II considerándole en su faceta quizá menos conocida: como místico, como hombre de oración profundamente enamorado de Cristo, que hizo de la contemplación su actividad más importante, pues fue del contacto personal con Dios en la oración de donde sacó las fuerzas, la motivación, la confianza y la esperanza necesarias para llevar a cabo la enorme labor apostólica y evangelizadora que desarrolló durante todo su pontificado.

Fue un hombre de acción, que desplegó una inmensa cantidad de energía para reconducir el mundo hacia Cristo; fue un Papa mediático, que desarrolló gran parte de su ministerio bajo los focos de los medios de comunicación; fue un Papa misionero, un nuevo San Pablo que recorrió los caminos del mundo esparciendo las semillas del Evangelio; fue un Papa Peregrino, portavoz de los oprimidos, defensor implacable de los derechos humanos; fue un nuevo Moisés, que cargó sobre sus hombros la misión de conducir la Iglesia hacia el tercer milenio... pero, antes que nada, fue un creyente enamorado de Dios, un hombre de oración que pasó muchos ratos postrado ante el Sagrario, en adoración silenciosa. En cierta ocasión confesó lo que era su aspiración más íntima, su anhelo más profundo:

«Lo que verdaderamente deseo alcanzar, aquello que me quema y atormenta conseguir, es ver a Dios cara a cara. Por eso vivo, me muevo y existo».

Madrid, a 26 noviembre de 2011

1 enamorado de Cristo

«No se puede excluir a Cristo de la historia del hombre en ninguna parte de la tierra. La exclusión de Cristo de la historia del hombre es un acto contra el hombre. Sin él es imposible entender la historia de los hombres que han pasado y que pasarán por esta tierra. La historia de las naciones es sobre todo la historia de sus hombres y la historia de cada hombre cobra su sentido a la luz de Cristo. En él se convierte en historia de salvación». (Discurso de J.P. II en su primer viaje a Polonia)

Contemplar el rostro de Cristo

«Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el “programa” que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización».

El pontificado de Juan Pablo II ha sido tan polifacético, tan rico en matices, ha abarcado tantos aspectos y dimensiones, ha desplegado tal variedad y cantidad de campos de acción, que siempre ha sido difícil resumir tan enorme labor en una frase, en unas pocas palabras, en un calificativo añadido a su nombre que expresara la esencia de su mensaje: peregrino, misionero, apóstol, profeta...

Pero la clave para resolver este problema la dio la Madre Teresa de Calcuta una vez que hablaba de él: «Siempre sostenido por una fe honda, alimentado por la oración incesante, audaz por su incommovible esperanza, profundamente enamorado de Dios».

Si: Juan Pablo II era, por encima de todo, un hombre enamorado de Dios, enamorado de Cristo. En esta misma idea concuerda el cardenal Julián Herranz, un estrecho colaborador de él.

«Si por llevar 26 años trabajando junto a Juan Pablo II alguien me pidiese resumir toda su vida en una sola palabra, no dudaría en señalar esta palabra: “enamorado”. Bien sé que sobre la riqueza y el impacto mundial de la vida y ministerio de Juan Pablo II se escribirán bibliotecas enteras. Pero la clave de la interpretación de todos sus dichos, escritos y hechos –de toda su vida– es, a mi modo de ver, una sola: su apasionado amor a Cristo (*Cardenal Julián Herranz, ABC, 4/4/2005*).

Mons. Magee, que fue su primer ceremoniero y después, como obispo, buen amigo suyo, decía de él:

«Era un verdadero hombre de fe. Desde el primer momento que le traté me impresionó la profundidad de su fe. Era siempre consciente de la protección de Dios, de la presencia de Dios, y no tenía miedo a nada... Se le notaba que estaba siempre en presencia de Dios, la oración le venía espontáneamente a la boca. Su amor al Salvador era evidente. Por ejemplo, desde el principio del pontificado yo personalmente lo encontraba con frecuencia postrado por tierra ante el Tabernáculo o en su despacho, y lo mismo todas las noches durante sus viajes apostólicos.

El Siervo de Dios manifestó un profundo amor por el Señor. Toda su vida estaba impregnada, por decirlo así, por esta actitud suya hacia Cristo, era su amor por excelencia. Su modo de orar, su modo de hablar, su modo de vivir cada momento manifestaban su amor profundo y habitual a Jesús» (*Summarium Super Virtutibus, II*).

p. 264-266).

El Nuncio Apostólico Emérito de Checoslovaquia y República Checa, Cardenal Giovanni Coppa, recuerda un episodio que le sorprendió del papa Juan Pablo II en su viaje a la República Checa en 1995.

«La primera noche de aquel viaje, luego de volver de la cena con los obispos, bajó a la capilla ante el Santísimo. Las hermanas habían preparado para él un gran reclinatorio, pero prefirió rezar en uno de los bancos habituales. Yo le acompañaba, esperándolo fuera de la capilla.

La segunda noche tuve que responder a una llamada urgente y no pude acompañarle a la capilla. Llegué luego, cuando ya estaba arrodillado. Antes de entrar escuché como una música distinta y, cuando abrí silenciosamente la puerta, escuché cómo, arrodillado en el banco, cantaba amorosamente ante el tabernáculo.

El Papa cantaba en voz baja ante Jesús Eucaristía: el Papa y Cristo en la Hostia, Pedro y Cristo. Nunca he olvidado ese delicado canto, que era como un coloquio de amor con Cristo (...), porque manifiesta que debemos tener una relación siempre viva, íntima y profunda con Jesús, que vive en la Eucaristía.

Ese canto nos demuestra, de modo superlativo, que Juan Pablo II ha sido verdaderamente un enamorado de Cristo».

«Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. *Jn* 13,25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el «arte de la oración», ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!».

Camino, verdad y vida

«La luz del rostro de Dios resplandece con toda su belleza en el rostro de Jesucristo, “imagen de Dios invisible” (Col 1,15), “resplandor de su gloria” (Hb 1,3), “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14): Él es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Por esto, la respuesta decisiva a cada interrogante del hombre, en particular a sus interrogantes religiosos y morales, la da Jesucristo» (*Veritatis splendoris*, Introducción, 2).

Quizá la principal lacra que ha producido en las sociedades contemporáneas el materialismo consumista ha sido la pérdida del sentido de la vida, que a la luz de la ideología hedonista aparece como un mero proceso biológico sometido al vacío que origina un mundo sin Dios, al absurdo del sufrimiento, a la náusea de la infelicidad, aunque abundemos en bienes materiales.

Tentado por los «ídolos» del hedonismo egoísta, potenciados con los recursos agresivos de los poderosos medios de comunicación, el ser humano de hoy se deja embaucar con mentiras que le prometen una libertad ilusoria, con ideologías relativistas y malsanas que ofrecen una falsa felicidad.

«Debido al misterioso pecado del principio, cometido por instigación de Satanás, que es “mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44), el hombre es tentado continuamente a apartar su mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos (cf. *ITs* 1,9), cambiando “la verdad de Dios por la mentira” (*Rm* 1,25); de esta manera, su capacidad para conocer la verdad queda ofuscada y debilitada su voluntad para someterse a ella. Y así, abandonándose al relativismo y al escepticismo (cf. *Jn* 18,38), busca una libertad ilusoria fuera de la verdad misma».

Pero a pesar de esas tinieblas que se abaten sobre su alma, el hombre siente dentro de sí una llamada hacia el infinito, un hambre de trascendencia, un «instinto de Dios» que no se puede saciar con ningún becerro de oro, ni con ninguna torre de Babel.

Esta convicción la acrisoló Juan Pablo II durante su magisterio sacerdotal en la Polonia comunista, que le dio ocasión de conocer por propia experiencia las inquietudes religiosas de los llamados «ateos», que ningún sistema, ninguna política y ninguna ideología podían sofocar.

«Pero las tinieblas del error o del pecado no pueden eliminar totalmente en el hombre la luz de Dios creador. Por esto, siempre permanece en lo más profundo de su corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento. Lo prueba de modo elocuente la incansable búsqueda del hombre en todo campo o

sector. Lo prueba aún más su búsqueda del sentido de la vida. El desarrollo de la ciencia y la técnica –testimonio espléndido de las capacidades de la inteligencia y de la tenacidad de los hombres–, no exime a la humanidad de plantearse los interrogantes religiosos fundamentales, sino que más bien la estimula a afrontar las luchas más dolorosas y decisivas, como son las del corazón y de la conciencia moral» (*Veritatis splendor*).

Esta era una de las razones que impulsaban la esperanza de Juan Pablo II, y que le animaron en su inmensa labor evangelizadora, que tenía como fin sembrar la semilla de la fe en ese terreno fértil de la búsqueda de Dios que todo ser humano tiene, como si fuera un instinto más de su naturaleza, ya que esa búsqueda forma parte constitutiva del ser humano y, aunque los poderes de las tinieblas intenten sofocarla, más tarde o más temprano es inevitable que el hombre vuelva su mirada hacia su interior para encontrarse allí con la presencia divina.

«La persona humana tiene una necesidad que es aún más profunda, un hambre que es mayor que aquella que el pan puede saciar: es el hambre que posee el corazón humano de la inmensidad de Dios».

«El hombre es un ser que busca a Dios. Y, hasta después de haberlo encontrado, sigue buscándolo».

«Nosotros existimos y pasamos, sólo Dios no pasa. Postraos también vosotros y convertíos. Esta tierra en la que vivimos es el reino de Dios. En vano se trata de sustituirle. No hay nada que consiga colmar el vacío dejado por Él: ni la abundancia material, ni la vida fácil y permisiva, ni la búsqueda del éxito y del poder, ni la potencia técnica» (*de un discurso del viaje a Montreal*).

«Hoy nos encontramos frente a las ruinas de una de las tantas torres de Babel de la historia humana... el objetivo de construir un mundo sin Dios se ha demostrado utópico» (*Discurso en la Checoslovaquia liberada del comunismo*).

El Papa Pablo VI encomendó en la Cuaresma de 1976 al entonces cardenal Karol la predicación de los ejercicios espirituales para él y para la curia romana. En su transcurso, Karol relató la siguiente experiencia:

«Nunca olvidaré la impresión que me causó un soldado ruso en 1945. Acababa de terminar la guerra. A la puerta del seminario de Cracovia golpeó un militar. A mi pregunta sobre qué deseaba, respondió que quería entrar al seminario. Esta conversación se prolongó y, aunque no ingresó al seminario (tenía ideas bastante confusas respecto a la realidad del seminario mismo), personalmente aprendí del encuentro una gran verdad: cómo Dios logra, de manera admirable, penetrar en la

mente humana, aún en las condiciones extremadamente desfavorables de su negación sistemática. Mi interlocutor, en su vida adulta, casi nunca había entrado a una iglesia. En la escuela, y luego en el trabajo, había oído siempre afirmar: “¡Dios no existe!”, y a pesar de todo eso repetía: “Pero yo sabía que Dios existe... y ahora deseo aprender algo sobre Él...”.

En el ánimo de este joven yacía el anhelo de tantos jóvenes, un anhelo confuso, un anhelo contrarrestado... pero irreprimible: ¡no se puede vivir sin Dios!»

El 18 enero de 1945, el ejército soviético entró en Cracovia. Tres soldados, ateridos de frío y de hambre, se refugiaron en la catedral de Wawel, pidiendo refugio. Como allí nadie sabía ruso, hicieron llamar a Karol, que había comenzado a estudiarlo.

Conversando con ellos, uno de los soldados le confesó que aunque en Rusia decían que Dios no existía, su madre era una ferviente creyente. Al final de la charla, expuso a Karol sus inquietudes:

«La historia de Dios siempre me hace pensar. Querría saber más (...) Cuando tenga tiempo me gustaría hablar con un pope. O quizá baste con escuchar a mi madre...».

Cuando se marcharon, Karol dijo para sus adentros: «¡Estos ateos!: tienen más hambre de Dios que todos nosotros juntos».

En su opinión, es inevitable que el materialismo consumista lleve al hombre a experimentar la «náusea» vital, el vacío de una existencia sin sentido, el absurdo de una vida que, privada de un horizonte escatológico, se convierte en una carga angustiada productora de infelicidad, pues el ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios, y nadie sino Él puede llevarle a su plena realización.

Ante este desolador vacío, la voz de Juan Pablo II se alzaba nítida y poderosa: Cristo tiene la respuesta a nuestros interrogantes, porque Él es el camino, la verdad, y la vida.

«El hombre tiene extrema necesidad de saber si merece la pena nacer, vivir, luchar, sufrir, morir; si tiene valor comprometerse por algún ideal que sea superior a los intereses materiales y contingentes; si, en una palabra, hay un por qué que justifique su existencia. Ésta es la cuestión esencial: dar un sentido al hombre, a sus opciones, a su vida, a su historia.

Jesús tiene la respuesta a estos interrogantes: Él puede resolver la cuestión del sentido de la vida y de la historia del hombre. Jesús no elimina la preocupación normal y la búsqueda del alimento cotidiano y de todo lo que puede hacer que la vida

humana progrese más y sea más satisfactoria. Pero... ¡la vida pasa indefectiblemente! Y Jesús hace presente que el verdadero significado de nuestro existir terreno está en la eternidad, y que toda la historia humana, con sus dramas y sus alegrías, debe ser contemplada en perspectiva eterna. ¡El hombre tiene necesidad de trascendencia! ¡El hombre tiene necesidad de la presencia de Dios en su historia cotidiana! ¡Sólo así puede encontrar el sentido de la vida! Pues bien, Jesús continúa diciendo a todos: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”» (1Jn 14,6).

Cristo vive entre nosotros

El tiempo que dedicamos a las cosas –como decía el Principito al zorro– es lo que demuestra el amor que las profesamos. Ajetreados en numerosas ocupaciones, agobiados por trabajos, rodeados de bienes inútiles, bombardeados por las fútiles necesidades creadas por los medios de comunicación, el ser humano se aliena, y pierde de vista su dimensión eterna. Probablemente la increencia no sea el verdadero problema que está causando la descristianización de nuestras sociedades, sino la tibieza... no el creer que Dios no existe, sino el vivir como si no existiera.

«Está escrito: Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas (...) (cfr. Deut 6,5-9). Aquel “todo”, repetido y llevado a la práctica con tanta insistencia, es en verdad la bandera del maximalismo cristiano. Y es justo: Dios es demasiado grande, merece demasiado de nosotros para que podamos echarle, como a un pobre Lázaro, apenas unas pocas migajas de nuestro tiempo y de nuestro corazón. Él es un bien infinito y será nuestra felicidad eterna: el dinero, los placeres, las fortunas de este mundo, en comparación, son apenas fragmentos de bien y momentos fugaces de felicidad. No sería sabio dar tanto de nosotros a estas cosas y poco de nosotros a Jesús».

«Volved a encontrar el camino que lleva a Dios. No a un Dios cualquiera, sino al Dios que se ha manifestado Padre en el rostro amabilísimo de Jesús de Nazaret. Recordad ciertamente el abrazo tierno y afectuoso del Padre cuando vuelve a encontrar al hijo pródigo. Dios ama el primero. Si os dejáis encontrar por Él, vuestro corazón hallará la paz. Será fácil responder a su amor con amor. Para entender, basta pensar en Jesús sobre la cruz y en el ladrón crucificado con Él, a su lado. Jesús le aseguró: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»

El Papa deseaba que cada cristiano llegara a sentir a Jesús junto a él, como cuando recorría los caminos de Palestina. En un discurso a los jóvenes dijo: «El cristianismo no es una opinión, y no consiste en palabras vanas. ¡El cristianismo es Cristo! ¡Es una Persona, es el Viviente! Encontrar a Jesús, amarlo y hacerlo amar: he aquí la vocación cristiana».

Por eso animaba a los creyentes a practicar una «mirada contemplativa» sobre la realidad, para contactar con la presencia de Cristo en todos los hechos y experiencias, por más insignificantes que sean, de nuestra vida cotidiana. Porque Cristo vive entre nosotros, y nos acompaña en todos los caminos de nuestra vida.

«La Iglesia desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida. En el trasfondo de

procesos siempre crecientes en la historia (...) Jesucristo se hace en cierto modo nuevamente presente, a pesar de todas sus aparentes ausencias, a pesar de todas las limitaciones de la presencia o de la actividad institucional de la Iglesia. Jesucristo se hace presente con la potencia de la verdad y del amor, que se han manifestado en Él como plenitud única e irrepetible, por más que su vida en la tierra fuese breve y más breve aún su actividad pública» (*Redemptor Hominis*, 14).

«Jesús vive entre los que le invocan sin haberlo conocido; entre los que, habiendo empezado a conocerlo, sin su culpa, lo han perdido; entre los que lo buscan con corazón sincero, aun perteneciendo a situaciones culturales y religiosas diferentes.

Jesús vive concretamente en vuestras parroquias, en las comunidades en las que vivís, en las asociaciones y en los movimientos eclesiales a los que pertenecéis.

Jesús vive junto a nosotros, en los hermanos y hermanas con los que compartimos la existencia cotidiana.

Vestirse de Cristo supone ponerle en el centro de la vida personal y comunitaria, en el centro de las actividades diarias y de toda otra forma de apostolado.

El compromiso social de los cristianos laicos se puede nutrir y ser coherente, tenaz y valeroso sólo desde una profunda espiritualidad, esto es, desde una vida de íntima unión con Jesús».

«¡Abrid las puertas al Redentor!»

En la homilía del comienzo de su pontificado, el 22 de octubre de 1978, el nuevo papa proclamó las dos consignas que guiarían su labor como Papa: «¡Abrid las puertas a Cristo!», y «¡No tengáis miedo!».

«El nuevo sucesor de Pedro en la sede de Roma eleva hoy una oración fervorosa, humilde y confiada: ¡Oh Cristo! ¡Haz que yo me convierta en servidor, y lo sea, de tu única potestad! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no conoce ocaso! ¡Haz que yo sea un siervo! Más aún, siervo de tus siervos.

¡Hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad!

¡Ayudad al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera!

¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!

Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo conoce!

Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues, –os lo ruego, os lo imploro con humildad y con confianza– permitid que Cristo hable al hombre. ¡Sólo Él tiene palabras de vida! ¡Sí, de vida eterna!»

«Redemptor hominis», que salió a la luz el 15 marzo 1979, expresaba este mensaje esencial: «La única orientación del espíritu, la única dirección de la inteligencia, de la voluntad y del corazón que existe para nosotros es ésta: Cristo es redentor del hombre, redentor del mundo»

«Jesucristo, Hijo de Dios vivo, se ha convertido en nuestra reconciliación ante el Padre. La Cruz sobre el Calvario, por medio de la cual Jesucristo “deja” este mundo, es al mismo tiempo una nueva manifestación de la eterna paternidad de Dios, el cual se acerca de nuevo en Él a la humanidad, a todo hombre, dándole el tres veces santo “Espíritu de verdad”.

Jesucristo es el camino principal de la Iglesia. Él mismo es nuestro camino “hacia la casa del Padre”, y es también el camino hacia cada hombre» (*Redemptor Hominis* 13).

«¡Abrid las puertas al Redentor!» son las primeras palabras de la bula del Papa

Juan Pablo II que convocaba al Jubileo el 6 enero de 1983, en el 1950 aniversario de la Redención. En ella nos asegura que, desde el primer momento de su elección a la cátedra de San Pedro, su pensamiento y su sentimiento se orientaron «a Cristo Redentor, a su misterio pascual, vértice de la revelación divina y actuación suprema de la misericordia de Dios para con los hombres de todos los tiempos».

En esa Bula repetía una vez más su mensaje de “¡No tengáis miedo!”, pero aplicado a la figura de Cristo, a quien hay que abrir las puertas para que realice en nosotros su obra salvadora.

«No tengan miedo de Cristo, confíen en él hasta el fondo, sólo Él tiene palabras de vida eterna. ¡Cristo no defrauda jamás!

Conversen con Jesús en la oración y escuchen su palabra; busquen la alegría de la reconciliación en el sacramento de la penitencia; reciban el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía; acójalo y sírvanlo en los hermanos.

Invoquen a Jesús para que, en los caminos de los tantos Emaús de nuestro tiempo, siempre permanezca con ustedes. Que Él sea su fuerza, su punto de referencia, su perenne esperanza. Allí, entre los hombres, está la casa de Cristo, quien les pide que, en su nombre, sequen toda lágrima y les recuerden a los que se sienten solos que nadie está solo si pone su esperanza en Él».

Lejos de sentir miedo ante las exigencias de su programa de vida, es preciso abrirle nuestros corazones para experimentar en nuestras vidas su mirada amorosa.

«¡Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mira con amor!

Él mira con amor a todo hombre. El Evangelio lo confirma a cada paso. Se puede también decir que en esta “mirada amorosa” de Cristo está contenida casi como en resumen y síntesis toda la Buena Nueva.

Sabemos que Cristo confirmará y sellará esta mirada con el sacrificio redentor de la Cruz, puesto que precisamente por medio de este sacrificio aquella mirada ha alcanzado una particular profundidad de amor. En ella está contenida una tal afirmación del hombre y de la humanidad de la que sólo Cristo, Redentor y Esposo, es capaz. Solamente Él conoce lo que hay en el hombre: (cf Jn 2,25) conoce su debilidad, pero conoce también y sobre todo su dignidad.

Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa; le es necesario saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido elegido desde la eternidad (cf. Ef 1,4). Al mismo tiempo, este amor eterno de elección divina acompaña al hombre durante su

vida como la mirada de amor de Cristo. Y acaso con mayor fuerza en el momento de la prueba, de la humillación, de la persecución, de la derrota (...) Entonces esta mirada de Cristo, esto es, la conciencia del amor que en Él se ha mostrado más fuerte que todo mal y que toda destrucción, dicha conciencia nos permite sobrevivir».

Imitatio Dei

No hay que tener miedo de Cristo porque Él es amor, que se manifiesta como ternura y misericordia. Es un amor incondicional, gratuito, que no depende nunca de nuestros méritos, que se derrama palpitante sobre nosotros a pesar de nuestras debilidades, que siempre espera, en el que está nuestra verdadera plenitud como seres humanos.

«¿Qué otra cosa podía decirnos mejor que ésta?: ¡Aprended a conocer a Cristo y dejaos conocer por Él!

Entre Dios y nosotros existe una relación que no es fría, como la existente entre un emperador y su súbdito, sino palpitante, como la que se desarrolla entre dos amigos, entre dos esposos, entre padre e hijo.

Sí, queridos amigos, ¡Cristo nos ama y nos ama siempre! Nos ama incluso cuando lo decepcionamos, cuando no correspondemos a lo que espera de nosotros. Él no nos cierra nunca los brazos de su misericordia. ¿Cómo no estar agradecidos a este Dios que nos ha redimido llegando incluso a la locura de la Cruz? ¿A este Dios que se ha puesto de nuestra parte y está ahí hasta al final?

Jesús es el amigo que nunca os abandona; Jesús os conoce uno por uno, personalmente; sabe vuestro nombre, os sigue, os acompaña, camina con vosotros cada día; participa de vuestras alegrías y os consuela en los momentos de dolor y de tristeza. Jesús es el amigo del que ya no se puede prescindir cuando se le ha encontrado y se ha comprendido que nos ama y quiere nuestro amor.

Con Él podéis hablar, hacerle confidencias; podéis dirigirnos a Él con afecto y confianza. Jesús murió incluso en una cruz por nuestro amor! ¡Haced un pacto de amistad con Jesús y no lo rompáis jamás!

Poned vuestra vida en manos de Jesús. Él os aceptará, os bendecirá, y hará un uso tal de vuestra existencia que superará vuestras mayores expectativas. En otras palabras, abandonaos en las poderosas y alentadoras manos de Dios, y os sentiréis transformados en plenitud de vida. “Descarga tu peso sobre el Señor, y él te sostendrá”.

Cristo os espera; a Él podéis abrir el corazón y asiros a Él con oración sincera y fe indestructible. En esos momentos largos y terribles, Él es vuestra esperanza, es todo, es la solución de vuestras dudas».

Amar a Cristo es seguirle. En sus discursos pastorales utilizaba frecuentemente la invitación evangélica de Jesús a seguirle para llamar a un mayor compromiso con Él.

Juan Pablo II sintetizaba así el principal sentido del mensaje de las Jornadas Mundiales de la Juventud: «Vosotros, jóvenes, debéis saber qué significa la palabra de Jesús: sígueme».

Este seguimiento supone una aceptación plena y sincera del mensaje evangélico, sin componendas, sin “descafeinarlo” para adaptarlo a nuestros intereses personales, a nuestros deseos egoístas, a nuestra ideología más o menos utilitaria, al «espíritu de los tiempos», para intentar «modernizarlo», limando sus asperezas, eliminando lo que no nos conviene.

«Cuántos hay que reducen el Evangelio a su medida y se hacen un Jesús más cómodo, negando su divinidad trascendente, o diluyendo su real, histórica humanidad, e incluso manipulando la integridad de su mensaje, especialmente si no se tiene en cuenta ni el sacrificio de la cruz, que domina su vida y su doctrina, ni la Iglesia que Él instituyó como su “sacramento” en la historia.

Jesús llama a seguirle personalmente. Podemos decir que esta llamada está en el centro mismo del Evangelio. No cabe duda que las formas concretas de seguir a Cristo están graduadas por Él mismo, según las condiciones, las posibilidades, las misiones, los carismas de las personas y de los grupos. Jesús, al establecer la exigencia de la respuesta a la vocación a seguirlo, no esconde a nadie que su seguimiento requiere sacrificio, a veces incluso el sacrificio supremo. En efecto, dice a sus discípulos: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”» (Mt 16,24-25).

Toda su actividad pastoral como sumo Pontífice estuvo encaminada a un objetivo claro: ganar el mundo para Cristo, presentándole como el Salvador y el Redentor. Sólo Cristo puede cambiar las estructuras de pecado que someten al sufrimiento y a la injusticia a una gran parte de la humanidad, pues sólo él puede quitar nuestro corazón de piedra y poner en su lugar un corazón de carne que se apiade compasivamente del dolor ajeno, destruyendo así el egoísmo que es la causa de todas las lacras que azotan hoy la humanidad.

Este es el mensaje que llevaba en todos y cada uno de sus numerosos viajes.

Durante su viaje al Reino Unido, momentos antes de finalizar su viaje y emprender el regreso a Roma, el 2 de junio, dicta solemnemente una lápida en recuerdo de su viaje: «Mientras dure el recuerdo de esta visita, se anote que yo, Juan Pablo II, vine a Gran Bretaña para llamarlos a Cristo».

En su discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas del 5 de octubre de 1995, Juan Pablo II hizo un emocionante llamamiento a crear «la civilización del amor»,

basada en la esperanza y la confianza, actitudes capaces de superar el miedo al futuro de la humanidad. El fundamento y la raíz de esa «civilización del amor» es la creencia en Cristo:

«Como cristiano, mi esperanza y mi confianza se centran en Jesucristo (...) Nosotros los cristianos creemos que en su muerte y resurrección se revela plenamente el amor de Dios y su cuidado por toda la creación. Jesucristo es, para nosotros, Dios hecho hombre, que forma parte de la historia de la humanidad. Precisamente por esta razón, la esperanza cristiana en el mundo y su futuro se extiende a toda persona humana. Debido a la humanidad radiante de Cristo, no hay nada verdaderamente humano que no toque los corazones de los cristianos. La fe en Cristo no nos impulsa a la intolerancia. Por el contrario, nos obliga a involucrar a otros en un diálogo respetuoso. El amor de Cristo no nos distrae del interés por los demás, sino que más bien nos invita a la responsabilidad de ellos, sin exclusión de nadie y, de hecho, en todo caso, con una preocupación especial por los más débiles y los que sufren.

Por lo tanto, cuando nos acercamos al bimilenario del nacimiento de Cristo, la Iglesia sólo pide poder proponer respetuosamente este mensaje de salvación, para ser capaces de fomentar, en la caridad y el servicio, la solidaridad de toda la familia humana».

2 la iglesia vive de la eucaristía

«Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos».

Mysterium fidei

Habiendo sido ordenado sacerdote en la fiesta de Todos los Santos, Karol celebró su primera misa el día de los fieles difuntos, el 2 de noviembre de 1946, en la cripta de San Leonardo de la catedral de Wawel. En este día cada sacerdote puede celebrar para provecho de los fieles tres Santas Misas. Su primera misa tuvo, por tanto, un carácter triple.

Cuando se cumplieron los 50 años de aquella su primera misa, Juan Pablo II recordaba con especial emoción las eucaristías que había celebrado:

«Desde hace más de medio siglo, cada día, a partir de aquel 2 de noviembre de 1946 en que celebré mi primera Misa en la cripta de San Leonardo de la catedral del Wawel en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz en los que, en cierto modo, el tiempo y el espacio se han “concentrado” y se ha representado de manera viviente el drama del Gólgota, desvelando su misteriosa contemporaneidad. Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza (cf. Lc 24,3.35).

He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico!: porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada. De este modo Él, el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida. Lo hace a través del ministerio sacerdotal de la Iglesia y para gloria de la Santísima Trinidad. Verdaderamente, éste es el *mysterium fidei* que se realiza en la Eucaristía: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo.

En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos. Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites».

Durante la misa pronunciaba con gran atención cada palabra, resaltando la

importancia de los distintos gestos, para transmitir claramente el significado que tenían aquellas palabras, cuál era el sentido simbólico que encerraban los gestos. Como resultado de todo, los que asistían a su eucaristía captaban que estaban en presencia de un momento realmente sagrado.

Siempre que le era posible, invitaba a otras personas a celebrar la eucaristía con él, dotándola de un carácter comunitario, pues creía que la eucaristía no debía ser celebrada únicamente por el sacerdote, sino que en ella debía intervenir el pueblo de Dios que participaba en ella.

La raíz de esta forma de celebrar la eucaristía estaba en su creencia de que el sacerdocio no debía ser una clase, una casta aparte, sino que debía estar presente en el interior del pueblo de Dios, viviendo en contacto directo con la gente. El sacerdote, según él, era un administrador de los misterios de Dios.

En su encíclica «Ecclesia de Eucharistia», de 17 de abril, Jueves Santo, del año 2003, Juan Pablo II afirma que «la Iglesia vive de la Eucaristía», centro de la vida cristiana en este mundo.

«La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?».

Además de dinamizar la vida cristiana en este mundo, la Eucaristía también prefigura la vida en la «Jerusalén celestial», pues la Santa Misa, por el misterio de la Comunión de los Santos, nos anticipa la bienaventuranza eterna, que se derrama sobre nosotros en el sacrificio eucarístico.

«La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: “La salvación es de nuestro

Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero” (Ap 7,10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.

La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. Jn 15,11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y “prenda de la gloria futura”. En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: “Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”. Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día” (Jn 6,54). Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el “secreto” de la resurrección».

Al pie de la Cruz

Pero para poder participar plenamente de esas gracias celestiales que la eucaristía pone a nuestra disposición, es necesaria la comunión sacramental, que nos une estrechamente a Cristo.

«La incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente *cada uno de nosotros recibe a Cristo*, sino que también *Cristo nos recibe a cada uno de nosotros*. Él estrecha su amistad con nosotros: “Vosotros sois mis amigos” (Jn 15,14). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo “estén” el uno en el otro: “Permaneced en mí, como yo en vosotros” (Jn 15,4).

La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, “derramada por muchos para perdón de los pecados”.

Precisamente por eso, es conveniente cultivar en el ánimo el deseo constante del Sacramento eucarístico. De aquí ha nacido la práctica de la «comunión espiritual», felizmente difundida desde hace siglos en la Iglesia y recomendada por Santos maestros de vida espiritual».

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos.

«En efecto, el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio. Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: “Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo (...). También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá”.

Cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado (1Co 5,7), se realiza la obra de nuestra redención. El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los

creyentes, que forman un sólo cuerpo en Cristo (cf. *1Co* 10,17).

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y se realiza la obra de nuestra redención. Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas».

El sacramento de la reconciliación

La redención que tiene lugar en el sacramento eucarístico supone que previamente ha habido una conversión, por la cual el creyente se reconcilia con Dios. Esta «metanoia» tiene lugar en el sacramento de la penitencia, el cual es inseparable de la Eucaristía, ya que ésta alcanza su culmen en la comunión, y ésta exige que el corazón de quien se acerca a ella haya sido purificado por la misericordia divina.

«La Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí. La Eucaristía, al hacer presente el Sacrificio redentor de la Cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión, de respuesta personal a la exhortación que san Pablo dirigía a los cristianos de Corinto: “En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!” (2Co 5,20). Así pues, si el cristiano tiene conciencia de un pecado grave está obligado a seguir el itinerario penitencial, mediante el sacramento de la Reconciliación para acercarse a la plena participación en el Sacrificio eucarístico.

La práctica de la Confesión sacramental, en el contexto de la comunión de los santos que ayuda de diversas maneras a acercar los hombres a Cristo, es un acto de fe en el misterio de la Redención y de su realización en la Iglesia. La celebración de la penitencia sacramental es siempre, en efecto, un acto de la Iglesia con el cual ella proclama su fe, da gracias a Dios por la libertad con que Cristo nos ha liberado, ofrece su vida como sacrificio espiritual en alabanza de la gloria de Dios y entre tanto acelera el paso hacia Cristo el Señor».

Aparte de su dimensión reparadora y reconciliadora, el sacramento de la confesión es una práctica que nos pone en contacto con la fortaleza que Cristo derrama sobre su Iglesia, de la cual podemos extraer el ánimo y el coraje necesarios para combatir contra las tentaciones y purificarnos de las adherencias de este mundo, previniendo así las caídas en nuestras debilidades. Es por este motivo que Juan Pablo II recomendaba su práctica frecuente, como un ejercicio terapéutico de limpieza y renovación, saludable en sí mismo.

«El cristiano que cree en la eficacia del perdón sacramental recurre al sacramento también fuera del caso de necesidad, con una cierta frecuencia, y encuentra en él el camino de una creciente delicadeza de conciencia y de una purificación cada vez más profunda, una fuente de paz, una ayuda en la lucha contra las tentaciones y en el esfuerzo por llevar una vida más acorde con las exigencias de la ley y del amor de Dios».

Cuando era obispo, se confesaba todas las semanas, y también en vísperas de las fiestas mayores y antes de determinados períodos litúrgicos. Solía acudir a la

iglesia de los franciscanos, integrándose a la misma cola que el resto de los penitentes.

Siendo Papa, se confesaba una vez a la semana. El nombre de su confesor fue uno de los secretos mejor guardados del Vaticano.

Por el perdón a la paz

Si para Juan Pablo II Cristo era, por encima de todo, el Redentor de la humanidad, el segundo rasgo que destacaba en Él era su misericordia, que precisamente era la causa de que se hubiera sacrificado por nosotros para redimirnos, pues del corazón misericordioso de Cristo emana el perdón, bálsamo para nuestras heridas, luz para nuestras tinieblas, esperanza para todas nuestras frustraciones, caricia que nos reconcilia con Dios y nos da fuerzas para seguir nuestro camino de fe. Escribió una encíclica sobre el tema, llamada «Dives in misericordia».

«Él ha venido no para condenar, sino para perdonar, para derramar misericordia (cf. Mt 9,13); y la misericordia mayor radica en su estar en medio de nosotros y en la llamada que nos ha dirigido para encontrarlo y proclamarlo, junto con Pedro, como “el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). Ningún pecado del hombre puede cancelar la misericordia de Dios, ni impedirle poner en acto toda su fuerza victoriosa, con tal de que la invoquemos. Más aún, el mismo pecado hace resplandecer con mayor fuerza el amor del Padre que, para rescatar al esclavo, ha sacrificado a su Hijo: su misericordia para nosotros es redención. Esta misericordia alcanza la plenitud con el don del Espíritu Santo, que genera y exige la vida nueva».

«Gracias al amor y misericordia de Cristo, no hay pecado, por grande que sea, que no pueda ser perdonado, no hay pecador que sea rechazado. Toda persona que se arrepiente será recibida por Jesucristo con perdón y amor inmenso».

«Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden».
Para que Dios pueda derramar su misericordia sobre nosotros, es condición indispensable que también nosotros otorguemos misericordia a los demás en forma de perdón de las ofensas, actitud que es una variante de la caridad, y que debe formar parte de toda ética cristiana.

Este perdón, además de darnos la paz interior como fruto máspreciado, produce en nuestras relaciones con los demás el don de la reconciliación, que extirpa la violencia y es la fuente de la paz que tanto necesita el mundo.

«El único camino de la paz es el perdón. Aceptar y ofrecer el perdón hace posible una nueva cualidad de relaciones entre los hombres, interrumpe la espiral de odio y de venganza, y rompe las cadenas del mal que atenazan el corazón de los contrincantes. Para las naciones en busca de reconciliación y para cuantos esperan una coexistencia pacífica entre los individuos y pueblos, no hay más camino que éste: el perdón recibido y ofrecido. ¡Cuán ricas de saludables enseñanzas resuenan las palabras del Señor: “Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis

hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos!» (Mt 5,44-45). Amar a quien nos ha ofendido desarma al adversario y puede incluso transformar un campo de batalla en un lugar de solidaria cooperación».

Juan Pablo II dio un ejemplo al mundo de perdón cuando visitó en la cárcel a su agresor Ali Agca, al cual perdonó, aunque éste nunca llegó a pedirle perdón por su intento homicida.

«El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros» (*Dives in misericordia, cap. 14*).

Durante una visita a un hospital de Uganda, una chica joven que se llamaba Verónica le contó su historia a Juan Pablo II. Le contó cómo un día, mientras iba camino de la escuela, había sido asaltada y violada en un bosque por un joven que le había infectado el Sida. Ella soportaba su enfermedad y había perdonando al asaltante. «Santo Padre –decía–, tu pequeña hija Verónica es aquí un reto, una llamada a que otros jóvenes se porten bien». El Papa la abrazó, estrechándola afectuosamente junto a sí.

Durante sus viajes, y durante sus encuentros institucionales con miembros de la Iglesia católica y otras confesiones cristianas, Juan Pablo II pidió perdón frecuentemente –lo hizo en más de 100 ocasiones– por los errores que la Iglesia había cometido en el transcurso de la historia.

Era la primera vez que un pontífice tomaba la responsabilidad de humillarse pidiendo el perdón de las culpas que los cristianos habían acumulado sobre sus espaldas en un pasado que presentaba sombras que hasta ahora nadie había querido reconocer.

El momento culminante de esta actitud de contrición en nombre de la Iglesia tuvo lugar el 12 marzo del año 2000, domingo de Cuaresma, cuando se celebró en la

basílica de San Pedro la jornada jubilar del perdón, dentro de las celebraciones del gran jubileo del año 2000. Por primera vez en la historia, la Iglesia entera imploró a la misericordia divina que se le perdonaran sus desviaciones y transgresiones del mensaje evangélico, las cuales habían desfigurado y desvirtuado el rostro de la Iglesia, que había sido infiel al compromiso de amor y misericordia que le había encomendado el mismo Jesús.

En un templo abarrotado, siete arzobispos cardenales, estrechos colaboradores del Santo Padre, elevaron a Dios siete súplicas de perdón: por las cruzadas, la inquisición, las persecuciones a los judíos, las violaciones de los derechos humanos, sus actos contra la dignidad de la mujer...

3 «¡Totus Tuus!»

«He experimentado constantemente en mi vida la presencia amorosa y eficaz de la Madre del Señor; María me acompaña cada día en el cumplimiento de la misión del Sucesor de Pedro».

Milagro en San Pedro

Un obispo peruano acudía un día de 1963 a una de las sesiones del concilio Vaticano II. Iba en el tranvía rezando el breviario cuando un anciano sacerdote polaco le interrumpió, preguntándole una obviedad: «¿Va usted al Vaticano?».

El prelado no tenía muchas ganas de conversación, pero, comprendiendo que el anciano tenía ganas de hablar, interrumpió la lectura de su breviario, y estuvo escuchándole durante casi tres cuartos de hora hablar de su madre, por la que mostraba un amor y un agradecimiento que conmovieron al obispo.

Al divisar el Vaticano, el sacerdote polaco terminó su charla, diciendo: «Usted habrá pensado que ya no estoy bien de la cabeza. Es lógico que lo haya hecho, no se lo recrimino. Pero no es así. Mi cariño hacia mi madre no es nada comparado con el amor que tiene Monseñor Wojtyla a la Virgen... ¡Conózcale!». El prelado quedó tan impresionado que no tardó en conocerle, pues Karol también participaba en las sesiones del concilio, aunque en una comisión distinta. Después de hablar con él, confesó: «Tuve la convicción de que este hombre un día sería Papa», cosa que él mismo pudo comprobar pasados veinticinco años.

Juan Pablo II, un Papa especialmente mariano, vivió siempre con la conciencia de la presencia cercana de María, afirmando que siempre le había ayudado en su ministerio apostólico como sacerdote, obispo, cardenal y Papa. Esta cercanía de la Madre de Dios tuvo dos momentos culminantes que le demostraron su protección y ayuda, dos experiencias asombrosas que le ratificaron en su devoción y su agradecimiento a la Virgen.

La tarde de un 29 febrero Karol regresaba a su casa después de terminar su jornada en la Solway, la cantera donde trabajaba. Era una noche gélida, y había nieve amontonada por las calles. De repente, un camión militar se le echó encima y le atropelló. Despedido por el impacto, fue a caer sobre un montón de nieve en cuyo fondo había rocas, con las que se golpeó y perdió el conocimiento. Dos días después, despertó en un hospital con la cabeza vendada, en la que aún se veían manchas de sangre.

Un amigo llamado Tadeusz le comentó que había sido una mujer quien le había salvado: «Quizá te vio en el momento que el camión te arrollaba. Acudió a la fosa, te tomó la cabeza y la sostuvo algo levantada apoyándola sobre sus rodillas. Mientras tanto gritaba y pedía auxilio. Alguien la oyó, y entonces hicieron venir una ambulancia que te trajo aquí».

Cuando Karol preguntó quién era esa mujer, su amigo respondió que nadie lo sabía, ya que había desaparecido nada más llegó el auxilio. Karol comenzó a pensar en

quién podía haber sido aquella benefactora anónima, y enseguida sus pensamientos le llevaron a una mujer cuyo rostro él conocía bien: la virgen María. Nada más llegar a esta conclusión, sus labios recitaron aquellas dos palabras que había aprendido en Luis María Grignon de Monfort: «¡*Totus tuus!*!».

El 13 mayo de 1981, en la misma plaza de San Pedro, a las 17.15 horas, el turco Ali Agca, un asesino profesional, disparó contra Karol a dos metros de distancia. Aunque la bala le alcanzó, el disparo no fue mortal. Agca nunca se explicó cómo pudo fallar.

Cuando Juan Pablo II le visitó en la cárcel, le dejó entrever que, si no había conseguido su objetivo, había sido por la protección de la virgen María, ya que el atentado había sido el mismo día y a la misma hora que la Virgen de Fátima se había aparecido por primera vez. El Papa, ante esta extraordinaria coincidencia de fechas, y ante el milagro evidente de que había sobrevivido a un atentado que debía haber sido mortal, no tardó en relacionarlo con la aparición mariana, diciendo que «la mano de la Virgen había desviado la bala». Es más, al poco tiempo, Juan Pablo procedió a la lectura privada del tercer mensaje de Fátima, llegando a la conclusión de que se refería a ese atentado.

Muchos años después, el Vaticano publicó una sorprendente fotografía, que fue tomada por los responsables de la seguridad en el mismo instante del atentado al Papa, justo cuando caía doblegado por el dolor. En ella se observa cómo la virgen María abraza el cuerpo herido de Juan Pablo II.

Según explicó Joaquín Navarro Vals, portavoz de la Santa Sede, se dedicaron muchos años de estudio al revelado de esta increíble foto y, por supuesto, a la calidad de la película utilizada, ya que en el primer momento del revelado no se lograba comprender la imagen, pues no era muy nítida.

Finalmente, luego de haberla sometido a miles de controles con los fotógrafos más expertos del mundo, decidieron que no había ningún truco en ella, y hoy nos regalan esta bellísima y conmovedora imagen.

El proyectil que le hirió fue engarzado en la corona de la imagen de Ntra. Sra. de Fátima, que preside el Santuario de Cova de Iría. El propio Papa entregó la bala a Mons. Alberto Cosme, obispo de Leiría.

Las pruebas de la devoción mariana de Juan Pablo II son numerosas: peregrinó a los más importantes santuarios marianos de la cristiandad, desde Guadalupe hasta Monserrat, desde Czestochowa hasta Loreto. En un viaje a Lourdes confesó que la devoción a María «es una noción fundamental en mi vida. Quisiera arrastrar a la iglesia a la oración mariana».

Jamás terminaba un discurso sin hacer una mención a la Virgen; proclamó un Año Mariano (1987-1988), el segundo en la historia de la Iglesia; escribió una encíclica sobre ella, la «Redemptoris Mater», en la que subrayaba la especial presencia de María en el misterio de Cristo y de su Iglesia.

«La Iglesia camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos recorriendo el itinerario realizado por la Virgen María.

Si Jesús es el manantial de la vida que vence a la muerte, María es la madre cariñosa que sale al paso de las expectativas de sus hijos, obteniendo para ellos la salud del alma y del cuerpo.

María es la aurora que precede el surgir del Sol de justicia, Cristo nuestro Redentor. Con el “sí” de la Anunciación, al abrirse totalmente al proyecto del Padre, acogió y tornó posible la encarnación del Hijo.

La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando de Ella una semejanza humana, que evoca una intimidad espiritual más grande todavía».

A la vuelta del verano de 1981, el Papa decidió instalar un icono de la Santísima Virgen en un ala del Palacio Apostólico. Al pie el Papa hizo inscribir: «Totus Tuus, Mater Ecclesiae».

Explicaba el Papa el 8 de diciembre, día de la inauguración del icono: «Confío en que con su amor materno cuide de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad, y conceda también experimentar a nuestra generación la fuerza invencible de su protección maternal».

Madre de misericordia

Juan Pablo II hizo numerosas consagraciones a María por todo el mundo. Otro signo de su amor a María es su escudo pontificio: sobre un fondo azul, una cruz amarilla, y bajo el madero horizontal derecho una “M”, que representa a la madre que estaba al pie de la cruz. En su sorprendente sencillez su escudo es, pues, una clara expresión de la importancia que el Santo Padre le reconocía a María como eminente, sencilla y silenciosa cooperadora en la obra de la reconciliación realizada por su Hijo.

Y, por supuesto, las famosas palabras que fueron como la consigna de todo su pontificado, palabras que le dedicaban las muchedumbres a las que se dirigía en sus numerosos viajes: «Totus Tuus».

«Totus Tuus». Esta fórmula no tiene solamente un carácter piadoso, no es una simple expresión de devoción: es algo más.

Al referirme a los orígenes de mi vocación sacerdotal, no puedo olvidar la trayectoria mariana. La veneración a la Madre de Dios en su forma tradicional me viene de la familia y de la parroquia de Wadowice. Recuerdo, en la iglesia parroquial, una capilla lateral dedicada a la Madre del Perpetuo Socorro a la cual por la mañana, antes del comienzo de las clases, acudían los estudiantes del instituto. También, al acabar las clases, en las horas de la tarde, iban muchos estudiantes para rezar a la Virgen.

Además, en Wadowice, había sobre la colina un monasterio carmelita, cuya fundación se remontaba a los tiempos de San Rafael Kalinowski. Muchos habitantes de Wadowice acudían allí, y esto tenía su reflejo en la difundida devoción al escapulario de la Virgen del Carmen. También yo lo recibí, creo que cuando tenía diez años, y aún lo llevo. Iba allí con frecuencia y caminaba en solitario por aquellas sendas presentando en la oración al Señor los diferentes problemas de la Iglesia.

Cuando me encontraba en Cracovia, entré en el grupo del “Rosario vivo”. Allí se veneraba de modo especial a María Auxiliadora. Hubo un momento en el cual me cuestioné de alguna manera mi culto a María, considerando que éste, si se hace excesivo, acaba por comprometer la supremacía del culto debido a Cristo. Me ayudó entonces el libro de San Luis María Grignon de Montfort titulado *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. En él encontré, además de las palabras *Totus Tuus*, la respuesta a mis dudas. Efectivamente, María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva su misterio en Cristo.

Así pues, redescubrí con conocimiento de causa la nueva piedad mariana, y esta forma madura de devoción a la Madre de Dios me ha seguido a través de los años:

sus frutos son la *Redemptoris Mater* y la *Mulieris dignitatem*.

Juan Pablo II veía en el acto de consagración o entrega al Corazón Inmaculado de María el medio más eficaz para obtener el don de la divina Misericordia sobre la Iglesia y sobre toda la Humanidad. Así se explican las numerosas peregrinaciones apostólicas a los Santuarios más célebres, con la intención de consagrar al Corazón Inmaculado las iglesias locales en las cuales se encontraba.

Entre estas consagraciones, destaca la Consagración de la Iglesia y del mundo a María, celebrada en Santa María la Mayor en Roma el domingo 7 junio de 1981, fiesta de Pentecostés. Convaleciente todavía de su atentado, las imágenes del Papa se remitieron a todo el mundo por Radio Vaticana:

«Oh, Madre de los hombres y los pueblos, tú que conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón. Abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor a este mundo humano nuestro que te confiamos y te consagramos, llenos de inquietud por la suerte eterna y terrena de los hombres y los pueblos.

¡Corazón inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy, que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro. ¡Del hambre y de la guerra, líbranos! ¡De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, líbranos! ¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, líbranos! Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, líbranos! ¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, líbranos! ¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, líbranos! ¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, líbranos! ¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, líbranos!

Acoge, oh madre de Cristo, este grito lleno de sufrimiento de todos los hombres, lleno del sufrimiento de sociedades enteras. Ayúdanos con el poder del espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el “pecado del mundo”, el pecado en todas sus manifestaciones. Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la redención: poder del amor misericordioso. Que éste detenga el mal; que transforme las conciencias; que en tu corazón inmaculado se abra a todos la luz de la esperanza».

También Juan Pablo II recalca un aspecto especial de la devoción a María, cuyo

significado coincide con el de tantos mensajes que insistentemente la Virgen ha proclamado en sus apariciones: María es la garantía de la victoria final de la Iglesia contra las fuerzas del mal.

Es esa misericordia que Juan Pablo II invocaba sobre el mundo en sus consagraciones la garantía de la victoria final sobre los poderes de las tinieblas. En el fondo de toda su teología mariana latía la firme creencia en aquella frase que pronunció, al morir, el que fuera cardenal primado de Polonia antes de Stefan Wyszynski: «La victoria, si llega, llegará por medio de María».

«Los signos de los tiempos nos indican que nos encontramos en la órbita de una gran batalla entre el bien y el mal, entre la afirmación y la negación de Dios, de su presencia en el mundo, y de la Salvación que encuentra en él su comienzo y su término. Estos signos nos señalan a la mujer que nos guiará al borde del tiempo fijado por el siglo y el milenio; precisamente con Ella hemos de enfrentarnos a los problemas que inundan nuestra época».

Corredentora

Si María es mediadora de la gracia e intercesora de la divina misericordia, es porque es corredentora, porque participó en el sacrificio de la Cruz dando un segundo consentimiento a la obra divina, después del que había dado en la Encarnación; porque añadió su sufrimiento al de Cristo en el Calvario.

«María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado —como nadie— la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina. Tal sacrificio está estrechamente vinculado con la cruz de su Hijo, a cuyos pies ella se encontraba en el Calvario. Este sacrificio suyo es una participación singular en la revelación de la misericordia, es decir, en la absoluta fidelidad de Dios al propio amor, a la alianza querida por Él desde la eternidad y concluida en el tiempo con el hombre, con el pueblo, con la humanidad; es la participación en la revelación definitivamente cumplida a través de la cruz.

María, pues, es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina. Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido la llamamos también “Madre de la misericordia”».

«Contemplando a su Hijo moribundo en el Calvario había comprendido que la gloria de su maternidad divina alcanzaba en aquel momento su ápice, participando directamente en la obra de la Redención. Además, había comprendido que a partir de aquel momento el dolor humano, hecho suyo por el Hijo Crucificado, adquiriría un valor inestimable.

Ella fue la primera que supo y quiso participar en el misterio salvífico “asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que Ella misma había engendrado” (*Lumen gentium*, 58). Íntimamente enriquecida por esta experiencia inefable, se acerca a quien sufre, lo toma de la mano y lo invita a subir con Ella al Calvario y a detenerse ante el Crucificado».

Si la Virgen estuvo presente en el drama del Calvario, por esa misma razón también está presente realmente en el misterio eucarístico, un aspecto al que no se presta la debida atención. Por otra parte, si la Eucaristía es una encarnación del hijo de Dios en la Sagrada Forma, este hecho remite a la primera encarnación que tuvo Cristo: la que realizó en el seno virginal de su Madre. La salvación ha tenido lugar a través de dos hechos fundamentales, en los cuales destaca el protagonismo de María: la encarnación, y la resurrección.

«En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta

fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor.

Hay, pues, una analogía profunda entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió “por obra del Espíritu Santo” era el “Hijo de Dios”. En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino» (*Ecclesia de eucharistia*, pp. 55 y ss.).

4 ver a Dios cara a cara

«Lo que verdaderamente deseo alcanzar, aquello que me quema y atormenta conseguir, es ver a Dios cara a cara. Por eso vivo, me muevo y existo».

Un místico desconocido

Una mirada superficial a Juan Pablo II, que sólo contemplara las apariencias, le consideraría como un apóstol, un peregrino, un profeta, un personaje de acción, inmerso en multitud de actividades apostólicas y pastorales: discursos, asambleas, encuentros, sínodos, cartas, entrevistas, viajes, celebraciones... siempre ante las cámaras, los micrófonos, los focos de los medios de comunicación; siempre en primera línea de las noticias, en el centro de la actualidad.

Pero la opinión de quienes estaban cerca de él, de quienes compartían su vida cotidiana, es bien distinta: sus colaboradores más cercanos dan testimonio de que Karol era, ante todo, un hombre de oración, que dedicaba muchos momentos del día a rezar, y que nunca emprendía ninguna actividad de su magisterio sin dedicar previamente un tiempo a la meditación.

Durante su vida de Obispo, cardenal y Papa, vivía ratos de encuentro personal con Dios en sus capillas privadas, procurando pasar en ella el mayor tiempo que podía. Ahí hablaba con Dios, y escuchaba lo que el Señor le decía. Cuando alguien echaba un vistazo dentro, siempre le encontraban postrado en el suelo («a la polaca»), y sumergido en sus plegarias. Si tenía que redactar documentos importantes, solía hacerlo en la capilla, como dando a entender que el trabajo era también una intensa plegaria.

Para su segundo secretario –Mieczyslaw Mokrzycki–, Karol era un místico, pues la oración era su naturaleza, su cotidianeidad. Afirma incluso que a veces llegaba al éxtasis, no reaccionando a las circunstancias externas. Su primer secretario, Stanislaw Dziwisz, tenía una opinión parecida:

«El Santo Padre se levantaba a las 5:30, y su primera actividad diaria era el rezo en la capilla. Posteriormente, celebraba la misa a las siete, a la que solían acudir fieles, sacerdotes u obispos, los cuales podían concelebrar con él.

El reclinatorio de su capilla estaba siempre repleto de las peticiones que le llegaban de todo el mundo pidiendo sus oraciones, siendo renovadas cada día por una de las monjas polacas que estaban a su servicio.

Cuando iba en coche a una parroquia para hacer una visita pastoral, o se dirigía hacia una celebración en una iglesia, no hablaba nunca, no perdía el tiempo conversando; permanecía siempre en recogimiento, meditando y rezando. Antes de cada actividad sagrada, intentaba prepararse interiormente de la mejor forma posible y, cuando concluía, se quedaba siempre un cuarto de hora dando las gracias, de rodillas, con gran recogimiento.

Incluso el tiempo dedicado al trabajo por el Papa también estaba lleno de oración. ¿Cómo decirlo?: no dejaba de rezar en ningún momento del día. No era raro que, cuando algunos de sus secretarios iba a buscarle, le encontrasen la capilla tendido en el suelo, completamente inmerso en sus oraciones.

Vivía en oración, desde la mañana temprano hasta la noche, se puede decir. Por la tarde, acabado el trabajo, iba a la capilla. También iba allí antes de las audiencias y cuando volvía de ellas. Si se despertaba por la noche, iba a la capilla. Durante la jornada entraba allí con frecuencia, por no hablar de la hora de adoración eucarística diaria, que nunca dejó» (*Stanislaw Dziwisz, Una vida con Karol, La esfera de los libros, Madrid, 2007*).

Cuando al arzobispo Giovanni Battista Re, que durante 22 años fue uno de los colaboradores más cercanos de Juan Pablo II, le preguntaron qué era lo que más le había impresionado de la persona de Juan Pablo II, respondió sin dudar:

«Sin duda, la intensidad de su oración, manifestación de una profunda y viva comunión con Dios.

En el transcurso de estos años, en los que he tenido la alegría y el privilegio de trabajar junto a él y de acompañarle en sus viajes, he podido constatar personalmente que este Papa, este pastor profundamente humano, este intelectual de extraordinario vigor, este líder que arrastra a la juventud, es ante todo un hombre de oración. Es impresionante cómo se abandona: se nota un dejarse llevar que le es connatural, y que le absorbe como si no hubiera problemas y compromisos urgentes que le llaman a la vida activa. Su actitud en la oración es recogida y, a la vez, natural y despreñida: testimonio de una comunión con Dios intensamente arraigada en su alma; expresión de una oración convencida, saboreada, vivida.

Durante el día, el paso de una ocupación a otra está marcado por una breve oración. Con una invocación, después, inicia cada una de las páginas que a diario llena, escribiendo con caligrafía pequeña el texto de homilías, discursos y documentos. Conmueve la facilidad, la espontaneidad y la prontitud con que pasa del contacto humano con la gente al recogimiento del coloquio íntimo con Dios. El Papa se prepara para los distintos encuentros que tendrá en el día o durante la semana rezando por ellos.

Antes de cualquier decisión importante, Juan Pablo II reza mucho. Cuanto más trascendente es la decisión, más prolongada es la oración. Puedo afirmar que las decisiones más importantes han sido maduradas durante semanas y semanas de oración. En su vida existe una admirable síntesis entre oración y acción. La fuente de la fecundidad de su actuación está precisamente en la oración. Este Papa tan dinámico

y dedicado al servicio del hombre; este Papa que aparece también ante los ojos de quien no acoge el mensaje cristiano como defensor y heraldo de las aspiraciones del hombre, declara que tiene un compromiso prioritario: el de orar» (*ZENIT.org-AVVENIRE*).

El Cardenal Suenens dijo de él: «Ora hasta provocar envidia» –decía de él Paul de Haes, uno de sus compañeros de estudio en Roma–. «Se inclina y se pliega en dos. Al verle como postrado durante su acción de gracias en la Capilla Sixtina, creí que se sentía mal. Encarna la oración en todo su cuerpo, y en ese momento parece tener diez años más. Pero cuando se inclina y sonríe, rejuvenece de un extraño modo».

Muchos otros testimonios de personas que le conocieron de cerca confirman la opinión de que Juan Pablo II fue, antes que nada, un hombre de oración.

Wanda Poltawska, amiga suya durante más de 50 años, que fue sanada de un cáncer terminal por el padre Pío de Pietrelcina a petición del entonces obispo Karol, redonda en la misma idea:

«Prácticamente rezaba siempre, puedo decir que estaba inmerso en la oración. Nunca le he visto en un éxtasis, pero emanaba la certeza de la cercanía a Dios. Cuando aparecían problemas difíciles, iba a rezar a la capilla. En toda circunstancia enseñaba a tener esperanza contra toda esperanza. Estaba profundamente convencido y lo decía con las siguientes palabras: “Recuerda que Dios lo sabe todo, lo gobierna todo”. A Él le confiaba todas las cuestiones y estaba seguro que las resolvería» (*Summarium, IV, p. 57*).

«He tenido ocasión de observar cómo, a bordo del helicóptero, entre un encuentro y otro, recitaba el rosario. Porque él oraba en distintas circunstancias: en la capilla, de viaje, haciendo excursiones por la montaña, a bordo de un avión, o mientras miraba a la gente. El orden del día de Juan Pablo II estaba compuesto por tres partes: trabajo, contactos con la gente y oración. Su oración constaba también de distintas fases: durante la Santa Misa lo veíamos recogido en oración, inmerso en el Señor Dios; durante la meditación y la adoración se veía que ya no era un hombre, sino que era todo oración. La oración misma» (*Cardenal S. Nagy*).

Un hombre de oración

Un gran número de anécdotas que protagonizó pueden servir de ejemplos para demostrar el carisma místico de Juan Pablo II:

El 4 de julio de 1958 Karol se encontraba disfrutando de unos días de descanso en las montañas, una de sus aficiones favoritas. Allí le llegó un telegrama comunicándole su nombramiento como obispo auxiliar de Cracovia. Cuando regresó a la ciudad se dirigió a un convento de monjas de clausura, a las cuales pidió que le abrieran la capilla. En ella permaneció rezando durante más de ocho horas, postrado ante el Sagrario. Al ver su tardanza las monjas, preocupadas, fueron a la capilla para decirle que ya era muy tarde. Karol respondió: «Por favor, déjenme un rato más, porque tengo muchas cosas que hablar con Jesús».

Durante una de sus visitas a Polonia siendo Papa, fue a la catedral de Cracovia. Una vez allí, estuvo rezando durante media hora ante la tumba de San Estanislao, a pesar de que el acto se estaba retransmitiendo por televisión. Las cámaras tuvieron que plegarse al silencio del Papa, a pesar de que aquella escena sin movimiento, sin sonidos, sin nada, no era nada “comercial”.

En uno de sus viajes Juan Pablo II estaba rezando el Breviario y quisieron pasarle un mensaje urgente que se había recibido en la cabina del avión. *Santidad...* El Papa levantó la mirada y, con un gesto, indicó a la persona que le hablaba que esperara, pues estaba rezando. Ésta insistió: *Santidad, es que se trata de un mensaje urgente y grave.* Y Juan Pablo II se limitó a decir: *Entonces, si es grave, el Papa debe seguir rezando más.*

Siendo ya Papa, a veces iba a pasar unos días de descanso en el Valle de Aosta. Sus paseos solían durar varias horas, y no era raro que se encontrara por el camino alguna Cruz, colocadas en aquellos lugares para señalar los senderos. Cada vez que veía una, Juan Pablo II abandonaba el camino que llevaba como movido por un resorte, iba hacia ella, mientras sus acompañantes le esperaban, y miraba la Cruz sin prisas, la abrazaba un rato, se retiraba y la volvía a mirar y abrazar. Después de unos minutos, continuaba su paseo.

Cuando Juan Pablo II visitó la catedral de Newark, iba a entrar por la nave principal y luego se iba a retirar por una nave lateral, para ir a la sacristía directamente. La capilla del Santísimo quedaba a la entrada de la Catedral, y por lo tanto no iba a pasar delante de ella. El arzobispo de Newark, Mc Carrick, amigo suyo desde hacía años, sabía que Juan Pablo II iba a querer rezar aunque fuera unos momentos delante del Santísimo. Por eso le hizo colocar en una de las capillas laterales, para que al pasar Juan Pablo II viera la luz del Santísimo y pudiera rezar.

Dicho y hecho. Al salir Juan Pablo II de la Catedral, pasa delante de la capilla, ve la luz, pregunta si estaba allí el Santísimo, y se dirige allí a rezar. Eso es lo que significa conocer a una persona.

Mc Carrick tenía pensado arrodillarse un metro detrás de donde se iba a arrodillar Juan Pablo II. Y cuenta: «No pude. Se sumergió en una oración tan profunda, que era como si una nube o una tienda lo cubriera y no dejara que nadie entrara en ese ámbito de oración y contacto personal con el Señor. Sólo pude arrodillarme seis o siete metros detrás. Luego de unos diez minutos de esa profunda oración, un secretario le tocó el codo, el Papa se levantó, y luego de diez segundos ya estaba otra vez “en este mundo”».

«La iglesia doméstica»

En la vida de Karol, como en la de tantas personalidades de la historia de la Iglesia, se ve la gran importancia que tiene el ejemplo y la educación cristiana por parte de los padres, que son los que tienen que sembrar en sus hijos la semilla de la fe. En palabras de Juan Pablo II, «el futuro de la Iglesia y de la humanidad depende, en gran parte, de los padres y de la vida familiar que construyan en sus hogares. La familia es la base de la sociedad y el lugar donde las personas aprenden por vez primera los valores que les guían durante toda su vida». Para el magisterio tradicional de la Iglesia, las familias son auténticas «iglesias domésticas».

La madre de Karol, que tenía unas firmes creencias religiosas, quiso que su hijo naciera cerca de una iglesia, para que el primer sonido que escuchara fuera el de los cánticos a Dios.

Karol tenía nueve años cuando su madre falleció. Fue una profesora de su colegio quien le comunicó la triste noticia. Aunque más tarde se abandonó al llanto, en ese momento se limitó a responder: «Es la voluntad de Dios». Ante esta prematura ausencia de su madre, Karol tuvo en su padre un excelente modelo y ejemplo que le animó a perseverar en su vida de fe, y que le enseñó a dar sus primeros pasos en el mundo de la oración.

Ya como Papa, en su autobiografía titulada «Don y misterio», destaca la gran importancia que tuvo la educación religiosa que recibió en su familia en su vocación sacerdotal.

«La preparación para el sacerdocio, recibida en el seminario, fue de algún modo precedida por la que me ofrecieron mis padres con su vida y su ejemplo en familia. Mi reconocimiento es sobre todo para mi padre, que enviudó muy pronto. No había recibido aún la Primera Comunión cuando perdí a mi madre: apenas tenía 9 años. Por eso, no tengo conciencia clara de la contribución, seguramente grande, que ella dio a mi educación religiosa. Después de su muerte y, a continuación, después de la muerte de mi hermano mayor, quedé solo con mi padre, que era un hombre profundamente religioso. Podía observar cotidianamente su vida, que era muy austera. Era militar de profesión y, cuando enviudó, su vida fue de constante oración. Sucedió a veces que me despertaba de noche y encontraba a mi padre arrodillado, igual que le veía siempre en la iglesia parroquial. Entre nosotros no se hablaba de vocación al sacerdocio, pero su ejemplo fue para mí en cierto modo el primer seminario, una especie de “seminario doméstico”.

Recuerdo que, un día, mi padre me dio un libro de oraciones en el que se encontraba

la Oración al Espíritu Santo. Me dijo que la rezara cada día. Por eso, desde aquel momento, procuro hacerlo».

En su juventud, antes incluso de entrar en el seminario, Karol compuso poemas donde expresaba su búsqueda de Dios, sus profundas vivencias espirituales. Habiendo leído a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa de Jesús sintió el deseo vocacional de profesar como monje carmelita, para poder así cultivar su profunda inquietud mística: «Te ruego que me lleves a un lugar escondido, un lugar inaccesible, donde me sumerjas en el éxtasis o en la noche oscura». Curiosa vocación para quien se convertiría en el Papa más viajero de la historia, en el líder de innumerables multitudes.

Refiriéndose a los comienzos de su vocación sacerdotal, relataba la siguiente anécdota en la ya citada obra autobiográfica «Don y Misterio»:

«El Arzobispo Metropolitano de Cracovia, Príncipe Adam Stefan Sapieha, visitó la parroquia de Wadowice cuando yo era estudiante en el instituto. Mi profesor de religión me encargó que le diera la bienvenida. Así, tuve entonces la primera ocasión de encontrarme frente a aquel hombre tan venerado por todos. Sé que, después de mi discurso, el Arzobispo preguntó al profesor de religión qué facultad elegiría yo al terminar el instituto. El profesor respondió: “Estudiará filología polaca”. El prelado comentó: “Lástima que no sea Teología”».

El deseo del arzobispo de Cracovia –que cabe calificar de premonitorio– se verá realizado con el tiempo:

Años más tarde, un día de 1942, Karol se presentó ante el arzobispo de Cracovia, el Príncipe Sapieha, y le comunicó su intención de hacerse sacerdote. El arzobispo le advirtió que los alemanes habían prohibido abrir un seminario, por lo cual ser seminarista entrañaba un cierto riesgo. Después se interesó por las circunstancias de su vida y le dio algunos libros para que empezara a estudiar. Karol le dio las gracias, y antes de retirarse le dijo:

—Quiero ser sacerdote, pero me gustaría vivir en un monasterio. Suelo ir al de los Carmelitas.

—¡No corras, muchacho! —respondió rápidamente el obispo—. Tienes una gran sed de Dios, pero primero estudia, y después ya hablaremos. Quizá en estos tiempos es mejor trabajar fuera que dentro de un convento de clausura».

¿Cómo rezaba Karol?

En cuanto al método, era el tradicional del magisterio de la Iglesia, pero dando más importancia a los aspectos contemplativos, en los que la primacía se le da a la escucha de Dios, más que a la elaboración de pensamientos, por muy espirituales que sean, más que a la reflexión de verdades profundas. Es la oración que se basa en la «mirada amorosa» a Dios, en la «nube del no saber», en el vaciamiento de sí mismo para acoger el amor y la revelación divina.

Este método lo aprendería sin duda de los maestros carmelitas (especialmente San Juan de la Cruz y Santa Teresa) que había leído en su juventud, pues no debemos olvidar que Juan Pablo II era un carmelita frustrado, que durante toda su vida perteneció a la orden terciaria carmelita, llevando siempre consigo el escapulario de la Virgen del Carmen.

En Alba de Tormes, durante un viaje a España, hizo una reveladora declaración, hablando de Santa Teresa de Ávila: «Ella, con San Juan de la Cruz, ha sido para mí maestra, inspiración y guía por los caminos del espíritu. En ella encontré siempre estímulo para alimentar y mantener mi libertad interior para Dios y para la causa de la dignidad del hombre».

«¿Cómo reza el Papa? Os respondo: como todo cristiano, habla y escucha. A veces, reza sin palabras, y es entonces cuando más escucha. Lo más importante es precisamente lo que “oye”. Trata también de unir la oración a sus obligaciones, a sus actividades, a su trabajo, y unir su trabajo a la oración.

El Papa reza tal como el Espíritu Santo le permite rezar. Pienso que debe rezar de manera que, profundizando en el misterio revelado en Cristo, pueda cumplir mejor su ministerio. Y el Espíritu Santo ciertamente le guía en esto. Basta solamente que el hombre no ponga obstáculos».

«Para orar hay que procurar en nosotros un profundo silencio interior. La oración es verdadera si no nos buscamos a nosotros mismos en la oración, sino sólo al Señor. Hay que identificarse con la voluntad de Dios, teniendo el espíritu despojado, dispuesto a una total entrega a Dios. Entonces nos daremos cuenta de que toda nuestra oración converge, por su propia naturaleza, hacia la oración que Jesús nos enseñó y que se convierte en su única plegaria en Getsemaní: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”».

«Cuando recéis debéis ser conscientes de que la oración no significa sólo pedir algo a Dios o buscar una ayuda particular, aunque ciertamente la oración de petición sea un modo auténtico de oración. La oración, sin embargo, debe caracterizarse también por

la adoración y la escucha atenta, pidiendo perdón a Dios e implorando la remisión de los pecados».

«¿Qué es la oración? Comúnmente se considera una conversación. En una conversación hay siempre un “yo” y un “tú”. En este caso un “Tú” con la T mayúscula. La experiencia de la oración enseña que si inicialmente el “yo” parece el elemento más importante, uno se da cuenta luego de que en realidad las cosas son de otro modo. Más importante es el “Tú”, porque nuestra oración parte de la iniciativa de Dios. “El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque ni siquiera sabemos qué nos conviene pedir, pero el Espíritu mismo intercede con insistencia por nosotros, con gemidos inefables”».

«En la oración, pues, el verdadero protagonista es Dios. El protagonista es Cristo, que constantemente libera la criatura de la esclavitud de la corrupción y la conduce hacia la libertad, para la gloria de los hijos de Dios. Protagonista es el Espíritu Santo, que “viene en ayuda de nuestra debilidad”. Nosotros empezamos a rezar con la impresión de que es una iniciativa nuestra; en cambio, es siempre una iniciativa de Dios en nosotros. El hombre alcanza la plenitud de la oración no cuando se expresa principalmente a sí mismo, sino cuando permite que en ella se haga más plenamente presente el propio Dios».

¿Qué oraciones rezaba el Papa? También en este sentido Karol utilizaba el rico patrimonio espiritual de la Iglesia, de manera que sus oraciones eran las tradicionales, las que los fieles han venido usando desde tiempos inmemoriales.

A pesar de esto, hoy día existe una corriente equivocada de pensamiento que tiende a calificar algunas de estas prácticas como típicas de beatas y devotas, inapropiadas para los tiempos que corren. Esas críticas muestran un profundo desconocimiento de la riqueza espiritual y mística que encierran unas devociones aquilatadas con el peso de los siglos, cuya práctica ha producido relevantes frutos de santidad en el seno de la Iglesia.

Su oración preferida era el rosario, y se paraba a rezar ante las imágenes que encontraba. Tenía una especial devoción por un pequeño altar con la estatua de la Virgen de Fátima. Practicaba la Hora Santa los jueves, y los viernes hacía el viacrucis. La recitación del breviario, las visitas al santísimo y otras prácticas de piedad tradicionales, como la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María formaban parte de su vida espiritual cotidiana.

Durante todos los días de su vida, leyó diariamente las Sagradas Escrituras, hasta el punto de que el 2 de abril de 2005, el día de su muerte, después de despedirse de sus

colaboradores, pidió que le leyeran el Evangelio de San Juan. En el momento extremo de su vida, Karol fue lo que siempre había sido: un hombre de oración: antes de emprender su último viaje había recitado también, con la ayuda de los presentes en su dormitorio, sus devociones tradicionales. Sus últimas palabras, que pronunció con un tono de voz casi inaudible, fueron: “Dejadme ir con el Señor”.

Después del Rosario, su oración preferida era el viacrucis, que rezó todos los viernes del año, hasta el fin de sus días.

*El viernes 1 de abril de 2005 –la víspera de su fallecimiento–, el Papa intentaba hablar sin poder balbucir palabra, tanto que su secretario particular, el médico y otros asistentes, tras hacer grandes esfuerzos por adivinar qué deseaba, llamaron a una de las monjas polacas que atendían el servicio doméstico desde el inicio de su pontificado. Le miró los labios y, sin dudarle, dijo: «Quiere rezar el vía crucis» Asintió el Papa, y su secretario lo rezó y lo dirigió (Pedro Beteta, **Recordando a Juan Pablo II**, ed. Rialp, 2009, p. 49).*

Durante la primera estancia del Papa en España, en noviembre de 1982, después de un día de intensa actividad y en vísperas de otros similares, el nuncio oyó ruido muy de madrugada en los alrededores de la habitación de Juan Pablo II. Alarmado, se levantó, y se encontró en la capilla al Papa rezando el viacrucis. Eran las cuatro de la madrugada. «Pero, Santo Padre, ¿ha olvidado lo que le espera mañana?». El Papa no se inmutó. Siguió de rodillas, le miró fijamente y le respondió: «Usted, señor nuncio, haga como yo: póngase de rodillas y acompáñenme a hacer el viacrucis, para acometer con más gracia de Dios la dura jornada de mañana» (Pedro Beteta, **Recordando a Juan Pablo II**, ed. Rialp, 2009, p. 48).

5 la mirada contemplativa

«El hombre no puede vivir sin orar, lo mismo que no puede vivir sin respirar».

«Ora sin cesar quien une oración a las obras y obras a la oración». (Orígenes)

¿Por quién reza el Papa?

Aunque en un comienzo no era muy partidario de la oración de intercesión, era tal la cantidad de peticiones de oraciones que le llegaban de todo el mundo, que bien pronto cambió de idea: «La oración de petición me parecía indigna del todo. Después cambié de opinión: hoy pido mucho, pido cada vez más, gracias también a la monjita con su listado de intenciones».

«Yo rezaré por todo el mundo», le dijo en cierta ocasión a su secretario. Después, durante la cena, comenzó a mencionar las naciones, las repúblicas de África, de Asia... Realmente abrazaba a todo el mundo con el pensamiento y la oración.

«¿Por quién reza el Papa? ¿Con qué se llena el espacio interior de su oración?: alegrías y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres de hoy son el objeto de la oración del Papa.

La oración del Papa tiene, no obstante, una dimensión especial. La solicitud por todas las Iglesias impone cada día al Pontífice peregrinar por el mundo entero rezando con el pensamiento y con el corazón. Queda perfilada así una especie de geografía de la oración del Papa. Es la geografía de las comunidades, de las Iglesias, de las sociedades y también de los problemas que angustian al mundo contemporáneo. En este sentido el Papa es llamado a una oración universal que le permite exponer ante Dios todas las alegrías y las esperanzas y, al mismo tiempo, las tristezas y preocupaciones que la Iglesia comparte con la humanidad contemporánea».

Una modalidad especial de la oración de intercesión es la oración por los que sufren, por la que Juan Pablo II tenía una especial predilección, dada su enorme sensibilidad por el dolor de sus semejantes. Para él, interceder por los que sufren es una de las vocaciones más genuinas de la Iglesia, pues una de sus misiones principales es la de derramar el bálsamo del consuelo sobre los atribulados y afligidos en el espíritu.

«La oración por los que sufren y con los que sufren es pues una parte muy especial de este gran grito que la Iglesia y el Papa alzan conjuntamente. Es el grito por la victoria del bien incluso a través del mal, por medio de sufrimiento, por medio de toda culpa e injusticia humanas. Finalmente, la Iglesia reza por los difuntos, y esta oración dice mucho sobre la realidad de la misma Iglesia. Dice que la Iglesia está firme en la esperanza de la vida eterna.

A través de la oración, Dios se revela en primer lugar como Misericordia, es decir, como Amor que va al encuentro del hombre que sufre. Amor que sostiene, que levanta, que invita a la confianza».

En su tarea misional de extender el reino de Cristo por toda la tierra, además de los recursos materiales, de los programas de desarrollo de las comunidades deprimidas por la miseria, de los planes pastorales, la Iglesia debe también poner en juego los recursos espirituales de la oración, de la intercesión, de la petición a Dios de su misericordia, su dulzura y su ternura para todos sus hijos que sufren. Sin esta dimensión espiritual, corremos el riesgo de construir la casa sobre la arena, pues «si Dios no construye la casa, en vano se afanan los albañiles» (Salmo 126,1).

En cierta ocasión, Juan Pablo II explicaba así los motivos que le impulsaban a su increíble pastoral viajera:

«Quiero ir hacia todos, hacia todos los que oran, donde ellos oran: desde el beduino en el desierto, hasta la carmelita o el monje cisterciense en su convento; desde el enfermo en su lecho de sufrimiento, desde el hombre activo en la plenitud de su vida, desde los oprimidos, desde los humillados, a todas partes. Quisiera sobrepasar la puerta de todas las casas».

El arma más poderosa

Karol afirmaba que el trasfondo de toda oración es siempre la necesidad de afirmar el bien luchando contra el mal, batalla que se libera tanto a nivel planetario, como en el recinto íntimo de nuestro corazón. La oración es nuestra arma contra el pecado personal y el sufrimiento de un orden mundial injusto».

«La intervención humanitaria más poderosa sigue siendo siempre la oración, pues constituye un enorme poder espiritual, sobre todo cuando va acompañada por el sacrificio y el sufrimiento».

«La oración es también un arma para los débiles y para cuantos sufren alguna injusticia. Es el arma de la lucha espiritual que la Iglesia libra en el mundo, pues no dispone de otras armas».

«La necesidad de la oración surge de la constante lucha por la victoria del bien en el hombre y en el mundo. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo».

«En los momentos de angustia la oración, acompañada por el compromiso de hacer la voluntad de Dios, devuelve el auténtico gusto por la vida».

«Debemos orar también porque somos frágiles y culpables. Es preciso reconocer humilde y realistamente que somos pobres criaturas, con ideas confusas, tentadas por el mal, frágiles y débiles, con necesidad continua de fuerza interior y de consuelo».

«La oración debe abrazar todo lo que forma parte de nuestra vida. No puede ser algo suplementario o marginal. Todo debe encontrar en ella su propia voz. También todo lo que nos oprime, de lo que nos avergonzamos; lo que por su naturaleza nos separa de Dios. La oración es la que siempre, primera y esencialmente, derriba la barrera que el pecado y el mal pueden haber levantado entre nosotros y Dios».

«La oración puede cambiar vuestra vida, ya que aparta vuestra atención de vosotros mismos y dirige vuestra mente y vuestro corazón hacia el Señor. Si nos miramos solamente a nosotros mismos, con nuestras limitaciones y nuestros pecados, tomará cuerpo en nosotros con suma rapidez la tristeza y el desconsuelo. Pero si tenemos nuestros ojos fijos en el Señor, entonces nuestro corazón se llenará de esperanza, nuestra mente se iluminará por la luz de la verdad, y llegaremos a conocer la plenitud del Evangelio con todas sus promesas y su vida».

El desierto silencioso

Lo más característico de la oración de Juan Pablo II, según se desprende del testimonio de quienes le conocieron bien, aparte de su carisma místico, fue la armonía de su contemplación con la acción, haciendo una plegaria de los actos de su vida cotidiana, tanto de los más sencillos, como de los más pastorales y “oficiales”, superando así el viejo debate evangélico de la preferencia entre Marta y María.

Esta actitud orante que consiste en tener siempre presente a Dios en todas nuestras acciones diarias, que quedan así iluminadas y bendecidas por la presencia divina, demuestra que el consabido tópico de la falta de tiempo que ponen muchos cristianos para justificar su escaso compromiso con la oración no es más que una excusa, cuya razón profunda es una fe tibia y anémica, que favorece la dispersión de la atención en multitud de solicitudes y actividades que oscurecen la luz divina en nuestro corazón.

«Juan Pablo II ha resuelto de una manera maravillosa la aparente contradicción entre oración y acción. Con Juan Pablo II he aprendido que la oración no le aleja del mundo, sino que le acerca mucho a la gente. Ha sido un hombre de profunda oración... Creo que esta lección es una maravilla para el mundo de hoy y para muchos siglos.

En una ocasión, yo le estaba relatando los problemas que tenía en la diócesis de Ayacucho: terrorismo, violencia, falta de clero... Y él iba diciendo: “Oración, oración, oración...”. Yo pasaba a otro tema, y él respondía: “Oración...”. Al final le pedí que hiciéramos un resumen, y me respondió: “Más oración”. Eso me convirtió a ese convencimiento de que el Papa que viaja, que escribe, que es tan cercano a todas las culturas, es un hombre que desde la mirada de Cristo, desde la oración, ha sido tal vez el hombre de más acción y liderazgo del mundo» (*cardenal Cipriani, entrevista de Javier Martínez-Brocal, 14/04/2005, La Gaceta de los negocios*).

Cuenta Joaquín Navarro-Vals, portavoz del Vaticano durante muchos años, que cuando vio por primera vez un texto salido de la mano de Juan Pablo II comprobó que «en el ángulo superior derecho de cada página, antes de redactar el texto, escribía una invocación jaculatoria. Más adelante comprendí que esas jaculatorias de cada página componen el texto de una oración que se desgrana, con pocas palabras por página, a lo largo de los folios que en cada caso escribe. Así, el texto del documento o discurso es una reflexión que se desvela en el contexto de una plegaria. Por consiguiente, lo que escribía era también oración: oración de la inteligencia. Escribir, para él, era adentrarse con el pensamiento en un tema mientras la inteligencia, simultáneamente, rezaba».

La verdadera oración no puede ser una actividad apartada de nuestra vida diaria, una isla en medio de un océano de activismo, un invernadero sofisticado sin conexión con las experiencias de la vida cotidiana. Juan Pablo II llamaba una y otra vez la atención sobre la necesidad de conectar nuestra contemplación con nuestra acción, llevando los hechos de nuestra vida diaria a la oración, y tonificando e iluminando nuestro acontecer diario con la luz y la paz de la meditación.

«La oración debe ir antes que todo: quien no lo entienda así, quien no lo practique, no puede excusarse de la falta de tiempo: lo que le falta es amor».

«El creyente debe saber discernir cada día los signos de la acción divina, aun cuando parece estar oculta, para alimentar la esperanza y la confianza en el Señor».

Esta actitud de orar en medio de los trabajos es lo que él llamaba tener una «mirada contemplativa», capaz de descubrir en los hechos más pequeños de nuestra cotidianidad la dicha divina, la llamada a la belleza y a la felicidad a las que hemos sido destinados por nuestro Creador, a pesar de las sombras que nos cercan.

«Procurad hacer un poco de silencio también vosotros en vuestra vida para poder pensar, reflexionar y orar con mayor fervor y hacer propósitos con más decisión. Hoy resulta difícil crearse “zonas de desierto y silencio” porque estamos continuamente envueltos en el engranaje de las ocupaciones, en el fragor de los acontecimientos y en el reclamo de los medios de comunicación, de modo que la paz interior corre peligro y encuentran obstáculos los pensamientos elevados que deben cualificar la existencia del hombre. Es difícil, pero muy importante, nutrirse del silencio».

«Urge ante todo cultivar una mirada contemplativa. Ésta nace de la fe en el Dios de la vida, que ha creado a cada hombre haciéndolo como un prodigio (cf. *Sal* 139 138, 14). Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (cf. *Gn* 1,27; *Sal* 8,6). Esta mirada no se rinde desconfiada ante quien está enfermo, sufriendo, marginado o a las puertas de la muerte; sino que se deja interpelar por todas estas situaciones para buscar un sentido y, precisamente en estas circunstancias, encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad».

El «arte de la oración»

Durante todo su magisterio sacerdotal, arzobispal y papal, Karol no cesó de insistir a los cristianos en la necesidad de practicar el «arte de la oración», recomendando su práctica frecuente. Veía claramente que los frutos de la actividad apostólica y pastoral de la Iglesia dependían más de que fuera un auténtico «cenáculo» de oración, que de practicar un activismo sabiamente planificado, pero vacío de la paz, la fuerza y el gozo que sólo puede proporcionar el contacto con la fuente divina.

«Es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración. Mientras en la cultura contemporánea, incluso entre tantas contradicciones, aflora una nueva exigencia de espiritualidad, impulsada también por influjo de otras religiones, es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en auténticas “escuelas de oración”».

La práctica de la oración individual no exime al creyente de la oración comunitaria que la Iglesia ofrece en la administración de los sacramentos, los cuales, al unirnos a Cristo presente en ellos, son también plegaria y contemplación.

Por esta razón, Juan Pablo II recomendaba el acudir asiduamente a la fuente de gracia que nos proporcionan los sacramentos, especialmente la eucaristía y la penitencia.

«Los Sacramentos son signos eficaces de la presencia y de la acción salvífica del Señor Jesús en la existencia cristiana. Ellos hacen a los hombres partícipes de la vida divina, asegurándoles la energía espiritual necesaria para realizar verdaderamente el significado de vivir, sufrir y morir. Gracias a un nuevo y genuino descubrimiento del significado de los ritos y a su adecuada valoración, las celebraciones litúrgicas, sobre todo las sacramentales, serán cada vez más capaces de expresar la verdad plena sobre el nacimiento, la vida, el sufrimiento y la muerte, ayudando a vivir estas realidades como participación en el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado» (*Evangelium Vitae*, 84).

Junto con las celebraciones sacramentales, insistía también en un conjunto de prácticas tradicionales de oración pertenecientes al magisterio de la Iglesia, las cuales ayudan a conformar en todo auténtico creyente un mundo de espiritualidad que le capacitan para tener más semejanza con el divino modelo de Cristo: la lectura de las Sagradas Escrituras, el rosario, la Liturgia de las Horas, la devoción al Sagrado Corazón... y el Padrenuestro, modelo de oración sencilla y, sin embargo, profunda que no debemos dejar de lado por realizar prácticas más complicadas, y no por eso más eficaces.

«Pronunciando las palabras del Padrenuestro, Jesús creó un modelo de oración concreto y al mismo tiempo universal. De hecho, todo lo que se puede y se debe decir al Padre está encerrado en las siete peticiones que todos sabemos de memoria. Hay en ella una sencillez tal, que hasta un niño las aprende, pero al mismo tiempo una profundidad tal, que se puede pasar una vida entera meditando su sentido».

«Buscadle con los ojos de la carne en los acontecimientos de la vida y en el rostro de los demás; pero buscadle también con los ojos del alma a través de la oración y de la meditación de la Palabra de Dios, pues la contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura».

«¡Oren y aprendan a orar! Profundicen en la palabra del Dios vivo, leyendo y meditando la Sagrada Escritura.

Conversen con Jesús en la oración y en la escucha de la Palabra; gusten de la Reconciliación en el sacramento de la Penitencia; reciban el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía; acójalo y sírvanlo en los hermanos».

Enamorado de la profundidad mística del Salterio, Juan Pablo II recomendaba especialmente el rezo de la Liturgia de las Horas, tradición orante que ha sido acuñada por el magisterio de la Iglesia para todos los fieles, y no solamente para las personas consagradas. Esta práctica es una magnífica herramienta para armonizar oración y vida, acción y contemplación; para vivir nuestra jornada cotidiana en la presencia divina.

«El libro del Salterio ha de ser la fuente ideal de la oración cristiana, y en él seguirá inspirándose la Iglesia en el nuevo milenio».

«La oración cristiana nace, se alimenta y se desarrolla en torno al evento por excelencia de la fe: el misterio pascual de Cristo. De esta forma, por la mañana y por la tarde, al salir y al ponerse el sol, se recuerda la Pascua, el paso del Señor de la muerte a la vida.

El símbolo de Cristo “luz del mundo” es la lámpara encendida durante la oración de Vísperas, que por eso se llama también *lucernario*.

Las horas del día remiten a su vez al relato de la pasión del Señor, y la hora *Tertia* también a la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Por último, la oración de la noche tiene carácter escatológico, pues evoca la vigilancia recomendada por Jesús en la espera de su vuelta (cf. Mc 13,35-37).

Al hacer su oración con esta cadencia, los cristianos responden al mandato del Señor de “orar sin cesar” (cf. Lc 18,1; 21,36; 1Ts 5,17; Ef 6,18), pero sin olvidar que, de

algún modo, toda la vida debe convertirse en oración».

«En la carta apostólica *Novo millennio ineunte* he manifestado mi deseo de que la Iglesia se caracterice cada vez más por el arte de la oración, aprendiéndola siempre de manera renovada de los labios del divino Maestro (cf. N. 32). Este compromiso debe ser vivido especialmente en la Liturgia, fuente y culmen de la vida eclesial. En esta línea es importante prestar una mayor atención pastoral a la promoción de la Liturgia de las Horas, como oración de todo el Pueblo de Dios. De hecho, si bien los sacerdotes y los religiosos tienen un preciso deber de celebrarla, se propone vivamente también a los laicos. El libro del Salterio sigue siendo, de todos modos, la fuente ideal de la oración cristiana, y en él seguirá inspirándose la Iglesia en el nuevo milenio.

Al cantar los salmos, el cristiano experimenta una especie de sintonía entre el Espíritu presente en las Escrituras y el Espíritu que habita en él por la gracia bautismal. Más que orar con sus propias palabras, se hace eco de los “gemidos inenarrables” de los que habla san Pablo (cf. Rm 8,26), con los cuales el Espíritu del Señor impulsa a los creyentes a unirse a la invocación característica de Jesús: “¡Abbá, Padre!” (Rm 8,15; Ga 4,6).

Es un dato esperanzador que muchos laicos, tanto en las parroquias como en las agrupaciones eclesiales, hayan aprendido a valorarla. Con todo, sigue siendo una oración que supone una adecuada formación catequística y bíblica, para poderla gustar a fondo».

Dentro del rezo del Breviario, y consciente de las limitaciones de tiempo de los seglares, hacía hincapié en la práctica de las dos «oraciones fuertes» de la Liturgia de las Horas: Laudes y Vísperas.

Acostumbrado a levantarse antes del amanecer, durante su pontificado recomendó con frecuencia que los cristianos madrugasen para orar, ofreciendo a Dios las primicias del día que comienza, y celebrando asimismo a esta hora la resurrección del Señor. La práctica del Laudes puede facilitar esta plegaria.

El otro momento fuerte del día que recomendaba para orar era el del atardecer, invitando a los creyentes a hacerlo mediante la plegaria de Vísperas.

«El surgir del sol y su ocaso no son momentos anónimos de la jornada. Ambas horas litúrgicas poseen su propia carga evocativa, que recuerda los dos aspectos esenciales del misterio pascual: “Por la tarde el Señor está en la cruz, por la mañana resucita... Por la tarde yo narro los sufrimientos que padeció en su muerte; por la mañana anuncio la vida de Él, que resucita” (san Agustín).

Al oscurecer, los cristianos saben que Dios ilumina también la noche oscura con el resplandor de su presencia y con la luz de sus enseñanzas. Inspirándose en el simbolismo de la luz, la oración de las Vísperas se ha desarrollado como sacrificio vespertino de alabanza y acción de gracias por el don de la luz física y espiritual, y por los demás dones de la creación y la redención.

La tarde es tiempo propicio para considerar ante Dios, en la oración, la jornada transcurrida. Es el momento oportuno para dar gracias por lo que se nos ha dado o lo que hemos realizado con rectitud. También es el tiempo para pedir perdón por el mal que hayamos cometido, implorando de la misericordia divina que Cristo vuelva a resplandecer en nuestro corazón.

La mañana y la tarde constituyen momentos siempre oportunos para dedicarse a la oración, tanto de forma comunitaria como individual. Las Horas de Laudes y Vísperas, unidas a momentos importantes de nuestra vida y actividad, se presentan como un medio eficaz para orientar nuestro camino diario y dirigirlo hacia Cristo, “luz del mundo”» (Jn 8,12) (*Catequesis de Juan Pablo II, 8 de octubre de 2003*).

En defensa de la vida

Una manera especial que tuvo Juan Pablo II para unir vida y plegaria, para encarnar la oración en los acontecimientos de cada día, fue la de componer oraciones en las cuales reflejaba sus profundos anhelos y sus más íntimas aspiraciones. Estas plegarias, fruto tanto de su alma de poeta como de su carisma contemplativo, tenían a su vez un fuerte enraizamiento en su historia personal, ya que Karol las componía a partir de las experiencias que había amasado en su vida. Por eso no es extraño que escribiera oraciones que reflejaran la petición de sus dos ideales más queridos: la defensa de la vida, y la paz.

Nuestra oración será más profunda, más sincera y más plena si somos capaces de llevar a ella nuestras historias personales, si «oramos la vida», si ponemos ante la presencia misericordiosa de Dios nuestros afanes, nuestros anhelos y nuestros problemas.

Durante la primera Guerra Mundial, había gran escasez en Wadowice. Doña Emilia, la madre de Juan Pablo II, estaba casada desde muy joven con un suboficial del ejército, y tuvieron que trasladarse lejos de su familia, a un lugar donde no conocían a nadie. Al poco nació su primer hijo, y dos años más tarde la pareja tuvo una niña, que solamente vivió un día debido a las malas condiciones en que vivía el matrimonio.

Al cabo de 10 años de la muerte de su hija, doña Emilia quedó embarazada, a sus casi 40 años. Además de su edad y los precarios medios de subsistencia, el embarazo tenía otros serios factores de riesgo, pues la madre padecía problemas renales y una afección congénita le había debilitado el sistema cardíaco.

En estas circunstancias, alguien se ofreció para practicarle un aborto, pero doña Emilia eligió traer al mundo a su hijo, lo cual sucedió el 18 mayo 1920.

En el transcurrir del tiempo, durante su ministerio como sacerdote, obispo y Papa, Karol denunciará con contundencia la práctica del aborto que, al igual que la eutanasia, las guerras y todo tipo de violencia, formaban parte de lo que Karol llamó durante todo su magisterio «la civilización de la muerte», que no respeta la dignidad de la persona, a la cual oponía «la civilización del amor», basada en el respeto a la vida humana, en la solidaridad, en lo que llamaba «la cultura de la vida».

La defensa de la vida es el tema central de su encíclica «Evangelium Vitae» (25 de marzo de 1995), y de muchas oraciones que compuso:

«Oh María, aurora del mundo nuevo, Madre de los vivientes, a Ti confiamos la causa

de la vida: mira, Madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer, de pobres a quienes se hace difícil vivir, de hombres y mujeres que son víctimas de la violencia brutal, de los ancianos y enfermos muertos a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.

Haz que quienes creen en tu Hijo sepan anunciar el Evangelio de la vida con honestidad y amor a los hombres de nuestro tiempo. Obtén para ellos la gracia de acogerlo como don siempre nuevo, la alegría de celebrarlo con gratitud durante toda su vida, y la valentía de testimoniarlo, con el fin de construir, junto con todas las personas de buena voluntad, la civilización de la verdad y el amor, para alabanza y gloria de Dios, el Creador y amante de la vida.

¡Virgen, Madre nuestra! Ruega por nosotros ahora. Concédenos el don inestimable de la paz, la superación de todos los odios y rencores, y la reconciliación de todos los hermanos.

Que cesen la violencia y la guerra.

Que progrese y se consolide el diálogo y se inaugure una convivencia pacífica.

Que se abran nuevos caminos de justicia y de prosperidad. Te lo pedimos a ti, a quien invocamos como Reina de la Paz.

Te encomendamos a todas las víctimas de la injusticia y de la violencia, a todos los que han muerto en las catástrofes naturales, a todos los que en la hora de la muerte acuden a ti como Madre.

Sé para todos nosotros Puerta del cielo, vida, dulzura y esperanza, para que, juntos, podamos contigo glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

¡Amén!»

Como fondo de sus experiencias juveniles, Karol había sufrido las devastadoras consecuencias de una guerra. Cuando al Papa que había proclamado al mundo desde el momento de su entronización la famosa frase «¡No tengáis miedo!» le preguntaron en cierta ocasión si había sentido miedo en su vida, respondió:

«Pensando en mi vida, puedo decir que una experiencia inolvidable de peligro y de miedo es, ciertamente, la de la guerra. Tenía 20 años cuando en Europa y en el mundo se desencadenó la tempestad de la Segunda Guerra Mundial, que sembró muerte y destrucción. Mi generación quedó marcada por el miedo a los bombardeos, las deportaciones y las represalias. Lamentablemente, sé lo que significa tener miedo».

Juan Pablo II, en su carácter de Jefe de Estado, ha sido el más enérgico opositor a la guerra. Su anhelo de paz constituye un pilar en el ámbito de sus preocupaciones, acciones y declaraciones, junto a su denuncia del hambre y la pobreza.

Debido a estas experiencias, no resulta extraño que otro tema recurrente de sus oraciones fuera la petición de paz para el mundo:

«A Ti, que eres el creador de la naturaleza y del hombre, de la verdad y la belleza, te suplico:

Oye mi voz, porque es la voz de las víctimas de todas las guerras y la violencia entre individuos y naciones.

Oye mi voz, porque es la voz de todos los niños que sufren y sufrirán cuando las personas ponen su fe en las armas y la guerra.

Escucha mi voz cuando te ruego que inculques en los corazones de todos los seres humanos la sabiduría de la paz, la fuerza de la justicia y el gozo de la comunión.

Oye mi voz, pues hablo por las multitudes en todos los países y en cada período de la historia que no quieren la guerra y están dispuestos a recorrer el camino de la paz.

Oye mi voz, y danos la fuerza para que siempre podamos responder al odio con el amor, a la injusticia con la dedicación total a la justicia, a la necesidad de las personas con el don de uno mismo, a la guerra con la paz.

Oh Dios, escucha mi voz y concede a todo el mundo la paz para siempre».

6 te busco con todo mi corazón

Aparte de la práctica de las devociones tradicionales del magisterio de la Iglesia, Juan Pablo II compuso muchas oraciones, que utilizaba en sus discursos pastorales. En ella se advierte su instinto de poeta, que le había llevado a escribir libros de poesía mística en su juventud.

Profundamente mariano, la mayoría de sus oraciones estaban dedicadas a la virgen María.

1. Oraciones a Dios y a Cristo

Te busco con todo mi corazón

¡Oh, Dios mío! Te busco con todo mi corazón, no dejes que me desvíe de tus mandamientos. Abre mis ojos, para que pueda considerar las maravillas de tu ley.

Soy un caminante en la tierra. No escondas de mí tus mandamientos. Hazme entender el camino de tus preceptos y meditaré en tus maravillas.

¡Oh Dios, Tú eres nuestro Creador! Tú eres bueno y tu misericordia no tiene límites. Para Ti surge la alabanza de toda criatura.

El hacer tu voluntad es nuestra tarea. Seguir tus caminos es conocer la paz del corazón. Seguir tus caminos es conocer la paz del corazón.

Guíanos en todos los caminos por los que viajemos en esta tierra. Líbranos de todas las tendencias que conducen mal nuestros corazones, lejos de tu voluntad. Nunca nos permitas alejarnos de Ti.

Oh Dios, juez de toda la humanidad, ayúdanos a ser incluidos entre tus elegidos en el último día. Oh Dios, autor de la paz y la justicia, danos la verdadera alegría y el amor auténtico, y una solidaridad duradera entre los pueblos. ¡Amén!

Señor Jesús

Nos presentamos ante Ti sabiendo que nos llamas y que nos amas tal como somos.

Tu presencia en la Eucaristía ha comenzado con el sacrificio de la última cena y continúa como comunión y donación de todo lo que eres. Aumenta nuestra FE.

Por medio de Ti y en el Espíritu Santo que nos comunicas, queremos llegar al Padre para decirle nuestro SÍ unido al tuyo.

Siguiéndote a Ti, “camino, verdad y vida”, queremos penetrar en el aparente silencio y ausencia de Dios, rasgando la nube del Tabor para escuchar la voz del Padre que nos dice: *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia: Escuchadlo»* (Mt 17,5).

Con esta FE, hecha de escucha contemplativa, sabremos iluminar nuestras situaciones personales, así como los diversos sectores de la vida familiar y social.

Tú eres nuestra ESPERANZA, nuestra paz, nuestro mediador, hermano y amigo.

Nuestro corazón se llena de gozo y de esperanza al saber que vives *«siempre*

intercediendo por nosotros» (Heb 7,25).

Nuestra esperanza se traduce en confianza, gozo de Pascua y camino apresurado contigo hacia el Padre.

Queremos sentir como Tú y valorar las cosas como las valoras Tú. Porque Tú eres el centro, el principio y el fin de todo.

Apoyados en esta ESPERANZA, queremos infundir en el mundo esta escala de valores evangélicos, por la que Dios y sus dones salvíficos ocupan el primer lugar en el corazón y en las actitudes de la vida concreta.

Queremos AMAR COMO TÚ, que das la vida y te comunicas con todo lo que eres.

Quisiéramos decir como San Pablo: *«Mi vida es Cristo»* (Flp 1,21). Nuestra vida no tiene sentido sin Ti.

Queremos aprender a estar con quien sabemos nos ama, porque con tan buen amigo presente todo se puede sufrir. En Ti aprenderemos a unirnos a la voluntad del Padre, porque en la oración “el amor es el que habla” (Sta. Teresa).

CREYENDO, ESPERANDO Y AMANDO, TE ADORAMOS con una actitud sencilla de presencia, silencio y espera, que quiere ser también reparación, como respuesta a tus palabras: *«Quedaos aquí y velad conmigo»* (Mt 26,38).

Tú superas la pobreza de nuestros pensamientos, sentimientos y palabras; por eso queremos aprender a adorar admirando el misterio, amándolo tal como es, y callando con un silencio de amigo y con una presencia de donación.

En nuestras noches físicas y morales, si Tú estás presente, y nos amas, y nos hablas, ya nos basta, aunque muchas veces no sentiremos la consolación.

Gracias a Ti, nuestra capacidad de silencio y de adoración se convertirá en capacidad de AMAR y de SERVIR.

Ayúdanos a ser tu Iglesia misionera, que sabe meditar adorando y amando tu Palabra, para transformarla en vida y comunicarla a todos los hermanos.

Oración a Dios Padre misericordioso

Dios, Creador del cielo y de la tierra, Padre de Jesús y Padre nuestro:

Bendito seas, Señor, Padre que estás en el cielo, porque en tu infinita misericordia te has inclinado sobre la miseria del hombre y nos has dado a Jesús, tu Hijo, nacido de mujer, nuestro salvador y amigo, hermano y redentor.

Gracias, Padre bueno: que tu misericordia nos ayude a regresar a la casa paterna, donde Tú, lleno de amor, esperas a tus hijos descarriados para darles el abrazo del perdón y sentarlos a tu mesa, vestidos con el traje de fiesta.

¡A Ti, Padre, nuestra alabanza por siempre!

Padre clemente, que se fortalezca nuestro amor a ti y al prójimo: que los discípulos de Cristo promuevan la justicia y la paz; se anuncie a los pobres la Buena Nueva, y que la Madre Iglesia haga sentir su amor de predilección a los pequeños y marginados.

Padre Justo, que todos los católicos descubran el gozo de vivir en la escucha de tu palabra, abandonándose a tu voluntad; que experimenten el valor de la comunión fraterna partiendo juntos el pan y alabándote con himnos y cánticos espirituales.

Padre omnipotente, haz que todos tus hijos sientan que en su caminar hacia ti, meta última del hombre, los acompaña bondadosa la Virgen María, imagen del amor puro, elegida por ti para ser Madre de Cristo y de la Iglesia.

A ti, Padre de la vida, principio sin principio, suma bondad y eterna luz, con el Hijo y el Espíritu, honor y gloria, alabanza y gratitud por los siglos sin fin. Amén.

2. Oraciones a María

María, madre de Cristo

Oh, Santísima Virgen María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia: con alegría y asombro tratamos de hacer nuestro tu *Magnificat*, uniéndonos a Ti en tu himno de gratitud y de amor, con que damos gracias a Dios, “cuya misericordia se extiende de generación en generación”, para la altísima vocación y las múltiples formas de la misión confiada a los fieles laicos.

Dios ha llamado a cada uno de ellos por su nombre a vivir su propia comunión de amor y de santidad y ser uno en la gran familia de hijos de Dios. Él les ha enviado a brillar con la luz de Cristo, y a comunicar el fuego del Espíritu en cada parte de la sociedad a través de su vida inspirada por el Evangelio.

Virgen del *Magnificat*, llena sus corazones de gratitud y entusiasmo por esta vocación y misión. Con humildad y magnanimidad, tú, “esclava del Señor”, nos das tu disposición sin reservas para el servicio de Dios y la salvación del mundo. Abre nuestros corazones a la gran expectación del Reino de Dios y de la proclamación del Evangelio a toda la creación.

Virgen María, llena de coraje, que tu fuerza espiritual y tu confianza en Dios nos inspire, para que podamos saber cómo superar todos los obstáculos que nos encontramos en el cumplimiento de nuestra misión. Enséñanos a tratar los asuntos del mundo con un verdadero sentido de responsabilidad cristiana, y una esperanza gozosa de la venida del Reino de Dios y de un “cielo nuevo y una tierra nueva”.

Virgen Madre, guíanos y susténtanos para que siempre podamos vivir como verdaderos hijos e hijas de la Iglesia y de tu Hijo. Permítenos hacer nuestra parte para ayudar a establecer en la tierra la civilización de la verdad y el amor, como Dios lo quiere, para su gloria. Amén.

Virgen bendita

¡Dios te salve, María! Te saludamos con el Ángel: llena de gracia. El Señor está contigo. Te saludamos con Isabel: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¡Feliz porque has creído a las promesas divinas!

Te saludamos con las palabras del Evangelio: Feliz porque has escuchado la Palabra de Dios y la has cumplido. ¡Tú eres la llena de gracia!

Te alabamos, Hija predilecta del Padre. Te bendecimos, Madre del Verbo divino. Te

veneramos, Sagrario del Espíritu Santo.

Te invocamos; Madre y Modelo de toda la Iglesia. Te contemplamos, imagen realizada de las esperanzas de toda la humanidad. ¡El Señor está contigo!

Tú eres la Virgen de la Anunciación, el Sí de la humanidad entera al misterio de la salvación. Tú eres la Hija de Sión y el Arca de la nueva Alianza en el misterio de la visitación.

Tú eres la Madre de Jesús, nacido en Belén, la que lo mostraste a los sencillos pastores y a los sabios de Oriente. Tú eres la Madre que ofrece a su Hijo en el templo, lo acompaña hasta Egipto, lo conduce a Nazaret.

Virgen de los caminos de Jesús, de la vida oculta y del milagro de Caná. Madre Dolorosa del Calvario y Virgen gozosa de la Resurrección. Tú eres la Madre de los discípulos de Jesús en la espera y en el gozo de Pentecostés.

Bendita... porque creíste en la Palabra del Señor, porque esperaste en sus promesas, porque fuiste perfecta en el amor. Bendita por tu caridad con Isabel, por tu bondad materna en Belén, por tu fortaleza en la persecución, por tu perseverancia en la búsqueda de Jesús en el templo, por tu vida sencilla en Nazaret, por tu intercesión en Caná, por tu presencia maternal junto a la Cruz, por tu fidelidad en la espera de la resurrección, por tu oración asidua en Pentecostés.

Bendita eres por la gloria de tu Asunción a los cielos, por tu maternal protección sobre la Iglesia, por tu constante intercesión por toda la humanidad.

¡Santa María, Madre de Dios! Queremos consagrarnos a ti, porque eres Madre de Dios y Madre nuestra, porque tu Hijo Jesús nos confió a ti, porque has querido ser Madre de la Iglesia.

Nos consagramos a ti: los obispos que, a imitación del Buen Pastor, velan por el pueblo que les ha sido encomendado; los sacerdotes, que han sido ungidos por el Espíritu; los religiosos y religiosas, que ofrendan su vida por el Reino de Cristo; los seminaristas, que han acogido la llamada del Señor; los esposos cristianos en la unidad e indisolubilidad de su amor con sus familias; los seglares comprometidos en el apostolado; los jóvenes que anhelan una sociedad nueva; los niños que merecen un mundo más pacífico y humano; los enfermos, los pobres, los encarcelados, los perseguidos, los huérfanos, los desesperados, los moribundos. ¡Ruega por nosotros, pecadores!

Invocación a la Virgen

María, hija de Israel, tú has proclamado la misericordia ofrecida a los hombres, de edad en edad, por el amor misericordioso del Padre.

María, Virgen Santa, Sierva del Señor, tú has llevado en tu seno el fruto precioso de la Misericordia divina.

María, tú que has guardado en tu corazón las palabras de salvación, y testimonias ante el mundo la absoluta fidelidad de Dios a su amor.

María, tú que seguiste a tu Hijo Jesús hasta el pie de la cruz con el *fiat* de tu corazón de madre, que te adheriste sin reserva al servicio redentor.

María, Madre de misericordia, muestra a tus hijos el Corazón de Jesús, que tú viste abierto para ser siempre fuente de vida.

María, presente en medio de los discípulos, tú nos haces cercano el amor vivificante de tu Hijo resucitado.

María, Madre atenta a los peligros y a las pruebas de los hermanos de tu Hijo, no cesas de conducirnos por el camino de la salvación.

Oh María, Auxilio de los cristianos, en nuestra necesidad nos dirigimos a Ti con ojos de amor, con las manos vacías y el corazón anhelante. Nos dirigimos a Ti para que podamos ver a tu Hijo, nuestro Señor.

Alzamos nuestras manos para que tengamos el pan de Vida; en Ti el reino de Dios ha amanecido, un reino de gracia y paz, de amor y justicia que nace de las profundidades de la Palabra hecha carne.

Muéstranos, oh María, el fruto de tu vientre ya que sin tu Hijo estamos perdidos.

Nuestra Señora de la Paz, ¡ruega por nosotros!

Ave María

¡Ave María, Mujer humilde, bendecida por el Altísimo! Virgen de la esperanza, profecía de tiempos nuevos, nosotros nos unimos a tu cántico de alabanza para celebrar las misericordias del Señor, para anunciar la venida del Reino y la plena liberación del hombre.

¡Ave María, humilde Sierva del Señor, gloriosa Madre de Cristo! Virgen fiel, morada santa del Verbo, enséñanos a perseverar en la escucha de la Palabra, a ser dóciles a la voz del Espíritu Santo, atentos a sus llamados en la intimidad de la conciencia y a sus manifestaciones en los acontecimientos de la historia.

¡Ave María, Mujer de dolor, Madre de los vivientes! Virgen Esposa ante la Cruz, Eva

nueva, sé nuestra guía por los caminos del mundo, enséñanos a vivir y difundir el Amor de Cristo, a detenernos contigo ante las innumerables cruces en las que tu Hijo aún está crucificado.

¡Ave María, Mujer de fe, primera entre los discípulos! Virgen Madre de la Iglesia, ayúdanos a dar siempre razón de la esperanza que habita en nosotros, confiando en la bondad del hombre y en el Amor del Padre. Enséñanos a construir el mundo desde adentro: en la profundidad del silencio y de la oración, en la alegría del amor fraterno, en la fecundidad insustituible de la Cruz.

Virgen fiel, poderosa y clemente

¡Oh, Virgen naciente, esperanza y aurora de la salvación para todo el mundo!: vuelve benigna tu mirada maternal hacia todos nosotros, reunidos aquí para celebrar y proclamar tus glorias.

¡Oh, Virgen fiel, que fuiste siempre solícita y dispuesta a recibir, conservar y meditar la Palabra de Dios!: haz que también nosotros, en medio de las dramáticas vicisitudes de la historia, sepamos mantener siempre intacta nuestra fe cristiana, tesoro preciado transmitido por nuestros padres.

¡Oh, Virgen poderosa, que con tu pie aplastas la cabeza de la serpiente tentadora!: haz que cumplamos, día tras día, nuestras promesas bautismales, con las que hemos renunciado a Satanás, a sus obras y seducciones, y sepamos dar al mundo un gozoso testimonio de esperanza cristiana.

¡Oh, Virgen clemente, que siempre has abierto tu corazón maternal a las invocaciones de la humanidad, a veces herida por el desamor y hasta, desgraciadamente, por el odio y la guerra!: enséñanos a crecer, todos juntos, según las enseñanzas de tu Hijo, en la unidad y en la paz, para ser dignos hijos del Padre celestial. Amén.

Oración a Nuestra Señora de los Dolores

Oh, Virgen Santa, Madre de Dios, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia, míranos clemente en esta hora.

Virgen fiel, ruega por nosotros. Enséñanos a creer como has creído Tú. Haz que nuestra fe en Dios, en Cristo, en la Iglesia, sea siempre limpia, serena, valiente, fuerte, generosa.

Madre digna de amor, Madre del Amor Hermoso, ¡ruega por nosotros! Enséñanos a amar a Dios y a nuestros hermanos como les amaste Tú; haz que nuestro amor a los

demás sea siempre paciente, benigno, respetuoso.

Causa de nuestra alegría, ¡ruega por nosotros! Enséñanos a saber captar, en la fe, la paradoja de la alegría cristiana, que nace y florece en el dolor, en la renuncia, en la unión con tu Hijo crucificado; ¡haz que nuestra alegría sea siempre auténtica y plena para podérsela comunicar a todos! Amén.

3. Oraciones de petición

Oración por las familias

Señor, de ti todas las familias en el cielo y en la tierra toman su nombre. Padre, Tú eres Amor y Vida.

A través de Tu Hijo Jesucristo, nacido de mujer, y por el Espíritu Santo, fuente de caridad divina, haz que cada familia en la tierra pueda llegar a ser para cada generación sucesiva un verdadero santuario de vida y amor.

Haz que tu gracia guíe los pensamientos y las acciones de los esposos y esposas, por el bien de sus familias y de todas las familias del mundo.

Haz que los jóvenes pueden encontrar en el ámbito familiar un apoyo sólido de su dignidad humana y para su crecimiento en la verdad y el amor.

Haz que el amor, fortalecido por la gracia del sacramento del matrimonio, pueda ser más poderoso que todas las debilidades y las pruebas por las que a veces pasan nuestras familias.

A través de la intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, haz que la Iglesia pueda llevar a cabo con fruto su misión en todo el mundo en la familia y por medio de la familia.

Te lo pedimos a Ti, que eres la Vida, la Verdad y el Amor del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Oración por los jóvenes

Oremos por los jóvenes, a quienes el Señor extiende su invitación a seguirlo más de cerca, para que no puedan ser atraídos por las cosas de este mundo, pero puedan abrir sus corazones a la voz amorosa que les está llamando.

Oremos para que se sientan capaces de dedicarse durante toda su vida con corazón indiviso a Cristo, la Iglesia y las almas. Oremos para que crean que la gracia les da la fuerza para hacer este regalo, y para que vean la belleza y la grandeza de la vida sacerdotal, religiosa y misionera.

Oremos por las familias, para que puedan tener éxito en la creación de un ambiente cristiano favorable a las importantes decisiones religiosas de sus hijos. Al mismo tiempo, con todo nuestro corazón, demos gracias al Señor porque en estos últimos años, en muchas partes del mundo, muchos jóvenes y no tan jóvenes están respondiendo en número creciente a la llamada divina.

Oremos para que todos los sacerdotes y religiosos puedan ser un ejemplo y un estímulo para aquellos que han sido llamados, por su disponibilidad y la disposición humilde a aceptar los dones del Espíritu Santo y a transmitir a los demás los frutos de amor y paz, para darles esa certeza en la fe de la que derivan la comprensión profunda del significado de la existencia humana, y la capacidad para imponer el orden moral en la vida de las personas y del entorno humano.

Oración para una buena muerte

Concédenos, Señor de la vida, la gracia de tomar conciencia lúcida de ella y de saborear como un don, rico de ulteriores promesas, todos los momentos de nuestra vida.

Haz que acojamos con amor tu voluntad, poniéndonos cada día en tus manos misericordiosas.

Cuando venga el momento del “paso” definitivo, concédenos afrontarlo con ánimo sereno, sin pesadumbre por lo que dejemos. Porque al encontrarte a Ti, después de haberte buscado tanto, nos encontraremos con todo valor auténtico experimentado aquí en la tierra, junto a quienes nos han precedido en el signo de la fe y de la esperanza.

Y tú, María, Madre de la humanidad peregrina, ruega por nosotros “ahora y en la hora de nuestra muerte”. Manténnos siempre muy unidos a Jesús, tu Hijo amado y hermano nuestro, Señor de la vida y de la gloria. ¡Amén!

Oración por la paz

Oh, Dios, Creador del universo, que extiendes tu preocupación paternal sobre cada criatura y que guías los eventos de la historia a la meta de la salvación: reconocemos tu amor paternal que, a pesar de la resistencia de la humanidad, y en un mundo dividido por la disputa y la discordia, Tú nos ofreces para la reconciliación.

Renueva en nosotros las maravillas de tu misericordia; envía tu Espíritu sobre nosotros, para que pueda obrar en la intimidad de nuestros corazones; para que los enemigos puedan empezar a dialogar; para que los adversarios puedan estrecharse las manos; y para que las personas puedan encontrar entre sí la armonía.

Para que todos puedan comprometerse en la búsqueda sincera de la verdadera paz; para que se eliminen todas las disputas, para que la caridad supere el odio, para que el perdón venza el deseo de venganza. Amén.

7 el papa del rosario

«Es necesario que la Iglesia reme “mar adentro” en el nuevo milenio, recomenzando por la contemplación del rostro de Cristo. El Rosario es un camino de contemplación del rostro de Cristo realizado –por así decir– con los ojos de María.

Deseo, por tanto, sugerir el rezo del Rosario a cada una de las personas, a las familias, y a las comunidades cristianas».

«Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del Rosario en estos años. Deseo elevar mi agradecimiento al Señor con las palabras de su Madre Santísima, bajo cuya protección he puesto mi ministerio petrino: ¡Totus tuus!».

La oración predilecta

Si el rosario es la oración mariana por excelencia, y Juan Pablo II era un Papa especialmente mariano, es comprensible y lógico que esta oración fuera su predilecta. Escribió una encíclica sobre el Rosario, a la vez que proclamó en octubre del 2002 el Año del Rosario;

«Esta oración ha tenido un puesto importante en mi vida espiritual desde mis años jóvenes. El Rosario me ha acompañado en los momentos de alegría y en los de tribulación. A él he confiado tantas preocupaciones, y en él siempre he encontrado consuelo. Hace veinticuatro años, el 29 de octubre de 1978, dos semanas después de la elección a la Sede de Pedro, como abriendo mi alma, me expresé así: “El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad”.

Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad contemplar con María el rostro de Cristo. En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo –en compañía de María– este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir “amistosa”. Ésta nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como “respirar” sus sentimientos».

Al ser el Rosario una evocación contemplativa de la vida de Cristo, puede acoger también las experiencias de nuestra vida cotidiana, la cual adquiere una nueva luz cuando se armoniza con los misterios que se meditan en el rosario. Juan Pablo II subrayaba este aspecto, para que el Rosario pueda realmente encarnarse en nuestra vida real, y no derivar hacia la simple repetición de unas fórmulas mecánicas.

«El Rosario nos pone en comunión vital con Jesús a través del Corazón de su Madre. Al mismo tiempo nuestro corazón puede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos que entran en la vida del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas más cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana.

Meditar con el Rosario significa poner nuestros afanes en los corazones misericordiosos de Cristo y de su Madre. Después de largos años, recordando los sinsabores, que no han faltado tampoco en el ejercicio del ministerio petrino, deseo repetir, casi como una cordial invitación dirigida a todos para que hagan de ello una experiencia personal: sí, verdaderamente el Rosario “marca el ritmo de la vida humana”, para armonizarla con el ritmo de la vida divina, en gozosa comunión con la

Santísima Trinidad, destino y anhelo de nuestra existencia».

Lejos de ser una práctica trasnochada y anticuada, reservada para el rezo de un escaso número de devotas en iglesias semivacías, el Rosario es una oración que puede tener poderosos efectos en la transformación del mundo, si somos capaces de rezarlo extrayendo de sus misterios la llamada a la caridad que contienen, integrando en ellos los problemas de una humanidad que sufre, y que son un desafío para el compromiso cristiano de ayuda a los demás.

«Es además oración por la paz por la caridad que promueve. Si se recita bien, como verdadera oración meditativa, el Rosario, favoreciendo el encuentro con Cristo en sus misterios, muestra también el rostro de Cristo en los hermanos, especialmente en los que más sufren. ¿Cómo se podría considerar, en los misterios gozosos, el misterio del Niño nacido en Belén sin sentir el deseo de acoger, defender y promover la vida, haciéndose cargo del sufrimiento de los niños en todas las partes del mundo? ¿Cómo podrían seguirse los pasos del Cristo revelador, en los misterios de la luz, sin proponerse el testimonio de sus bienaventuranzas en la vida de cada día? Y ¿cómo contemplar a Cristo cargado con la cruz y crucificado, sin sentir la necesidad de hacerse sus “cirineos” en cada hermano aquejado por el dolor u oprimido por la desesperación? ¿Cómo se podría, en fin, contemplar la gloria de Cristo resucitado y a María coronada como Reina, sin sentir el deseo de hacer este mundo más hermoso, más justo, más cercano al proyecto de Dios?

En especial, llamaba a utilizarlo para conseguir lo que fue una de sus grandes obsesiones: la paz. En este sentido, decía que el rosario era un «arma que puede detener las guerras».

«Algunas circunstancias históricas ayudan a dar un nuevo impulso a la propagación del Rosario. Ante todo, la urgencia de implorar de Dios el don de la paz. El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis predecesores y por mí mismo como oración por la paz».

«Deseo encomendar a la oración del Rosario una vez más la gran causa de la paz. Estamos ante una situación internacional llena de tensiones, en ocasiones incandescentes. De poco sirven los intentos de la política –siempre necesarios–, si los ánimos permanecen exacerbados y no son capaces de una nueva mirada de corazón para retomar con esperanza el diálogo.

Ahora bien, ¿quién puede infundir estos sentimientos? ¿No es acaso Dios? Es más necesario que nunca que se eleve a Él desde todo el mundo la invocación por la paz. Precisamente en esta perspectiva, el Rosario se revela una oración particularmente

indicada. Construye la paz, pues al mismo tiempo que hace un llamamiento a la gracia de Dios, siembra también en quien lo reza esa semilla de bien, de la que se pueden esperar los frutos de justicia y de solidaridad en la vida personal y comunitaria.

Pienso en las naciones, pero también en las familias. ¡Cuánta paz se aseguraría en las relaciones familiares, si se retomara el rezo del Santo Rosario en familia!» (*Ángelus*, 27 octubre 2002).

Hasta hace relativamente poco, antes de que empezara la marea consumista que hoy todo lo invade con su carga materialista y secularizadora, el Rosario era una oración que se rezaba en familia, por lo cual tenía un valor cohesionador para todos los miembros de la unidad familiar, que se reunían para rezar en común, según el dicho de que «la familia que reza unida, permanece unida».

«El Santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia. Contemplando a Jesús, cada uno de sus miembros recupera también la capacidad de volverse a mirar a los ojos, para comunicar, solidarizarse, perdonarse recíprocamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado por el Espíritu de Dios.

Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desarrolladas, derivan de una creciente dificultad para comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor. Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, y se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino».

Aparte de este valor familiar, el Rosario es también una oración litúrgica, en el sentido de que es posiblemente la plegaria que más se reza colectivamente. En este sentido, también tiene un valor cohesionador para todos los creyentes, como una «dulce cadena» que une a los miembros del Cuerpo Místico, a la vez que nos une con Dios.

«El Beato Bartolomé Longo fue el apóstol del Rosario. Hago más con gusto las palabras conmovedoras con las que él termina la célebre *Súplica a la Reina del Santo Rosario*: “Oh, Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los Ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás

nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga. Y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre, oh, Reina del Rosario de Pompeya, oh, Madre nuestra querida, oh, Refugio de los pecadores, oh, Soberana consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo”».

El Rosario, contemplación del rostro de Cristo

«El motivo más importante para volver a proponer la práctica de Rosario es el hecho de que constituye un medio válido para favorecer entre los fieles ese compromiso de contemplación del rostro de Cristo».

Recitar el rosario es contemplar a Cristo con la mirada de María. San Luis María Grignion de Montfort, explicó así el papel de María en el proceso de configuración de cada uno de nosotros con Cristo: «Como quiera que toda nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo».

«Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad contemplar con María el rostro de Cristo. Nadie se ha dedicado, como María, a la contemplación de Cristo.

En el Rosario aprendemos de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor.

María propone continuamente a los creyentes los “misterios” de su Hijo, con el deseo de que sean contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora. Cuando recita el Rosario, la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María.

El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una oración marcadamente contemplativa. Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: “Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas. Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelan su insondable riqueza”.

Una práctica tradicional de la oración cristiana ha sido la fórmula de repetir continuamente el nombre de Dios –especialmente en la tradición de la Iglesia oriental, donde se la conoce con el nombre de «hesyquia»–, y la recitación de las jaculatorias, frases cortas de fuerte contenido místico cuya repetición produce el efecto de vaciar la mente de pensamientos parásitos, a la vez que inflama el corazón del devoto y le favorece la escucha divina. Precisamente el rosario es una oración que recoge esta tradición, pues se basa en la repetición de unas mismas

fórmulas, cuya recitación consciente tiene la virtud de abrir nuestro corazón a la mirada de Cristo.

«El cristiano, llamado a orar en común, debe entrar también en su interior para orar al Padre, que ve en lo escondido (cf. *Mt* 6,6); más aún: según enseña el Apóstol, debe orar sin interrupción (cf. *1Ts* 5,17)». El Rosario, con su carácter específico, pertenece a este variado panorama de la oración incesante, y si la Liturgia, acción de Cristo y de la Iglesia, es *acción salvífica por excelencia*, el Rosario, en cuanto meditación sobre Cristo con María, es *contemplación saludable*. En efecto, penetrando de misterio en misterio, en la vida del Redentor, hace que cuanto Él ha realizado y la Liturgia actualiza sea asimilado profundamente y forje la propia existencia.

El motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario, es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano.

Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibéndolas de las mismas manos de la Madre del Redentor.

El Rosario, en su sencillez y profundidad, es un verdadero compendio del Evangelio y conduce al corazón mismo del mensaje cristiano».

(Pueden consultarse meditaciones y comentarios de Juan Pablo II sobre los misterios del rosario en las siguientes URL

<http://www.santorosario.info/misteriosdeluz.htm>

<http://www.santorosario.info/misteriosdegozo.htm>

9 el apostolado de la caridad

«Como discípulos de Jesús, estamos llamados a estar próximos a cada hombre. Mediante la ayuda al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado, como también al niño aún no nacido, al anciano que sufre o se halla cercano a la muerte, tenemos la posibilidad de servir a Jesús».

«Mirad cómo se aman»

Practicar en nuestra vida de creyentes unas conductas que sigan los principios de la ética cristiana no es solamente un requerimiento y una exigencia del compromiso de seguir a Jesús, siendo consecuentes con el mensaje evangélico, sino que también es una herramienta imprescindible para la evangelización, un recurso absolutamente necesario para realizar la labor que tiene todo cristiano de extender en este mundo las semillas del Reino de Dios. Juan Pablo II afirmaba que el cristianismo tuvo su principal fermento en la famosa frase: «Mirad cómo se aman».

Dentro de los distintos «areópagos» donde era necesario realizar la misión de la nueva evangelización, el más importante para él, por encima de los medios de comunicación y los grandes escenarios, más importante que los discursos, los documentos y las asambleas de multitudes, era el areópago de la vida cotidiana, donde el creyente está obligado a mostrar una ética que esté de acuerdo con los principios fundamentales del Evangelio. El testimonio de una conducta cristiana es el principal recurso, hoy como ayer, para la evangelización del mundo.

«El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión».

En este sentido, Juan Pablo II resaltaba el enorme valor evangelizador de la conducta cristiana por excelencia en nuestra relación con los demás: la caridad. En la homilía de la ceremonia de beatificación de la madre Teresa de Calcuta, celebrada el 19 de octubre de 2003, dijo que «La Madre Teresa enseña que la evangelización se hace con la caridad».

«El testimonio evangélico al que el mundo es más sensible, es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. La gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio. Incluso el trabajar por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del Evangelio, si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre. La Iglesia está llamada a dar su testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder político o económico; no buscando la gloria o bienes materiales; usando sus bienes para el servicio de los más pobres e imitando la sencillez de vida de Cristo» (*Redemptoris missio*, 42).

«Jesús vive junto a nosotros, en los hermanos con los que compartís la existencia cotidiana. Su rostro es el de los más pobres, de los marginados, víctimas casi siempre

de un modelo injusto de desarrollo, que pone el beneficio en el primer puesto y hace del hombre un medio en lugar de un fin. La casa de Jesús está donde un ser humano sufre por sus derechos negados, sus esperanzas traicionadas, sus angustias ignoradas. Allí, entre los hombres, está la casa de Cristo, que os pide que sequéis, en su nombre, toda lágrima y que les recordéis a los que se sienten solos que nadie está solo si pone en Él su esperanza (cfr. Mt 25,31-46)». (*Mensaje a los jóvenes con ocasión de la XI Jornada Mundial de la Juventud, 1996*).

El papa de la caridad

Era tal la importancia que daba esa virtud, que los últimos meses de su vida se encontraba escribiendo una nueva encíclica dedicada a la caridad, la cual quedó inconclusa.

Además de que era un tema recurrente en todos sus discursos y publicaciones, Juan Pablo II dio a lo largo de toda su vida numerosos ejemplos de su compromiso con la caridad como opción personal de vida, pero también porque, como vicario de Cristo en la tierra, se sentía el portavoz de todos los seres humanos que sufren.

«Toda la vida del venerable Juan Pablo II se desarrolló en el signo de esta caridad, de la capacidad de entregarse de manera generosa, sin reservas, sin medida, sin cálculo. Lo que lo movía era el amor a Cristo, a quien había consagrado su vida, un amor sobreabundante e incondicional. Y precisamente porque se acercó cada vez más a Dios en el amor, pudo hacerse compañero de viaje para el hombre de hoy, extendiendo en el mundo el perfume del amor de Dios. Quien tuvo la alegría de conocerlo y frecuentarlo, pudo palpar cuán viva era en él la certeza “de contemplar la bondad del Señor en la tierra de los vivos”, como hemos escuchado en el Salmo responsorial (27, 13); certeza que lo acompañó a lo largo de toda su vida y que, de forma especial, se manifestó durante el último período de su peregrinación terrena: de hecho, la progresiva debilidad física jamás hizo mella en su fe incommovible, en su luminosa esperanza, en su ferviente caridad. Se dejó consumir por Cristo, por la Iglesia, por el mundo entero: el suyo fue un sufrimiento vivido hasta el final por amor y con amor» (*Benedicto XVI, homilía de la ceremonia de beatificación de Juan Pablo II, 1 de mayo de 2011*).

La represión de la Iglesia Católica en Checoslovaquia había sido más dura que en Polonia, hasta el punto de que quedó prácticamente aniquilada. Ante la dificultad de ordenar a los seminaristas, la Iglesia checoslovaca pidió ayuda a los obispos de los países vecinos. Karol respondió inmediatamente a esta petición de auxilio. Durante la noche, los seminaristas cruzaban la frontera, en la cual eran recogidos y trasladados urgentemente a Cracovia, donde Karol les ordenaba en la capilla privada del palacio arzobispal. En seguida, los recién ordenados sacerdotes volvían a cruzar la frontera con el máximo sigilo, pues cualquier error podía romper esa operación solidaria.

El 19 de julio del 2003, se dio a conocer la noticia que el Papa había destinado cerca de ocho millones de dólares para obras de caridad en numerosos países del mundo. La donación se utilizó en proyectos de educación, salud, formación profesional, vivienda, protección de mujeres, niños y ancianos.

En una audiencia general del miércoles, un sacerdote había acudido con un grupo de

mujeres jóvenes que se habían visto arrastradas al drama de la prostitución, y que ahora habían decidido cambiar completamente de vida. Cuando les llegó su turno, todas rompieron en llanto. Cada una de ellas se acercaba al Papa con los ojos llenos de lágrimas y una expresión de pudor, quizá también de vergüenza, en la mirada, y el Papa las abrazaba y las bendecía.

Edith Tsirer era una niña judía de 13 años cuando en 1945 fue liberada de un campo de concentración. Estaba sola en el mundo, habiendo perdido –sin saberlo con certeza– a toda su familia. Logró llegar a una pequeña aldea, aún vestida con la ropa a rayas de prisionera, pero nadie le ofrecía ayuda.

«De repente apareció una figura de un sacerdote católico, con una sotana marrón. En ese entonces tenía 25 años. Me trajo un vaso de té tras años en los que yo comía de una vasija herrumbrada encadenada a mi mano. Y me trajo enormes trozos de pan con queso.

Minutos después me dijo que sería mejor que me fuera de allí y tratara de llegar a Cracovia. Extendió sus manos y me las dio para que me apoyase, pero yo me caí. Hacía días que no me movía, y mis piernas no me sostenían. Entonces él me puso a sus espaldas. Era robusto, con aspecto de atleta y simplemente me cargó. Así me llevó más de cuatro kilómetros en la nieve: era el sacerdote Karol Wojtyła.

Me dio fuerzas para vivir. Yo pensé que estaba con un ángel que Dios me había enviado, que carga una niña llena de piojos, sucia, rapada, de 29 kilos y fea. Fue un milagro. Era como si Dios hubiese bajado del cielo».

Todos los años Edith recibía una tarjeta de Navidad del Papa. El último antes de su muerte le escribió en polaco, con una letra muy difícil de leer. Se notaba que le temblaba la mano. «Cuando recibí esa tarjeta –comentaba Edith– me dije que esa, seguramente, era la última».

El Papa Juan Pablo II, en una solemne sala del Vaticano, recibió a una de las más altas autoridades religiosas del judaísmo, el gran Rabino del Estado de Israel, Meir Lau. La entrevista se llevó a cabo en un ambiente fraternal y quedó espacio para el relato anecdótico.

Entonces, el religioso judío narró al Sumo Pontífice un hecho sucedido muchos años atrás en una ciudad europea. Le contó que, terminada la Segunda Guerra Mundial, una mujer católica se dirigió al párroco de su pueblo para hacerle una consulta. Ella y su esposo tenían a su cuidado, desde los días de la guerra, a un pequeño niño judío que le habían encomendado sus padres poco antes de haber sido deportados a un campo de concentración.

Los padres del niño, desaparecidos en el trágico infierno de la masacre nazi, habían previsto para el niño un futuro en la tierra de Israel, soñaban con ello. La madre adoptiva del niño judío se encontraba ante una encrucijada y pedía consejo al sacerdote católico, ya que su intención era bautizar al niño en agradecimiento por haber sobrevivido a la masacre.

El párroco tuvo una pronta y comprensiva respuesta: «Se debe respetar la voluntad de los padres». Posteriormente el niño judío fue enviado al entonces naciente Estado de Israel, donde se criaría y educaría.

La anécdota resultó muy interesante para Karol Wojtyła, y pasó a ser más conmovedora aún cuando Meir Lau, el gran rabino, le aclaró la identidad de aquellas personas: «Usted, Eminencia, era ese párroco católico. Y ese niño huérfano... era yo».

Un sacerdote norteamericano de la diócesis de Nueva York se disponía a rezar en una de las parroquias de Roma cuando, al entrar, se encontró con un mendigo. Después de observarlo durante un momento, el sacerdote se dio cuenta de que conocía a aquel hombre. Era un compañero del seminario, ordenado sacerdote el mismo día que él. Ahora mendigaba por las calles.

El cura, tras identificarse y saludarle, escuchó de labios del mendigo cómo había perdido su fe y su vocación. Quedó profundamente estremecido.

Al día siguiente, el sacerdote llegado de Nueva York tenía la oportunidad de asistir a la Misa privada del Papa, al que podría saludar al final de la celebración, como suele ser la costumbre. Al llegar su turno, sintió el impulso de arrodillarse ante el Santo Padre y pedir que rezara por su antiguo compañero de seminario, y describió brevemente la situación al Papa.

Un día después recibió la invitación del Vaticano para cenar con el Papa, en la que solicitaba llevara consigo al mendigo de la parroquia. El sacerdote volvió a la parroquia y le comentó a su amigo el deseo del Papa. Una vez convencido el mendigo, le llevó a su lugar de hospedaje, le ofreció ropa y la oportunidad de asearse.

El Pontífice, después de la cena, indicó al sacerdote que los dejara solos, y pidió al mendigo que escuchara su confesión. El hombre, impresionado, le respondió que ya no era sacerdote, a lo que el Papa contestó: «Una vez sacerdote, sacerdote siempre». «Pero estoy fuera de mis facultades de presbítero», insistió el mendigo. «Yo soy el obispo de Roma, me puedo encargar de eso», dijo el Papa.

El hombre escuchó la confesión del Santo Padre y le pidió a su vez que escuchara su propia confesión. Después de ella lloró amargamente. Acabada la confesión, le había

dicho más o menos estas palabras: “Mira qué grande es el sacerdocio, no lo arruines”. Al final Juan Pablo II le preguntó en qué parroquia había estado mendigando, y le designó asistente del párroco de la misma, y encargado de la atención a los mendigos (*Episodio relatado en el programa de televisión de la Madre Angélica en Estados Unidos, EWTN*).

«En una ocasión me llamó don Estanislao para que acudiese al apartamento pontificio, era hacia el 1984-85. Cuando llegué encontré al Papa en la capilla, de rodillas en el suelo y junto a él un joven en silla de ruedas, el cual se veía que estaba gravemente enfermo. Estuvieron una media hora rezando juntos, y al acabar el Papa se levantó, se quitó una cadena que llevaba en el cuello y se la puso en el cuello del joven. Éste, con dificultad, tocó la mano del Papa y le dijo, “Nos vemos en el paraíso”. Efectivamente, aquel joven falleció tres días después» (*Summarium, II, p. 630, testimonio del fotógrafo del Papa, Arturo Mari*).

«Cuando caminaba por aquellas calles estrechas, bruscamente se volvió y a la puerta de una chabola vio una anciana que estaba sola. La abrazó, la besó en la mejilla, le dio su bendición y, quitándose el anillo de su dedo, se lo regaló a aquella señora. Cuando abandonó la chabola, la mujer no podía contener sus lágrimas» (*Informatio, pp. 352-353, testimonio del Postulador de la Causa, durante un viaje a Brasil*).

Con ocasión de la apertura de una sus casas de atención a los pobres en Roma, preguntó a Teresa de Calcuta: «¿Qué es sacrificio, madre Teresa?». A lo que ella contestó: «Dar hasta que duela».

Cuando el Papa visitó la India, nada más llegar, fue a abrazar los cuerpos esqueléticos y a bendecir los párpados casi cerrados de los enfermos que atienden las monjas de Teresa de Calcuta. Una mujer, tras saludar al Papa, falleció musitando: «Estoy sola, muy sola, vuelva otra vez».

Luego el Papa diría conmovido: «No puedo dar una respuesta completa, no puedo tampoco aliviaros vuestro dolor, pero estoy seguro de esto: Dios os ama con un amor infinito. Sois para Él seres preciosos».

«Allí, entre los hombres, está la casa de Cristo, quien les pide que, en su nombre, sequen toda lágrima y les recuerden a los que se sienten solos, que nadie está solo si pone su esperanza en Él.

Es necesario vivir en la adhesión a la voluntad divina, ofrecer el pan a los hambrientos, visitar a los prisioneros, apoyar y consolidar a los enfermos, defender y acoger a los extranjeros, dedicarse a los pobres y míseros. El deber de acoger y servir la vida incumbe a todos y ha de manifestarse principalmente con la vida que se

encuentra en condiciones de mayor debilidad. Es el mismo Cristo quien nos lo recuerda, pidiendo ser amado y servido en los hermanos probados por cualquier tipo de sufrimiento: hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, encarcelados... Todo lo que se hace a uno de ellos se hace a Cristo mismo (cf. Mt 25, 31-46)» (*Evangelium Vitae*, 43).

«Jesús nos invita a amar a los pobres, porque hay que dedicarle una atención particular, precisamente a causa de su vulnerabilidad. Allí donde la dignidad humana es pisoteada por la pobreza, por el hambre, por la enfermedad, por la falta de condiciones de vida respetuosas y de posibilidades de recibir una educación y encontrar un trabajo, la conciencia del mundo tiene que ser puesta en alarma.

Dios dice al mundo que será juzgado según como afronte estas necesidades, es decir, de acuerdo con la justicia y la misericordia del amor que demuestre».

10 el camino de la Cruz

«La Cruz, los dolores los sufrimientos que lleváis a vuestras espaldas, son un testimonio sólido. El bastón sobre el que os apoyáis será un signo de vuestro pontificado» (Miloslav Vlak, Cardenal de Praga)

«Por amor a Cristo me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo: pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte» (II Corintios 12,10).

El Vaticano II

La historia de Juan Pablo II estuvo marcada por muchos sufrimientos. Su vida fue una lucha, vivida con tenacidad.

Siendo todavía muy niño perdió a su madre, más tarde a su hermano, y finalmente a su padre, con lo cual conoció la soledad de no tener nunca una familia. Después tuvo que afrontar el sufrimiento del acoso y la persecución del nazismo y el comunismo como sacerdote y como prelado de la Iglesia. Ese sufrimiento le proporcionó experiencias que posteriormente le ayudaron a adquirir una profunda comprensión del sufrimiento humano.

«Polonia es mi patria, aunque desde que soy Papa mi patria también es el mundo. En todo caso le debo mucho a Polonia: es un país que ha sufrido mucho y que me ha preparado para comprender a todos los que sufren, tanto por la falta de bienes materiales como por la falta de libertad. La solidaridad con todos los pueblos que sufren es consustancial para mí».

«Procedía de un pueblo que sufre, el polaco, sometido a muchas pruebas a lo largo de su historia. De este pueblo que sufre, después de tantas persecuciones, creció la fuerza de esperar. Le he visto sufrir, pero jamás triste» (Benedicto XVI).

Como fondo de sus experiencias juveniles, Karol había sufrido las devastadoras consecuencias de una guerra.

Ya como Papa, el atentado contra su vida le afectó profundamente en cuanto a su salud física, pues le produjo secuelas de las que nunca se recuperaría, pero también sufrió en lo más profundo de sí mismo, al verse objeto de un acto de violencia que le era imposible entender. Con todo, también se tomaba esta aparente tragedia con humor, como cuando dijo que, debido a que era un cliente habitual del hospital Gemelli, éste era como el “Vaticano II”.

Su secretario personal relata que, cuando abandonaron el hospital Gemelli donde le habían tratado, Karol le dijo que le estaba agradecido a Dios por haberle salvado la vida, pero también porque le había concedido formar parte de la comunidad de los enfermos que sufrían allí, en aquel hospital.

«Ahora sé mejor que antes que el sufrimiento es una dimensión de la vida, de la naturaleza que gracias a ella, la gracia de la redención se injerta en el corazón humano de manera profunda.

Tú sufres, y yo también, pero nuestro sufrimiento tiene un sentido profundo y una dirección. El sentido del sufrimiento es el amor. Cristo enseñó al hombre, mediante su

sufrimiento, a hacer el bien y hacer el bien a quienes sufren.

El dolor es profundamente humano, porque en él la persona se conoce a sí misma: conoce su humanidad, su dignidad y su misión».

«Yo también soy un peregrino. Soy un extranjero que, por voluntad de la Iglesia, ha debido quedarse aquí. He tenido que asumir la sucesión a la sede romana después de tan grandes Papas, obispos de Roma. También yo experimento profundamente mi debilidad humana. Por eso repito las palabras del Apóstol cuando dice *virtus in infirmitate perficitur...* (la fuerza se hace perfecta en la flaqueza) (2Cor 12,9). Por eso pienso, con gran agradecimiento al Espíritu, en esta debilidad que me ha concedido experimentar desde el 13 de Mayo: creo y confío en que podrá servir para reforzar a la Iglesia así como a mi propia persona».

Aparte de los sufrimientos derivados de la gigantesca labor apostólica que realizó, entre los años 1981 y 2002 estuvo ingresado varias veces en el Policlínico Gemelli para ser tratado de varias afecciones: cytomegalovirus, tumor de colon, vesícula biliar, luxación en el hombro derecho, fractura del fémur de la pierna derecha, un proceso febril derivado de un trastorno digestivo, dos trastornos intestinales, apendicitis, aparte de una herida en la cabeza y una artrosis en la rodilla derecha.

Pero lo que más le afectó, para una persona que había sido deportista en su juventud, fue la postración en la que le dejó una rotura de fémur, que le impuso nuevas limitaciones a su actividad.

«He comprendido que debo hacer entrar a la Iglesia de Cristo en este tercer milenio por medio de la oración, y de diferentes iniciativas; pero he visto también que eso no era suficiente: tenía que hacerla entrar con el dolor, con el atentado de hace trece años y con este nuevo sacrificio».

Un pobre enfermo

En los últimos años de su pontificado, Juan Pablo II dio una imagen evidente de pobre enfermo. Su cuadro de enfermedades culminó con un Parkinson que, descubierto hacia 1991, se fue agravando progresivamente. Esta nueva dolencia le provocaba progresivamente temblor en las manos, dificultad para caminar y articular las palabras y rigidez en la expresión del rostro. Sin embargo, decidió seguir adelante con su misión pontifical, con las fuerzas que pudiera.

«Aceptó la creciente impotencia física con total abandono a la voluntad de Dios: las dificultades respiratorias debidas a la enfermedad del Parkinson y la imposibilidad de moverse... Al final no podía ni hablar, pero expresaba su gratitud con los gestos de la mano... La dificultad de tragar y alimentarse y las limpiezas frecuentes de la sonda le ocasionaban muchos sufrimientos, pero él era muy paciente. En los últimos días en el hospital repetía que a San Pedro le habían crucificado cabeza abajo... Aunque sufriese mucho nunca se lamentaba» (*Summarium*, III, p. 184).

A pesar de sus limitaciones físicas, que no trataba de ocultar, no disminuyó el ritmo de trabajo «porque el Señor nos pide a cada uno de nosotros que, a cualquier edad, hagamos rendir los propios talentos».

Él, viajero impenitente, se vio abocado cada vez más a una silla de ruedas, y su voz, aquella voz con las que había proclamado el Evangelio de Cristo en todo el mundo, se fue debilitando hasta el punto de ser casi imposible tragar.

Sin embargo, lo extraordinario y conmovedor es que no ocultaba sus sufrimientos... Por el contrario, lo hacía una parte esencial de su ministerio: sometido como estaba a una constante presión mediática, estos sufrimientos se pusieron bien pronto bajo los focos de la actualidad, de modo que la «Pasión de Karol» se pudo seguir «en directo», sin que él hiciera nada por ocultar su decadencia.

Mons. Slawomir Oder, sacerdote polaco y postulador de la causa de beatificación de Juan Pablo II, que llegó a conocerle bien, afirma que el rasgo más sobresaliente de Karol fue su autenticidad:

«Una de las cosas que más me ha sorprendido de Juan Pablo II es que no me ha sorprendido casi nada. Es decir, Juan Pablo II fue transparente con su vida. No escondía nada: tal y como le veíamos, así era. No existió un “Wojtyla mediático” y un “Wojtyla privado”, sino que fue un sacerdote coherente. Y debo decir que la investigación nos ha llevado a descubrir lo que todos veían: un hombre que sufría, sí, pero que aun así estaba feliz, realizado, contento... santo».

Naturalmente, su enfermedad le obligó a reducir sus actividades, especialmente los

viajes. En esas condiciones (en las cuales cada vez más se veía necesitado de que lo llevaran) hubo voces que se levantaron para criticar por qué era necesaria esa exhibición de sus sufrimientos. Su respuesta a esas críticas fue contundente: «El Señor tampoco bajó de su cruz».

Otro argumento con el que respondía a estas objeciones era que la Iglesia no podía ser guiada a tiempo parcial y, por lo tanto, necesitaba un Papa a tiempo completo. Aunque alguna vez se le pasó por la cabeza la idea de dimitir, decidió continuar al frente mientras el Señor le diera fuerzas.

En una carta dirigida a los ancianos, afirmaba:

«El servicio del Evangelio no es una cuestión de edad. El espíritu humano, incluso participando del envejecimiento del cuerpo, si vive orientado hacia lo Eterno, permanece, en cierto modo, siempre joven. A pesar de las limitaciones que aparecen con la edad, yo conservo el gusto por la vida. Doy gracias a Dios. ¡Qué hermoso es gastarse hasta el final por la causa del Reino de Dios!»

En los últimos meses de su vida, le tuvieron que hacer una traqueotomía de urgencia, pues cada vez le costaba más respirar. Como consecuencia de la operación, no podría hablar durante un tiempo. Nada más salir de la anestesia, escribió: «¡Lo que me han hecho! Pero... ¡Totus tuus!».

El domingo de Pascua quiso impartir la bendición «urbi et orbe», pero le fue imposible, porque no tenía voz. Cuando se retiró, le comentó a su secretario que le era mejor morir, si no podía cumplir con la misión que se le había encomendado.

Con la Cruz a cuestas

El 16 mayo de 1985, el último día de la visita del Papa a Bruselas, un periódico publicó una viñeta significativa: Wojtyla pasa por la calle llevando sobre la espalda una cruz. La cruz es símbolo de la fatiga de ir por el mundo tratando de convertirlo. En las aceras, la gente aplaude, vitorea y grita: «¡Viva el Papa! ¡Viva el Papa!». Juan Pablo II camina mirando hacia adelante y sueña que, en vez de aplaudirle, alguien le dé una mano para ayudarlo a llevar ese peso.

«En su vida la palabra “Cruz” no fue sólo una palabra», afirmaba el entonces cardenal Ratzinger, fiel colaborador de Karol durante muchos años.

«Donde surge la Cruz, se ve la señal de que ha llegado la Buena Noticia de la salvación del hombre mediante el amor. Donde se levanta la cruz, está la señal de que se ha iniciado la evangelización.

La cruz se transforma también en símbolo de esperanza. De instrumento de castigo, se convierte en imagen de vida nueva, de un mundo nuevo.

La cruz, en la que se muere para vivir: para vivir en Dios y con Dios, para vivir en la verdad, en la libertad y en el amor, para vivir eternamente.

El sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo. No es la cruz el signo de padecimiento: es el símbolo de la redención.

En la cruz de Cristo no solo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido».

El sufrimiento que arrastró Juan Pablo II en su día a día como Pontífice es un aspecto no suficientemente conocido, en gran parte porque él mismo lo ha mantenido oculto para que sus malestares no fueron una carga para los demás. Esto pudo hacerlo hasta el momento en el que su vitalidad comenzó a declinar a ojos vistas, fase en la cual transparentaba claramente una decadencia que, si le hacía sufrir, no era en realidad por él mismo, sino porque le impedía dedicar más tiempo y más actividad a su labor como Pontífice.

Su aceptación del sufrimiento radicaba en el deseo personal que siempre había manifestado de querer seguir a Cristo hasta el final, por lo cual aceptaba lo que la voluntad de Dios le tenía reservado.

El cardenal Angelo Comastri, arcipreste de la basílica papal de San Pedro y vicario general de su Santidad para la ciudad del Vaticano, predicó los ejercicios espirituales a Juan Pablo II y a la curia romana en el mes de marzo del 2003.

A su conclusión, Juan Pablo II le recibió en audiencia. Durante el encuentro, se

levantó de la silla con mucho esfuerzo y, cogiendo un cofre rojo, le dijo: «Como señal de gratitud, pensé darle una cruz como la mía».

El cardenal captó enseguida la doble interpretación las palabras del Papa. Refiriéndose a su segundo sentido, dijo a su Santidad de una forma que pretendía ser graciosa: “Santidad, ¡jamás podrá darme una cruz... como la suya!”.

Juan Pablo quedó admirado con aquella respuesta y sonrió. Después, a la vez que se tocaba su cruz pectoral, precisó: “Como ésta, ¡claro está!”».

Alguien dijo, refiriéndose a sus últimos años, que Juan Pablo II parecía un árbol que se doblaba por los muchos frutos que llevaba sobre sí.

«Es claro que el pontificado de Juan Pablo II, su vida sacerdotal, a medida que avanzan los años, se va identificando cada vez más con la cruz. Es la etapa más fecunda de su trayectoria pontificia, la de mayores recursos espirituales y más eficacia evangelizadora, la de más proyección apostólica sobre este mundo moderno o posmoderno, dominado por inmensos sufrimientos, que parece querer esconder bajo la capa del consumismo desenfrenado. Ante este mundo a la deriva Juan Pablo II enarbola, con decisión y esperanza, la cruz de Cristo Salvador» (*Monseñor Cipriano Calderón Polo*).

«Juan Pablo II llevó verdaderamente una gran Cruz y, en el último período de su vida, recorrió con humildad, dignidad y entrega todas las estaciones del viacrucis.

Hoy todos nos preguntamos: ¿aquel largo calvario fue un período estéril de su pontificado? ¿Fue un peso para la Iglesia? ¿Fue una parada en el anhelo misional que llevó al Papa hasta los rincones más remotos de la tierra? ¡No! ¡Absolutamente no! La enfermedad despojó a Juan Pablo de mucha eficiencia, ¡pero le dio mucha eficacia! Personalmente, estoy convencido de que el período más fecundo del pontificado de Juan Pablo II fue precisamente el de su larga enfermedad. Él, en efecto, en dicho período recibió espiritualmente los estigmas de la pasión y, con el ofrecimiento diario de su dolor, abrió espacios misteriosos a la acción redentora de Cristo dentro de la historia.

En el corazón de Juan Pablo II, durante su larga y penosa enfermedad, ardía el fuego del amor de Dios. Y ese fuego de amor inyectó en las venas del cuerpo místico de Cristo mucha fuerza, mucha energía, mucho ardor. En otras palabras, la verdadera encíclica misionera la escribió Juan Pablo II y, más que todo, la vivió, recorriendo la vía del calvario tras las huellas del divino redentor» (*Angelo Comastri, Juan Pablo II en el corazón del mundo, Ed. San Pablo*).

«**Salvifici doloris**»

Aunque ya en su primera encíclica, «Redemptor hominis», había hablado del tema de sufrimiento, de la experiencia de dolor que experimentó después de su atentado surgió la carta apostólica «Salvifici doloris», donde explica el sentido redentor del sufrimiento cuando se vive en unión con Cristo crucificado, pues al participar en los sufrimientos de Cristo, también participamos en la redención que se ha efectuado a través de ellos. Al ofrecer nuestros padecimientos para “completar” la Pasión de Jesús, también estamos ofreciendo nuestros sufrimientos para completar su obra redentora. Este ofrecimiento convierte nuestra cruz, por tanto, en un sufrimiento vicario.

«En cuanto el hombre se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo –en cualquier lugar del mundo y en cualquier tiempo de la historia–, completa a su manera aquel sufrimiento, mediante el cual Cristo ha obrado la redención del mundo.

El sufrimiento de Cristo ha creado el bien de la redención del mundo. Este bien es en sí mismo inagotable e infinito. Ningún hombre puede añadirle nada. Pero, a la vez, en el misterio de la Iglesia como cuerpo suyo, Cristo en cierto sentido ha abierto el propio sufrimiento redentor a todo sufrimiento del hombre. En cuanto el hombre se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo, completa a su manera aquel sufrimiento mediante el cual Cristo ha obrado la redención del mundo... Esto significa que la redención permanece constantemente abierta a todo amor que se expresa en el sufrimiento humano.

Todo hombre tiene su participación en la redención. Cada uno está llamado también a participar en ese sufrimiento mediante el cual se ha llevado a cabo la redención, y por el que todo sufrimiento humano ha sido también redimido. Llevando a efecto la redención mediante el sufrimiento, Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo (...) Sentíos cercanos a Dios en vuestras cruces y sabed ofrecerlas con Cristo a Dios Padre, a fin de que la auténtica aportación de vuestro sacrificio genere preciosos momentos de gracia para la humanidad y para la Iglesia. En la meditación de la pasión de Cristo encontraréis la fuerza para transformar el momentáneo peso del dolor en una ofrenda santificante» (*Salvifici doloris*, 19).

«Durante su existencia terrena, Cristo se acercó con particular amor a las personas que sufrían: curaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, alimentaba a los hambrientos, sanaba a los sordos, a los ciegos, a los leprosos, liberaba a los poseídos del demonio y resucitaba a los muertos.

En el culmen de su misión fue al encuentro de la Pasión y la muerte con la conciencia de que, precisamente por medio de la cruz, debía llegar a las raíces del mal y realizar la obra de la salvación. Cristo, impulsado por el Amor, sufrió voluntariamente, siendo inocente y, así, demostró la verdad del Amor mediante la verdad del sufrimiento, un sufrimiento que Él, hombre-Dios, experimentó con una intensidad inconmensurable. Pero, precisamente a través de ese sacrificio, unió de una vez para siempre el sufrimiento al Amor y, por ese motivo, lo redimió» (*Ángelus, 8 de Febrero de 1998*).

Consideraba la cruz como el símbolo por excelencia de la fe cristiana, como su paradigma y quintaesencia, pues con ella se había operado la redención del hombre. En un mundo que huye del dolor, que busca compulsivamente el placer egoísta, sometido al nihilismo de ideologías relativistas, obsesivamente volcado en el consumismo hedonista, la cruz es, hoy más que nunca, un motivo de escándalo para los no creyentes, pero es preciso enarbolarla como el estandarte de un nuevo mundo, también en el interior de la misma Iglesia.

«Muchas cosas nos pueden arrebatarse a nosotros los cristianos. Pero la Cruz, como signo de salvación, no nos la dejaremos arrebatarse: ¡no permitiremos que ella quede excluida de la vida pública!».

«Porque la palabra de la cruz es locura para los que se pierden, pero para nosotros, los que se salvan, es poder de Dios... Nosotros predicamos a Cristo crucificado, el poder de Dios y la sabiduría de Dios. Porque la necedad de Dios es más sabia que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que lo fuerte de los hombres» (1Co 1:18).

«Juan Pablo II me dijo en una ocasión: “Es necesario introducir a la Iglesia a través del sufrimiento de Dios”.

En este sublime entrelazarse de la sabiduría del corazón y de la cruz, podemos encontrar el origen auténtico del anhelo que inspiraba a Juan Pablo II. A través del sufrimiento vivido en su misma carne, ha revalorizado la sabiduría de la cruz. Hoy por hoy es imposible pensar en él sin encontrarse frente a su rostro, en el que se encuentran inscritas, de manera indeleble, las huellas del sufrimiento, un dolor que ofrece a la Iglesia por el tercer milenio. Precisamente esta es la sabiduría que hacía falta en un mundo en el que el dolor es vivido como una vergüenza» (Benedicto XVI).

Para él, que había proclamado el Evangelio de la vida en sus escritos y discursos, el sufrimiento no tenía capacidad suficiente para oscurecer la alegría y la dicha que constituyen la esencia de la vida humana. Estas ideas las puso en práctica y las encarnó en su vida en el transcurso de sus pruebas, de sus largas y penosas enfermedades, y de los sinsabores dificultades de su ministerio papal.

«Sí, esta vida mortal, a pesar de sus tribulaciones, de sus oscuros misterios, sus sufrimientos, su fatal caducidad, es un hecho bellísimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con júbilo y gloria. Más aún, el hombre y su vida no se nos presentan sólo como uno de los prodigios más grandes de la creación: Dios ha dado al hombre una dignidad casi divina» (cf. *Sal* 8, 6-7) (*Evangelium Vitae*, 83-84).

«Los enfermos, los ancianos, los discapacitados, y los que esperan la muerte nos enseñan que la debilidad y el sufrimiento son una parte creativa de la vida humana y que pueden ser aceptados sin pérdida de la dignidad. Sin la presencia de estas personas en medio de vosotros podría estar tentado a pensar en la salud, la fuerza y el poder como los únicos valores importantes a seguir en la vida. Pero la sabiduría de Cristo y el poder de Cristo se ven en la debilidad de aquellos que comparten sus sufrimientos.

Vamos a mantener a los enfermos y discapacitados en el centro de nuestras vidas. Vamos a atesorar y reconocer con gratitud la deuda que les debemos. Comenzamos por imaginar lo que les estamos dando a ellos, pero por fin debemos darnos cuenta de lo que ellos nos han enriquecido.

Que Dios los bendiga y consuele a todos los que sufren. Y que Jesucristo, el Salvador del mundo y sanador de los enfermos, haga resplandecer su luz a través de la debilidad humana como un faro para nosotros y para toda la humanidad. Amén» (*L'Osservatore Romano*, 05/31/82, 3).

11 ¡santo subito!

«La santidad de Juan Pablo II no se basa en haber sido Papa ni en haber sido popular y querido por todos –o casi todos–, sino por haber vivido con heroicidad las virtudes cristianas día a día». (Alberto Royo Mejía)

«El querido Juan Pablo II, desde la casa del Padre –estamos seguros– no deja de acompañar el camino de la Iglesia». (Benedicto XVI)

El viaje más bello

«En la luz de Cristo resucitado de los muertos, el 2 de abril del año del Señor 2005, a las 21,37 horas, mientras concluía el sábado, y ya habíamos entrado en el día del Señor, Octava de Pascua y Domingo de las Divina Misericordia, el querido pastor de la Iglesia, Juan Pablo II, pasó de este mundo al Padre. Toda la Iglesia acompañó en oración su tránsito, especialmente los jóvenes.

Juan Pablo II fue el papa número 264. Su memoria se queda en el corazón de la Iglesia y de toda la humanidad» (*texto del «Rogito», acta en pergamino sobre la vida del papa introducido en su ataúd*).

Además de la significativa coincidencia de que su fallecimiento se produjo el sábado siguiente a la Semana Santa del año 2005, el sufrimiento de sus últimos años dio a su muerte un contenido «pascual», en palabras de Benedicto XVI:

«El doloroso acontecimiento de su muerte, después de un período de grandes pruebas y sufrimientos, se ha revelado en realidad con características pascuales, como él había deseado en su testamento. La luz y la fuerza de Cristo resucitado se han irradiado en la iglesia desde esa especie de última misa que celebró en su agonía y culminó en el amén de una vida enteramente entregada, por medio del corazón inmaculado de María, a la salvación del mundo».

«Ahora ha iniciado su viaje más bello y largo. Desde allá arriba conseguirá mucho más, seguirá estando entre nosotros», eran las palabras de una joven romana emocionada, en la plaza de San Pedro, el día que falleció Juan Pablo II.

Desde el mismo momento en que se conoció el fallecimiento del Papa, cientos de miles de personas se dirigieron espontáneamente a la plaza de San Pedro de Roma, sin ningún tipo de organización previa, para darle su adiós personal.

Hasta el 8 de abril, día en que se celebraron las exequias del difunto pontífice, más de tres millones de peregrinos rindieron homenaje a Juan Pablo II, haciendo incluso 24 horas de cola para poder acceder a la basílica de San Pedro.

Unos 250.000 pudieron participar en las exequias del viernes en la plaza de San Pedro del Vaticano y en la Vía de la Conciliación.

En torno a 1.400.000 fieles rindieron homenaje a los restos mortales de Juan Pablo II en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Un grito unánime salía insistentemente de la multitud: «¡Santo subito!». El 1 de mayo de 2010 fue beatificado.

Juan Pablo II: el Paraíso

El milagro que permitió la beatificación de Juan Pablo II fue la sanación de una religiosa de la Orden de las Hermanitas de la Maternidad, sor Marie Simón Pierre, que sufría la enfermedad de Parkinson desde el año 2001.

Tras el fallecimiento de Juan Pablo II todas las comunidades de la congregación estaban rezando a Juan Pablo II por su curación, realizando una novena sin interrupción.

Sor Marie Simón Pierre afirma que sanó durante la noche del 2 al 3 de mayo de 2005.

«Durante la noche, me levanté de un salto y bajé al oratorio de la Casa de la Comunidad para rezar al Santísimo Sacramento, porque me invadió una paz inmensa, una sensación de bienestar». Después, rezó los misterios luminosos del Rosario, y más tarde se integró a las oraciones habituales de la comunidad.

Durante el recorrido hasta la capilla experimentó que su brazo izquierdo, normalmente paralizado, volvió a recuperar su movilidad, a la vez que experimentaba una agilidad corporal que no sentía desde hacía mucho.

Se convenció de que definitivamente estaba curada el 3 de junio, cuando empezó de nuevo a escribir. Cuando el día 7 junio pasó consulta con el neurólogo, éste constató con sorpresa la desaparición de todos los síntomas, a pesar de que hacía ya días que no tomaba medicación alguna».

Actualmente está en marcha el proceso para su canonización, dirigido por Slawomir Oder, sacerdote polaco. Las pruebas de supuestos milagros realizados por intercesión del beato llegan a su despacho en un número cada vez mayor. «Puedo decir que hasta el momento he recibido numerosos testimonios muy significativos (de supuestos milagros) y estoy a la espera de tener toda la documentación para hacer un estudio serio y ver la oportunidad de promover el nuevo proceso de canonización».

Ante esta avalancha de testimonios, afirma que «la proclamación de Wojtyla como santo está en manos de Dios, pero las gracias obtenidas por intercesión del primer papa polaco de la historia desde que fue beatificado son muchísimas»

«Durante los primeros meses del proceso recibimos muchas cartas de protesta. Decían: “Es inútil, están ustedes perdiendo el tiempo: ¡es santo, lo saben todos!”. Pero el proceso ha valido la pena, porque no lo hemos hecho por nosotros, sino pensando en las generaciones futuras. Nosotros tenemos bien impresa en el corazón la certeza de su vida santa, pero cuando pasen los años muchos nos preguntarán: “¿Cómo fue ese Papa? ¿qué os llevó a creer en su santidad? ¿Por qué tuvisteis

tanto entusiasmo?”. Además, él mismo dijo: *“Yo no puedo ser entendido si no es desde dentro”*. Ahora podemos decir que lo conocemos mejor.

Hemos recibido muchas cartas de todas partes del mundo. En algunas pone solamente: *“A Juan Pablo II, Roma”*. Aunque la mejor ha sido la de un niño que escribió: *“Juan Pablo II, El Paraíso”*. Evidentemente, llegó a mi mesa. También hemos recibido muchas de no cristianos, que percibían la santidad del Papa.

Los milagros de un santo

Una página abierta en el 2006 por la Santa Sede con ocasión de la beatificación del papa polaco (www.karol-wojtyla.org) recoge testimonios de sanaciones realizadas por Juan Pablo II. La mayoría de ellos se refieren a curaciones instantáneas de cáncer o enfermedades incurables. Algunos aseguraron que Juan Pablo II se les apareció en sueños, en el curso de una cirugía o durante un accidente en el que podían perder la vida, y testimonian que gracias a él se salvaron o pudieron soportar los sufrimientos. Otros sostienen que el Papa polaco los ayudó a superar penas de amor, la pérdida del trabajo o momentos de desesperación.

Para las curaciones milagrosas que realizó en vida, en ocasiones no hizo falta contacto directo: varias personas dicen haber sido curadas de formas inexplicables después de haber visto al Papa por televisión.

Bernhard y Mary Mulligan habían tenido una niña con severos problemas renales. El médico que la atendía les había dado la peor noticia: la pequeña de pocos meses corría serio riesgo de muerte. La fe de este matrimonio llevó a que esperaran al Santo Padre entre la multitud durante una visita que hizo a Irlanda y, a su paso, elevaron a la niña para que Wojtyla la viera. Su Santidad la acarició y los padres aseguran que sanó y hoy vive una vida normal.

Un día de 1980 Juan Pablo II saludaba a los niños, como era su costumbre. Stefanía Mosca tenía 10 años y sufría de una especie de autismo por el cual no hablaba y solía negarse a recibir alimentos. El Papa le dio un beso a la pequeña, que rápidamente transformó su vida, recuperó la alegría, contactó con su alrededor y vivió normalmente.

La mexicana Sara Guadalupe Fuentes García sanó de manera inexplicable de un cáncer maligno de garganta. La mujer rezaba permanentemente a Juan Pablo II, y la curación se produjo cuando unas reliquias del papa polaco recorrían México.

Una mujer ciega de nacimiento testificó que besó la mano del Papa durante una audiencia en el Vaticano y de pronto pudo ver.

Otra mujer, paralizada de nacimiento, pudo levantarse de la silla de ruedas y caminar, según cuenta en un informe publicado en el diario *La Repubblica*, que se refiere a un dossier guardado bajo llave en el Vaticano.

Un cardenal, el italiano Francesco Marchisano, fue operado de la arteria carótida, y por un error de los médicos se dañó la cuerda vocal derecha y no podía hacerse entender. El Papa tocó el lugar en el cuello donde fue operado y dijo que había

llamado al Señor por él. Después de un tiempo pudo hablar de forma totalmente normal.

Herón era un niño de cinco años que había pasado gran parte de su vida en hospitales a causa de una leucemia y los estragos de las radiaciones. Estaba en casa esperando la muerte, desahuciado por la ciencia.

Llevaba dos semanas casi sin comer. Cuando se enteraron de la visita del Papa a Zacatecas el 12 de mayo de 1990, el propio niño pidió que lo llevaran a verlo. Cuando llegó Juan Pablo II toda la gente se le acercó y perdieron la esperanza de verlo; de pronto, el “mar de gente” se abrió, el Papa se acercó a él y le tocó la cabeza y el rostro y le dio la bendición. En ese momento se sintió mejor y pudo comer sin vomitar.

A partir de ese momento Herón se sintió mejor, alivio que fue en aumento. Cuando fueron a ver al médico recibieron la noticia de que el cáncer había desaparecido. La curación milagrosa de la leucemia de Herón aún no ha podido ser explicada por la ciencia médica.

El cardenal de Cracovia, Stanislaw Dziwisz, secretario personal de Juan Pablo II durante más de 39 años, reveló una curación sucedida en 2009, unos días antes de la celebración del cuarto aniversario de su muerte. Un niño polaco de nueve años, enfermo de tumor en el riñón, fue llevado en silla de ruedas a la tumba de Juan Pablo II, porque no podía caminar.

«Allí –agregó en declaraciones a la televisión italiana– rezó ante la tumba, y apenas salió de la Basílica de San Pedro dijo a los sorprendidos padres: “Quiero caminar”. Entonces se incorporó y se puso a caminar».

En Cleveland, lo acontecido no fue menos extraordinario. Jory Aebly, de 26 años, sufrió una herida letal en la cabeza. Todos los médicos que le atendieron emitieron pronósticos negativos. Pero un día llegó a sus manos un rosario bendecido tiempo atrás por Juan Pablo II, y comenzó a sanar inexplicablemente.

«Miré la imagen de Juan Pablo II y, simplemente, me puse de pie». La frase no tendría mayor misterio si no fuera porque el que la pronunció, Joe Amaral, era paralítico desde hacía 30 años. Feligrés asiduo de la parroquia de San Antonio de Padua, en New Bedford, arrastraba una parálisis desde su juventud. «Recuerdo verle con frecuencia con sus muletas, tratando de subir las escaleras de granito de la iglesia. Me conmovía al ver la gran fe que poseía», explicaba su párroco, el padre Roger Landry.

Un sábado del año 2008, Amaral fue a confesarse con el sacerdote. «Algo ocurrió», rememora el feligrés. «El domingo por la mañana me desperté y me sentía diferente»,

explica. Físicamente se encontraba igual, «pero estaba lleno de una gran paz. Sentí que, en ese momento, necesitaba rezarle a Juan Pablo II», añade. Cuando terminó, encendió la televisión y apareció un documental sobre el anterior pontífice. Nada más verle, sus 30 años de parálisis quedaron para el recuerdo. Fue inmediatamente a visitar a su médico. «Me puse frente a él y le entregué mis muletas. Durante cinco minutos permaneció mudo», afirma. El médico, que conocía perfectamente su historial, musitó: «No hay ninguna razón médica para explicarlo».

Virtudes heroicas

Pero los verdaderos milagros de los hombres de Dios, de aquellos a quienes la Iglesia y el fervor popular consideran santos, no son esos prodigios asombrosos que realizan, esos hechos maravillosos que protagonizan, esos sucesos paranormales que impresionan el ánimo, sino sus virtudes heroicas, esas conductas que violentan nuestra íntima naturaleza, que suele tender siempre al placer egoísta; lo que verdaderamente impacta de los santos es su renuncia total a sí mismos, su entrega incondicional a Cristo, que les lleva a asumir en su vida cotidiana un compromiso radical con el Evangelio, concretado en multitud de actos heroicos, cuyo objetivo es imitar al divino modelo.

Ésta es la verdadera piedra de toque de la santidad. Si Juan Pablo II con toda seguridad será canonizado en breve, es porque vivió una vida virtuosa, más que por la inmensa actividad que desplegó para reconducir el mundo hacia Cristo.

«Veía todo en modo positivo, no era pesimista, creía que Dios lo gobierna todo, confiaba en la acción del Espíritu Santo en el mundo y abandonaba todo en las manos de la Madre Santísima. Esta era su fuerza, nunca se abatía ni se dejaba condicionar por las contrariedades; ante las noticias adversas que le llegaban reaccionaba con la oración, poniendo todo en las manos de Cristo» (*Summarium*, II, p. 808).

«Ejercitó la virtud de la esperanza en grado heroico durante toda su vida. Se le notaba especialmente en los momentos difíciles y durante los acontecimientos trágicos, sea en su historia personal, sea en la historia de Polonia, y después en el mundo entero. Nunca perdía la serenidad y la tranquilidad. Tenía una enorme confianza en la intervención de la Divina Misericordia en la historia del mundo y de la Iglesia, y sabía transmitirla tanto a cada persona como a la multitud de los fieles» (*Summarium*, II, p. 847, *testimonio de Luzmila Gryegel, una amiga suya de Polonia y que continuó la amistad en Roma*).

«Tuve una impresión profunda cuando, visitando Cracovia, donde recibí un doctorado Honoris Causa, pude ver la capilla del palacio arzobispal. En ella había una mesa pequeña, y me dijeron que el entonces Cardenal Wojtyla no sólo pasaba horas en la capilla, sino que los textos más importantes de su trabajo pastoral los escribía en esta mesa, que estaba junto al altar» (*Summarium*, II, p. 180, *anécdota narrada por Giulio Andreotti, que fuera presidente de Italia*).

«Cuando era su huésped en Castel Gandolfo, cada tarde salíamos al jardín a rezar juntos el rosario. Al acabarlo, el siervo de Dios me pedía que me alejase y se acercaba a la estatua de la Virgen de Lourdes. Yo me alejaba, pero desde lo lejos veía cómo se quedaba rezando, al menos media hora, y parecía que se transformaba a

los pies de la Virgen» (*Summarium, II, p. 378, relatada por el cardenal Carlo Caffarra*).

«Vivía en oración, desde la mañana pronto hasta la noche, se puede decir. Por la tarde, acabado el trabajo, iba a la capilla. Iba a visitarle antes de las audiencias y cuando volvía de ellas. Si se despertaba por la noche, iba a la capilla. Durante la jornada entraba con frecuencia en la capilla, por no hablar de la hora de adoración eucarística diaria, que nunca dejó. Deseaba transmitir a los demás su amor al Santísimo Sacramento» (*Summarium, II, p. 165, testimonio de sor Eufroznya una de las religiosas que siempre estuvieron con él, en Polonia y en Roma*).

«Nunca lo oí hablar mal o con desprecio de nadie. Cuando le pedían por carta oraciones, celebraba la Misa por esa intención. Cuando se le hablaba de algún conocido que hacía años que no veía, era sorprendente oírle decir: “Yo rezo por él todos los días”. Una vez le pregunté cómo hacía para recordar a tantas personas, pero guardó silencio, no me respondió» (*Summarium, II, p. 168, testimonio de sor Eufroznya*).

«Cuando fue hospitalizado en febrero del 2005, se dio cuenta que yo tenía problemas y me invitó a hablarle. Fue a través suyo que se produjo en mí una conversión a Dios, a la fe y a la práctica religiosa. Yo antes de conocerlo no me sentía especialmente atraída por Juan Pablo II, porque me había alejado de la práctica religiosa. Pero cuando entré en la habitación donde él estaba, tuve la sensación de vivir una dimensión distinta. Atendiéndole cada día me di cuenta que era una persona extraordinaria y cuando me llamó por mi nombre y me preguntó qué me pasaba porque se daba cuenta de mis problemas, eso me animó a abrirme a él y fue la puerta para mi regreso a la práctica religiosa» (*Summarium, II, p. 525, testimonio de una enfermera que le cuidó en las dos últimas veces que estuvo hospitalizado, en febrero y marzo del 2005*).

Caridad, celo por la salvación de las almas y una profunda humildad se conjugan en la siguiente anécdota que narra Arturo Mari acerca de los últimos momentos del presidente Sandro Pertini, agnóstico, que gracias a su amistad con Juan Pablo II se había acercado a la fe:

«Cuando Pertini estaba agonizante, quiso ver a su amigo Juan Pablo II. El Papa, interrumpiendo sus audiencias, fue al policlínico Humberto I, donde estaba hospitalizado, pero en la puerta de la habitación estaba la mujer del presidente, que no le dejó entrar en la habitación. El Papa comprobó con sus colaboradores que era Pertini el que le había llamado, pero no hubo manera de convencerla. El Papa pidió

humildemente a la señora poder por lo menos sentarse en una silla a la puerta de la habitación, lo cual ella aceptó con desprecio. El Papa estuvo rezando el rosario por unos veinte minutos y, al acabar, hizo la señal de la cruz sobre la puerta del enfermo y dijo: “Ahora está en paz”. Se fue con sus colaboradores, sin haber podido saludar a Pertini» (*Summarium, II, 629*).

En esta anécdota conmovedora también brilla de un modo especial su profunda humildad:

En una ocasión el cardenal Wojtyla, haciendo la visita pastoral a su archidiócesis, llegó a una parroquia cuando el párroco estaba explicando el catecismo a un grupo de niños. Después de saludar a Cristo en el Sagrario, se dirigió a los niños y les preguntó: “¿Sabéis por qué he venido?”.

Y un chavalín de siete años contestó con toda espontaneidad: “Sí, yo lo sé. Para aprender algo”.

Entonces el cardenal Wojtyla dijo: “Tienes razón”.

Y se sentó al lado del niño, indicando al sorprendido párroco que continuara con la explicación del catecismo.

«Nunca destinó dinero para su uso propio, era un hombre totalmente pobre, no aceptaba ni siquiera la paga que destinaba a la diócesis. Solamente usaba de lo que le daban por los artículos y los libros y eso lo destinaba para obras de caridad» (*Summarium, II, p. 803, testimonio de su secretario personal, el hoy cardenal Dziwiesz*).

«Las personas quedaban edificadas en modo particular por su pobreza. Una pobreza extrema en el vestir y en las cosas. Después de la elección como Papa nos pidieron que llevásemos al Vaticano sus cosas, pero no había nada que llevar, porque no tenía nada» (*Summarium, III, p. 13, testimonio de Monseñor Smolenski*).

«Era pobre en espíritu y en realidad. No tenía ninguna propiedad. Consideraba lo que usaba como prestado. No le interesaba el dinero, ni lo conocía bien. Estaba dispuesto a donarlo todo si alguien se lo pedía, no estaba apegado a nada. Se lamentaba porque, como Papa, tenía muchas sotanas, decía que dos eran suficientes, que el Señor había dicho que dos túnicas eran suficientes» (*Summarium, III, p. 193, testimonio de Sor Tobianna, una de las religiosas que le cuidaban*).

«Juan Pablo II era un hombre de gran ascetismo, dispuesto siempre a la renuncia personal. En cierta ocasión, tras un viaje agotador, lo sorprendí en el avión desplegando sus libros y emborronando unas cuartillas. Su escritura fluía limpia, sin

tachaduras. Me acerque a él y le pregunté: «Pero... Santidad, ¿no está cansado?». Él me miró muy reposadamente, con una cierta perplejidad, y me dijo: «No lo sé». ¡No sabía si estaba cansado! Me pareció que en esas palabras se condensaba un gran esfuerzo de donación. La capacidad del Papa para sobreponerse, no ya sólo al dolor físico, sino a las preocupaciones de cada día, manteniendo el sentido del humor, implica un olvido voluntario, deliberado, de uno mismo» (*Joaquín Navarro-Valls, portavoz del Vaticano durante 22 años*).

Un sacerdote escribía una carta a la revista *Palabra* al término del viaje de Juan Pablo II a España, en 1982. Entre las lecciones que aseguraba haber recibido esos días del Romano Pontífice estaba ésta: «En segundo lugar me enseñó a trabajar cansado. Todos le hemos visto cumplir con regularidad teutónica el plan establecido. En Valencia le pude contemplar más de cerca y le vi agotado. Después de la reunión con los sacerdotes en Moncada, a pesar de que sólo había almorzado tres o cuatro mandarinas, nos recibió y no dejaba de saludar, de mostrarnos su afecto, realmente se volcó, pues aún le quedaba la visita a los damnificados de Alcira y la reunión con los religiosos en Madrid. Sólo con un amor a Dios asombroso se puede aguantar lo que hizo durante los diez días que le tuvimos entre nosotros» (*Julio Eugui, Mil anécdotas de virtudes, p. 589*).

Y también poseía, como la mayoría de los santos, un fino sentido del humor. Son muchas las anécdotas de Juan Pablo II que revelan esta cualidad de su carácter. Como ejemplo, baste la siguiente:

Esta anécdota ocurrió durante el segundo cónclave celebrado en el año 1978, en el mes de octubre. En el recuento de votos de una de las votaciones empieza a sonar con insistencia el nombre del cardenal Wojtyla, pero no alcanza la mayoría requerida. Había que esperar a una nueva votación para que se produjera la mayoría de los dos tercios. Mientras tanto, el cardenal Wojtyla fue a la capilla a recogerse en oración. Entró poco después en la misma capilla el cardenal Casariego, arzobispo de Guatemala. Al ver al otro rezando, se le acerca. No le reconoce y le dijo que encomendara a *bottiglia*, (botella, en italiano), pues aún no sabía bien como se pronunciaba el apellido polaco Wojtyla.

Como se preveía, en la siguiente votación salió elegido papa el cardenal Wojtyla. Inmediatamente recibió el homenaje de los cardenales. Uno a uno iban acercándose al nuevo papa. Cuando le llegó el turno al cardenal Casariego, el pontífice le dijo: «*Te regalo una caja de botellas para que no me llames más “bottiglia” (botella)*».

Testimonios

«Creo que en estos casi 27 años de pontificado el Papa ha sido apóstol de la misericordia de dos maneras. Ante todo con su enseñanza, en particular con su encíclica *Dives in misericordia*. Pero también con sus gestos. Hay algunos que han quedado en la memoria, en la conciencia de la Iglesia, más allá de sus palabras.

Pienso en el perdón ofrecido a quien atentó contra su vida y la visita que le hizo en la cárcel. Pienso en la cercanía que en varias ocasiones manifestó a todos los que de manera particular tenían necesidad de la Divina Misericordia: el encuentro del Papa con los enfermos de sida o, en general, con las personas ancianas abandonadas. Pienso en el Papa que el Viernes Santo, en la Basílica de San Pedro del Vaticano, acogía en años pasados a los peregrinos para dispensar el sacramento de la Reconciliación, medio altísimo de la misericordia de Dios.

Me parece que el Papa Juan Pablo II unió las palabras y los gestos de la misericordia. Una misericordia que se manifestaba también a través de una caricia, de la escucha, a través de su mirada intensa hacia las personas que sufren.

Pienso en otro ejemplo de misericordia, el de la petición de perdón durante el Gran Jubileo del año 2000. Con su persona y enseñanza, el Papa ha recordado al mundo y a la Iglesia esta dimensión fundamental de la vida cristiana» (*Renato Boccardo, recientemente nombrado secretario general del Estado de la Ciudad del Vaticano, ZENIT.org*).

«En Juan Pablo II es muy fácil descubrir al sacerdote, al “otro Cristo”, identificado con Él a partir de su llamada. No otra cosa ha hecho a lo largo de su vida Karol Wojtyła: ser Cristo vivo, que no cesa de anunciar el Evangelio a todas las gentes, gastando y desgastando hasta la última gota de su vida. La grandeza del Papa no se define por las posibilidades de poder e influencia humanos, ni por los honores que acostumbra a tributar el mundo; se define ante todo por su ser sacerdotal» (*cardenal Antonio María Rouco, Arzobispo de Madrid y primado de España*).

«El Papa Juan Pablo II ha despertado la conciencia del mundo. Abogado de los pobres, de los oprimidos y de los desheredados, lucha con toda su autoridad moral contra la indiferencia y el despotismo, y en favor del respeto a la dignidad humana. Siempre seguro de sus certezas, proclama y practica la tolerancia que tiene su fuente y su raíz en la auténtica libertad del hombre, y no la tolerancia que parte de la base de que todo es relativo» (*Helmut Kohl, ex-primer ministro de la República Federal de Alemania*).

«Fue fundamentalmente un hombre de Dios, un hombre de fe que vivió su relación con

Cristo de una manera muy profunda y auténtica. Cristo fue todo para él. Justamente porque fue toda su vida siguiendo el ejemplo de San Pablo, no podía caminar sin testimoniar esa plenitud que él encontró en Cristo.

Fue un hombre de fe, un predicador y un misionero, alguien que llevó el entusiasmo evangélico a todo el mundo a través de sus numerosos viajes apostólicos; un gran protagonista del siglo XX que cambió el curso de la historia, un corredor de fe que vivió con radicalidad el mensaje evangélico también en las pruebas de sufrimiento y de enfermedad.

Cambió la vida de muchas personas dando el testimonio de una vida en profundidad, en la plenitud, y también en los momentos en los cuales la mentalidad del mundo condena a una persona a marginarse, sin tener en cuenta el valor de lo que es la enfermedad, el sufrimiento y la vejez» (*Slawomir Oder, postulador de la Causa de canonización*).

«Karol no se resignó al ocaso de la Iglesia y del mundo religioso, pronosticado como inevitable por un sector consistente del pensamiento del siglo XX. Por el contrario, intuyó contracorriente cómo las religiones de en todo el mundo tendrían un renacimiento, aunque fuese complejo (...) La fe ha sido el corazón de un pontificado centrado esencialmente en la comunicación el Evangelio a todas las latitudes. Juan Pablo II estaba convencido de que el cristianismo era una fuerza de liberación del hombre y de los pueblos: centrado en la dimensión espiritual, el cristianismo podía de algún modo llegar a transformar la historia de las naciones» (*Andrea Riccardi, Juan Pablo II, la biografía*, p. 6).

«Juan Pablo II ha sido, probablemente sin quererlo, un Papa carismático, para los católicos en particular y para muchos cristianos en general; un Papa profundamente popular, muy por encima de la popularidad que emanaba de su papel como cabeza jerárquica de la Iglesia católica; antecesores suyos, como Juan XXIII, lo fueron también pero desde una perspectiva mucho más eurocéntrica y también en un tiempo donde el catolicismo tenía un peso mayor a la hora de influir en las grandes decisiones nacionales o mundiales. Gran parte de la popularidad de Juan Pablo II, y por tanto de su capacidad de influencia directa sobre las gentes, se deriva de esa presencia permanente a nivel mundial; sin obviar aquellos lugares donde los cristianos son una minoría o sufren una solapada persecución» (*Revista Arbil, Los viajes en silencio de Juan Pablo II*).

«El mundo, como sostenía Jacques Maritain, es un campo común para tres: Dios, Satanás, el hombre. Pues bien, el Papa Wojtyla es un hombre que quiere entrar a Dios en este mundo, que parece haberlo desterrado; quiere desalojar a Satanás, o sea al

mal, que se mete continuamente en nuestros ambientes; quiere que el hombre se enmiende, pero también hacerlo respetar por todos. En fin, Wojtyla es un hombre que quiere limpiar el mundo. Me lo dijo el mismo un día que volábamos por el cielo de Brasil: “Yo soy como el barrendero: trato de limpiar el camino por el cual debe pasar la acción de Dios”» (*Domenico del Río, Florecillas de Juan Pablo II, ed. San Pablo, p. 6*).

«Nosotros, que estuvimos cerca de él, pudimos aprovecharnos, y por este motivo damos gracias a Dios, pero también pudieron beneficiarse cuantos le conocieron desde lejos, pues el amor del Papa Wojtyla por Cristo se desbordó, por así decirlo, en toda región del mundo a causa de su fuerza e intensidad. El intenso y fecundo ministerio pastoral, y aún más el calvario de la agonía y de la muerte serena de nuestro querido Papa, dieron a conocer a los hombres de nuestro tiempo que Jesucristo era verdaderamente su “todo”.

La fecundidad de este testimonio, lo sabemos, depende de la Cruz, que en la vida de Karol Wojtyla no fue sólo un palabra: especialmente con el avance lento pero implacable de la enfermedad, que poco a poco le desnudó de todo, su existencia se hizo una oferta total a Cristo, anuncio viviente de su pasión, con la esperanza llena de fe en la resurrección.

El perfume de la fe, de la esperanza y de la caridad del Papa llenó su casa, llenó la Plaza de San Pedro, llenó la Iglesia y se propagó a todo el mundo» (Benedicto XVI).

la civilización del amor

«Queridos hermanos y hermanas, os invito a todos a convertirlos en heraldos de este anuncio lleno de gozo, sobre todo permaneciendo junto a los jóvenes. Llevadles a Cristo, dadles el Evangelio en toda su lozanía de buena noticia, siempre nueva y siempre joven. Los dos mil años que han transcurrido desde la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María son un destello en el oscuro cielo del tiempo.

Os exhorto a trabajar, con la audacia del pensamiento y de la inteligencia, por difundir, en el umbral del nuevo milenio, la civilización del amor, que florecerá en un terreno regado por la fe: una tierra que hay que hacer fructificar sabiamente, hombres a los que es preciso amar sin exclusión, y Dios a quien se ha de adorar con corazón sincero. Al hombre que busca el Absoluto, y a su inteligencia que busca el Infinito, este nuevo humanismo para el próximo milenio le dará la respuesta a sus aspiraciones más profundas. El secularismo las ha ocultado, pero permanecen, y Cristo las colma plenamente. Éste es el futuro de la fe. Éste es el futuro del hombre» (*Discurso de S.S. Juan Pablo II a los participantes en un congreso internacional celebrado en la Universidad Urbaniana, 2 de diciembre de 1995*).

oraciones para implorar favores por intercesión del Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II

Oh, Dios Padre Misericordioso, que por mediación de Jesucristo, nuestro Redentor, y de su Madre, la Bienaventurada Virgen María, y la acción del Espíritu Santo, concediste a tu Siervo Juan Pablo II, la gracia de ser Pastor ejemplar en el servicio de la Iglesia peregrina, de los hijos e hijas de la Iglesia y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad: haz que yo sepa también responder con fidelidad a las exigencias de la vocación cristiana, convirtiendo todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte y de servir al Reino de Jesucristo. Te ruego que te dignes glorificar a tu Siervo Juan Pablo II, y que me concedas por su intercesión el favor que te pido... (*pídase*). A Ti, Padre Omnipotente, origen del cosmos y del hombre, por Cristo, el que vive, Señor del tiempo y de la historia, en el Espíritu Santo que santifica el universo, alabanza, honor y gloria ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

(*Padrenuestro, Avemaría, Gloria*).

Oh Trinidad Santa: Te damos gracias por haber concedido a la Iglesia al Papa Juan Pablo II, y porque en él has reflejado la ternura de Tu paternidad, la gloria de la cruz de Cristo y el esplendor del Espíritu de amor.

Él, confiando totalmente en tu infinita misericordia y en la maternal intercesión de María, nos ha mostrado una imagen viva de Jesús Buen Pastor, indicándonos la santidad, alto grado de la vida cristiana ordinaria, como camino para alcanzar la comunión eterna Contigo.

Concédenos, por su intercesión, y si es Tu voluntad, el favor que imploramos, con la esperanza de que sea pronto incluido en el número de tus santos. Amén.

bibliografía

Algunos libros de Juan Pablo II publicados en castellano

Cruzando el umbral de la esperanza, entrevista con Vittorio Messori, Plaza y Janés, 1994.

Don y misterio, BAC, 1996.

Las oraciones de Juan Pablo II, San Pablo, 1982.

No tengáis miedo, entrevista de André Frossard, Plaza y Janes, 1982.

Salvifici Doloris: el sentido cristiano del sufrimiento, Madrid, PPC, 1987.

Memoria e identidad, La Esfera de los Libros, 2005.

Documentos escritos por Juan Pablo II: encíclicas, cartas apostólicas, discursos, exhortaciones apostólicas: <http://multimedios.org/t000001.htm>

Algunos libros sobre Juan Pablo II publicados en castellano

A.A.V.V.: *Álbum del Papa Juan Pablo II*, Punto Editorial, 1982.

A.A.V.V.: *Del temor a la esperanza*, (3 Tomos), Solviga, 1993.

A.A.V.V.: *Juan Pablo II ante el sufrimiento y la muerte*, Ed. Paulinas, 2005.

A.A.V.V.: *Juan Pablo II, la huella*, Alpha Omega Press, 2001.

A.A.V.V.: *Juan Pablo II: el buen pastor da la vida por sus ovejas*, Ed. Palabra, 2005.

AMIGO VALLEJO, Carlos: *El mensaje del Papa*, Temas de Hoy, 1996.

ANDRADE, Julián C.: *Juan Pablo II*, Imaginador, 2004.

BERNSTEIN, C. y POLLITI, M: *Su Santidad*, Plaza y Janés, 1996.

BETETA, Pedro: *Recordando a Juan Pablo II*, ed. Rialp, 2009.

COMASTRI, Ángelo: *Juan Pablo II en el corazón del mundo*, Editorial San Pablo, 2011.

CORNEJO, Carlos A., *Juan Pablo II o el valor de la vida humana*, Servagrup, 1982.

CORNEJO, Carlos A.: *Juan Pablo II: un camino de reconciliación*, Servagrup, 1982.

DEL RÍO, Domenico: *Florechillas de Karol Wojtyla: historia de Juan Pablo II*, Ed. San Pablo, 2007.

DEL RÍO, Domenico: *Karol Wojtyla, Historia de Juan Pablo II*, San Pablo, 2007.

DZIWIŚZ, Stanislaw: *Una vida con Karol*, La esfera de los libros, 2007.

DZIWIŚZ, Stanislaw: *Juan Pablo II: su legado espiritual*, Bonum, 2010.

FERRER, Eusebio: *Juan Pablo II, pregonero de la verdad*, Desclée De Brouwer, 2000.

FRANCO ASIDEROS, Gimán: *Historia de Karol*, Fémina, 2003.

GARCÍA-COBB, Jo: *Juan Pablo II*, Ediciones B, 2000.

GARCÍA DÍAZ, Eloy: *Diccionario de Juan Pablo II*, Espasa Calpe, 1997.

GERVAIS, Marc Eric: *Juan Pablo II: el hombre y la historia del siglo XX*, Elsa Ediciones, 1998.

GIANSANTI, Gianni; ALAZRAKI, Valentina; BETTONI, Roberto; MASELLA, Ada: *Juan Pablo II: historia de un pontificado*, Planeta de Agostini, 2005.

GÓMEZ BORRERO, Paloma: *Juan Pablo, amigo*, Plaza y Janés, 1996.

GONZÁLEZ –BALADO, José Luis: *Juan Pablo II: peregrino de la paz*, Ed. Paulinas, 1982.

LAMET, Pedro Miguel: *Hombre y Papa*, Espasa Calpe, 1995.

LASANTA Pedro Jesús: *Juan Pablo II, mensajero de la paz*, BAC, 2001.

LASANTA, Pedro Jesús: *Diccionario de Teología y Espiritualidad de Juan Pablo II*, Edibesa, 1996.

MAHECHA PARRA, Amparo: *Te habla*, Ed. San Pablo, 1995.

MALINSKI, Mieczyslaw y BUJAK, Adam: *Juan Pablo II: historia de un hombre*, Planeta 1980.

MARTÍN, Santiago: *Juan Pablo II, el Papa de la esperanza*, Temas de Hoy, 2002.

MARTÍNEZ Jesús Manuel: *Juan Pablo II: al servicio de la humanidad*, Castell, 1982.

MIGUEL, Aura: *El secreto que guía al Papa: la experiencia de Fátima en el pontificado de Juan Pablo II*, Ediciones Rialp, 2001.

O'SHEA, Covadonga: *Así piensa el Papa*, Temas de Hoy, 1999.

PAPA JUAN PABLO II: *Las oraciones privadas del Papa Juan Pablo II (Una invitación a la oración)*, Atria Books, 2002.

PEDROZO, Nelly: *Juan Pablo II: Un Papa para todos*, Ciudad Nueva Editorial, 2003.

PIOTROWSKI, Bodgan: *Pensamientos de luz. Juan Pablo II*, Ed. Norma, 2003.

- RATZINGER, J.: *Juan Pablo II: los ángeles te dan la bienvenida*, Random House Mondadori, 2000.
- RICCARDI, Andrea: *Juan Pablo II La biografía*, Ed. San Pablo, 2011.
- RODRÍGUEZ TORRES, Álvaro: *Embajador de la humanidad*, Panamericana Editorial, 2004.
- ROMANO, Julio César: *Juan Pablo II: no tengáis miedo*, Ed. Palabra, 2011.
- SEMEN, Yves: *La sexualidad según Juan Pablo II*, Desclée De Brouwer, 4a. ed., 2007.
- SEMEN Yves: *La espiritualidad conyugal según Juan Pablo II*, Desclée De Brouwer, 2011.
- SZULC, Tad: *El Papa Juan Pablo II. La biografía*, Martínez Roca, 1995.
- VELASCO, Miguel Ángel: *Juan Pablo II, ese desconocido*, Planeta Testimonio, 1998.
- VIRCONDELET, Alain: *Juan Pablo II: La vida de Karol Wojtyla*, Alianza Editorial, 2005.
- VISO CASADO, Alfredo: *Juan Pablo II: apóstol de la nueva evangelización*, Ediciones Trípode, 1995.
- WEIGEL, George: *Biografía de Juan Pablo II: testigo de esperanza*, Ed. Plaza y Janés, 1999.
- ZANUSSI, K; LEVY, V.: *De un país lejano*, BAC, 1981.



Cuentos cristianos

Una fuente de espiritualidad

Laureano Benítez

ISBN: 978-84-330-2372-8

www.edescler.com

Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba; para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: «Abriré en parábolas mi boca; declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo». (Mt 13,34-35)

Las tradiciones espirituales han usado siempre el cuento para transmitir sus enseñanzas, pues los relatos son capaces de explicar, en su aparente simplicidad, los misterios más insondables y las verdades más elevadas. Por eso todos los grandes maestros espirituales han hablado siempre “en parábolas”.

Hoy día está de actualidad la divulgación de cuentos con valores, pero llama la atención el hecho sorprendente de que los relatos cristianos son poco conocidos, llegando a pensar los mismos cristianos que son inexistentes, exceptuando el reducido mundo de las parábolas evangélicas. Junto a esto, existe una moda de divulgación de cuentos de las tradiciones orientales, destacando la tradición zen del budismo, la corriente hasídica del judaísmo, la tradición sufí del islamismo y los

cuentos chinos taoístas.

En este sentido, la intención fundamental de esta obra es conservar y transmitir el rico patrimonio de espiritualidad atesorado en los cuentos cristianos, para sacar de la oscuridad y el olvido una de las mayores y menos conocidas riquezas de la tradición cristiana.



Orar con...
las oraciones de los santos

Laureano Benítez

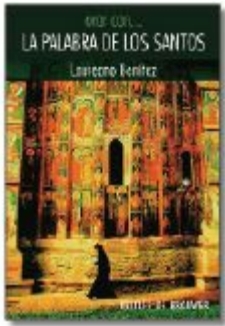
ISBN: 978-84-330-2448-0

www.edesclee.com

Esta obra ofrece nuevas perspectivas para la oración cristiana. Su objetivo fundamental es proponer un conjunto de oraciones escritas por santos que faciliten y animen la vida de oración, proporcionando palabras, ideas y fórmulas que ayuden a “inflamar” el corazón de quien se aventura por los caminos de la interioridad con Dios, combatiendo así la aridez tan conocida por todos los orantes.

En la vida ajetreada que caracteriza nuestra sociedad, donde es difícil encontrar el tiempo y la tranquilidad necesarios para rezar, estas oraciones, con la credibilidad que les da el haber sido escritas por santos, nos ofrecen un camino ya hecho, unas vivencias espirituales que pueden facilitar nuestra oración.

Así pues, estamos ante una obra para ser rezada, más que leída. Junto con Orar con la vida de los santos y Orar con la palabra de los santos, publicadas también en Desclée De Brouwer, esta obra es parte de un proyecto de divulgación que tiene como fin transmitir el rico legado de espiritualidad de los santos.



Orar con...
la palabra de los Santos

Laureano Benítez

ISBN: 978-84-330-3458-8

www.edesclée.com

«El luminoso ejemplo de los santos despierta en nosotros el gran deseo de ser como ellos siguiendo sus pasos, para experimentar la alegría de quien se fía de Dios». (Benedicto XVI)

Aunque Cristo sea el verdadero modelo de santidad, este modelo también es visible en la vida de los santos, que son personas destacadas por sus virtudes, con las cuales expresan una entrega radical a Dios que muestra a los creyentes un camino ejemplar de perfección. Por este motivo, la vida de los santos puede y debe ser un motivo de reflexión y oración que nos ayude en nuestro camino a la santidad, pues sus dichos y hechos encarnan la vida de personas que, por su especial relación con Dios, tienen una autoridad y credibilidad especial.

En una obra publicada hace poco en esta misma colección, titulada “Orar con la vida de los santos”, se exponía una antología de hechos protagonizados por santos. En esta obra que ahora presentamos se recogen sus palabras, aquellas enseñanzas que contienen sus pensamientos y sus experiencias, por lo cual este trabajo completa un proyecto de divulgación sobre la vida de los santos realizado con la intención de que este rico patrimonio de fe se conserve y transmita a la posteridad como una herencia fundamental de la espiritualidad cristiana, y permanezca vivo en la Iglesia como uno de sus tesoros más importantes.



Orar con...
el Padre Pío

Laureano Benítez

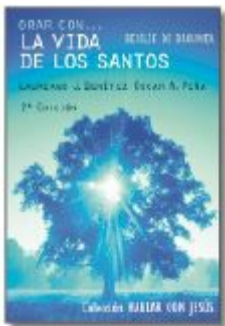
ISBN: 978-84-330-3456-4

www.edesclée.com

El Padre Pío de Pietrelcina (1897-1968), fraile capuchino durante 61 años, es mundialmente conocido porque llevó los estigmas de Cristo durante cincuenta años exactos, siendo el único sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia. En su vida se conjugan de forma admirable los carismas sobrenaturales con la perfección de las virtudes cristianas: además de los estigmas, fue portador de otros muchos dones místicos (éxtasis, visiones, clarividencia, bilocaciones, olor de santidad y sanaciones milagrosas). Sin embargo, nunca salió de su convento, ni

escribió libros, sino que era un simple sacerdote que decía Misa y confesaba.

El carisma de santidad del P. Pío se basa en un amor “devorador” por Cristo, que le lleva a compartir sus sufrimientos en el Calvario, ya que “Jesús no está nunca sin la Cruz”. Abrazando esta Cruz, desarrolló su vocación de salvar almas, dando un sentido al sufrimiento que inexorablemente forma parte de toda vida humana, en la creencia de que, cuando se acepta en la fe y se entrega y ofrece en el amor a Dios y a los hermanos, se convierte en un camino de salvación y redención.



Orar con...
la vida de los Santos

Laureano Benítez

ISBN: 978-84-330-3462-5

www.edescler.com

«Nada hay tan útil para aleccionar al pueblo de Dios como el ejemplo de los santos, porque los ejemplos son más poderosos que las palabras, y una buena obra enseña más que un discurso». (San Agustín).

La historia de la Iglesia es, en gran parte, la historia de sus santos. Incluso se podría decir que su finalidad es convertir en santos a todos sus miembros, porque la llamada a la santidad no se dirige solamente a un grupo de personas especiales, sino que va dirigida a cada uno de

nosotros, sin distinción, y no sólo como invitación, sino como exigencia, pues Dios llama a todos los bautizados a la plenitud de la santidad -«Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

En cualquier situación en que nos hallemos podemos ser santos, desempeñando con amor las tareas de nuestra vida cotidiana, con plena conciencia de que a través de ellas se expresa la voluntad divina, pues los innumerables actos de nuestra vida diaria pueden santificarse a condición de que los vivamos en la presencia de Dios, y pueden ser ocasión de nuestro encuentro con Cristo.

Hablar con Jesús

La Misa: Antes, durante y después

Orar con... la Eucaristía

La Llamada: 12 ideas sueltas. 9 vocaciones contadas

Convivencias. Guía personal para los ratos de silencio

Orar con Teresa de Lisieux

Camino de Santiago, por Pablo Ma Lacorte

Orar con la Pasión y el Via Crucis

Orar con poetas

Dios Padre, por Manuel Sanlés Olivares

Orar con Teresa de Jesús, por Pedro L. Narváez

Momentos eucarísticos, por J. M. Casasnovas

Orar con el cura de Ars, por J. P. Manglano

Orar con... un pan para cada día, por Agustín Filgueiras Pita

Orar con... los que sufren, por Pedro José Belloso

Orar con el Ave María, por Vicente Ferrero

Instantes Eucarísticos, por J. M. Casasnovas, S.J.

El Cuarto Mandamiento, por Pedro Latorre

Orar con Teresa de Calcuta, por J. P. Manglano y P. de Castro

Orar 15 días con Francisco y Jacinta de Fátima, por Jean-François de Louvencourt

Orar con el padre Pío, por Laureano J. Benítez y Óscar A. Peña

Orar con una sonrisa diaria, por Agustín Filgueiras Pita

Encuentros eucarísticos, por J. M. Casasnovas, S.J.

Orar con el Rosario, por Cristina González Alba

Orar con 8 personajes de la Biblia, por Mauro Leonardi

Al caer de la tarde. Reflexiones para el tiempo de Adviento, por Cristina González Alba

Orar en... Cuaresma. “Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5), por Cristina González Alba

Orar con... la vida de los santos, por por Laureano J. Benítez y Óscar A. Peña

Espigando en los Salmos, reflexiones eucarísticas en la intimidad del sagrario, por J. M. Casasnovas, S.J.

Orar con... San José. El hombre que enseñó a amar a Dios. Patonazgos, dolores y gozos, por Cristina González Alba

Orar con... unas gotas diarias de humor, por Agustín Filgueiras Pita

Orar con... las parábolas del reino. ... Para hacer divinos los caminos sencillos de la tierra, por Cristina González Alba

Orar con... la palabra de los santos, por Laureano Benítez

No está aquí ha resucitado. Homilias y discursos de la primera Semana Santa de Benedicto XVI, por Benedicto XVI

Orar con... la conversión de Saulo de Tarso. Un fariseo cegado por el resplandor de la verdad, por Cristina González Alba

Orar con... Jesús: el rostro de Dios, por Agustín Filgueiras Pita

Pensamientos espirituales (Abril 2005 - Marzo 2006), por Benedicto XVI

Orar con... el rosario de Nuestra Señora, por Romano Guardini

Orar con... el Via Crucis de nuestro Señor y Salvador, por Romano Guardini

Orar con... *La Buena Nueva*. A la buena ventura de los caminos de Palestina, por Edouard Boné, S.J.
Hora santa en casa, por J. M. Casasnovas, S.J.
El rosario, camino a la contemplación, por Mercedes Camelo de Hinojosa
Orar con... san Francisco de Asís, por M. Victoria Triviño, osc
Orar con... las oraciones de los Santos, por Laureano Benítez
Orar con... el Cardenal Newman, por Rafael Pardo Fernández
Orar en Semana Santa. “Sólo Tú tienes palabras de vida eterna, por Cristina González Alba
Esperando al espíritu. Nueve reflexiones como preparación a la fiesta de Pentecostés, por P. José María Fernández Lucio, ssp
Orar con... san Pablo, por P. José María Fernández Lucio, ssp
Evangelio 2012 comentado día a día, por J. P. Manglano
“Un gran milagro ha ocurrido aquí” (novena de navidad), por Ana González Alba y Cristina González Alba
Espigando en San Juan, por J. M. Casasnovas, S.J.
Orar con... Juan Pablo II, por Laureano Benítez y José Antonio Benítez
Orar con... Santa Clara de Asís, por M. Victoria Triviño, osc